

Justo Jorge Padrón

Antología Poética

Justo Jorge Padrón

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

40

ANTOLOGIA POETICA

Edición de Sebastián de la Nuez Caballero



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Gonzalo Ortega Ojeda

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Justo Jorge Padrón

ANTOLOGIA POETICA

[1971-1988]

Islas Canarias
1988

© Para la introducción **Sebastián de la Nuez Caballero**

© Para el texto **Justo Jorge Padrón**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-505-8080-3

Depósito Legal: M. 35.485-1988

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	15
Obras de Justo Jorge Padrón	39
Bibliografía selecta sobre la obra de Justo Jorge Pa- drón	43
LOS OSCUROS FUEGOS (1971)	
Una fiel permanencia	49
Primera ausencia	51
Igual que el primer día	53
La luz de cada tarde	54
Si alguna vez	55
En estas viejas colinas	56
Pavorosas sombras	57
Bajo la parda loba	58
Las oscuras horas	59
En la extraña ciudad	61
Hoy es tu corazón un tacto inútil	62
MAR DE LA NOCHE (1971-72)	
Retorno	67
Un don irrepetible	69

	<u>Págs.</u>
Cruzo las noches	70
Cuando la noche avanza	71
Donde se juntan unos labios	72
Un silbo inútil	73
Entre aquellas paredes	74
Intangibles certidumbres	75
La ola ardiente te arrastra	76
En esta oscuridad	77
Con la misma locura	78
Como quien surge del otoño, ...	79
El durmiente.	81
La belleza	84
Una gran esperanza inapresable	85
Es al día a quien temo	86
Abandonado al viento	87
Como si en un extraño país te despertaras	88
Laberinto	90
Rodeado de ojos	91

LOS CÍRCULOS DEL INFIERNO (1973-75)

La invasión de los átomos	95
Hedor	97
Aquel frondoso peso	99
Autofagia	100
Una inmovilidad inextinguible	101
Y si Dios se cansara de nosotros	102
La ciudad de la muerte	104
En la sala circular	106
El gran iris	108
El sueño del regreso a la infancia	109

	<u>Págs.</u>
La mujer de la tierra	110
El sueño del sexo	112
Los ojos de la noche	113
El enemigo	115
El cadáver	117
Quizá la ciénaga misma	118
La locura	119
Oficio de venganza	121
Entre nosotros crecen	122
El cansancio	123
Como ese pálido papel mojado	125
En la casa vacía	126
Sólo la duda	127
La soledad	128
El insomne	129
El suicida	130
Aviso al caminante	131
Hielo y abismo tienen los espejos	132
La sombra	134
El llanto	135
El túnel	136
Ningún ruido, ningún silencio	138

EL ABEDUL EN LLAMAS (1974-78)

Madre tierra	143
Quiero esta luz	145
El agua	146
Golondrina del alba	147
Amanecer	148
El niño y la piedra	149

	<u>Págs.</u>
Junio	150
El mar	151
El aire ensimismado del estío	152
Verdad de la belleza	153
El abedul	154
En un día sagrado del verano	155
En la dicha	156
El viento del otoño	157
Otra ardiente distancia	158
Sólo una gota de rocío	159
Sueños del asombro	160
Niño absorto en invierno	161
Frío del norte	162
Extranjero	163
Gran Canaria	164
En la antigua casona	165
Artur Lundkvist	166
El poeta	167
El domador	168
Raquel	170
Las mujeres nórdicas	171
Aurora boreal en Islandia	172
Bastaría un sencillo asentimiento	174

OTESNITA (1977-79)

Otesnita	179
Gacela de agua	180
En la despierta dicha de los ojos	181
Unidad en el fuego	182
Verte	183

	<u>Págs.</u>
Cielo de fuego.....	184
En todos los lugares.....	185
Soledad en la arena	186
Noche de la ausencia	187
Aquel esplendor	189
La alianza oscura	190
Ya soy el despojado	191
La distancia inmóvil.....	192
Designio	193
Nunca con posesión.....	194

LA VISITA DEL MAR (1982-84)

La visita del mar	197
El gallo	198
El mar y su escritura	199
Origen del asombro	200
El día invicto del poeta	202
El visitante	203
Ala del prestidigitador.....	205
En las aguas del sol	206
Una lluvia con las sílabas azules.....	207
Zapatos para un dios griego	208
Y allí el mar	209
El vuelo del halcón	210
Celebración de la palabra	211
El tigre avanza	213
Ante el abismo de la página en blanco	214
Cercanía inalcanzable.....	215
La rosa roja.....	216
Edad	219

	<u>Págs.</u>
Noche en el grito	220
El jardín de las aguas	222
Inerme cetrería	223
La unida geografía	224
Desierto de amantes	225
El envenenador	226
Cartografía del poema	227
Rejas del papel	228
El hijo lejano	229
Soliloquio del poeta	230
Búsqueda de la inexistencia	231
La libertad del prisionero perpetuo	232
Sólo la muerte	233
El árbol negro	234
La piedra	235
Avatar hacia lo inmóvil	236
En la enterrada noche	237
El secreto de las fuentes	238
Último desierto	239
Hombre de luz	240
Muerte del guerrero	241
Aguas profundas	242
El túnel de la muerte con más ojos	243
Las estatuas cautivas	244
Vendrá la muerte y poseerá la lluvia	245

LOS DONES DE LA TIERRA (1982-83)

Magia de la tierra	249
La saga del aire	253
Fascinación de las aguas	255

SÓLO MUERE LA MANO QUE TE ESCRIBE
(1987-88) (inédito)

La mano que te escribe	261
El acuario del aire	262
Los rostros escuchados.....	263
Noche de la ceguera.....	264
Aura negra	266
Trasmundo del ojo.....	267
Prometeo	268
Géminis.....	269
Presagios de la escritura	270
Esta bella que me inunda	271
¿Quién eres tú, palabra?	272
Cautivo de una idea	273
Compañera de viaje	274
El cisne y el leopardo	275
El muerto que seré.....	276
Destino	277
Vértigo	278
Reloj sin tiempo	279
Monte Lentiscal	280
Hijo del verano	283
Los caballos del sueño	284
Memoria del aroma	285
Isla del cosmos	286
La promesa	287
Acorde incesante	288
Una razón de sangre	290
Tania	291
Maleza del deseo	292

	<u>Págs.</u>
En la copa más diáfana del vino.....	293
La fábula de dos naufragos	294
El instante de un dios	296
La vulnerada negación	297

INTRODUCCIÓN

Justo Jorge Padrón nació en 1943 en Las Palmas de Gran Canaria. Hace estudios de Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona, que amplía en París, Estocolmo y Oslo. Ejerció la abogacía en su ciudad natal durante siete años hasta que la abandonó para dedicarse por completo a la literatura. Se colegia e inscribe en el Registro Profesional de Periodistas. Reside actualmente en Madrid, donde ha fundado y dirige la revista internacional de poesía *Equivalencias*, es redactor de las revistas *New Europa* (Luxemburgo) y *Trilce* (Perú). Es Secretario general del PEN Club de España desde 1983. En 1982 organiza y preside el VI Congreso Mundial de Poetas celebrado en Madrid. Es académico correspondiente por España de la Academia Mallarmé de París, de la Academia internacional de Pentzen de Nápoles, de la Academia Norteamericana de Lengua española de Nueva York, de la World Academy of Arts and Culture, de la cual es Doctor «Honoris Causa», miembro del Comité internacional de los Congresos Mundiales de Poetas y miembro fundador del Festival Europeo de la Poesía de Lovaina.

Su obra poética ha sido traducida a más de treinta idiomas y junto a su obra ensayística ha obtenido quince premios internacionales entre los que destacamos el gran premio internacional de la Academia Sueca (1972), el premio Boscán de Barcelona (1972), el premio Fastenrath de la Real Academia de la Lengua Española entre 1972 y 1977 por su obra *Los Círculos del Infierno* (1975), que recibió también el Premio Bienal de la Asociación de Escritores Suecos

(1976-1977), a la mejor colección de poemas de Europa; también se le ha concedido el premio internacional del Consejo Nacional de Cultura noruega, 1978. Es medalla de oro de la Cultura francesa de Bruselas, 1981, por el conjunto de su obra poética y Medalla de honor Gustavo Adolfo Bécquer, y premio de la Asociación de escritores y artistas de España a la mejor obra poética publicada en 1984, por sus libros *La Visita del mar* y *Los Dones de la Tierra*.

Es Justo Jorge Padrón uno de los principales introductores de la literatura nórdica en el mundo hispánico. Ha dado conferencias y lecturas de su obra por universidades y centros culturales de más de 30 países de Asia, Europa y América. Ha obtenido en 1986, en Yugoslavia, el Premio Europa de Literatura, reconocido como el Nobel de los países del Este, por el conjunto de su obra poética.

Después de diez años de meditada y profunda creación literaria Justo Jorge Padrón decide recoger sus libros poéticos en un tomo (Ed. Selecciones de poesía española, Plaza & Janés, Barcelona, 1980), bajo el título, justamente, de *Obra poética*, que aparece avalada por un lúcido prólogo del propio poeta que ratifica, o aclara, algunos conceptos que habían sido observados por la crítica.

Su primer libro, *Los oscuros fuegos* (1971), consiguió el primer accésit del Premio Adonais de 1970. Esta obra marca un momento en la poesía española, que ya no es ni el de José Angel Valente ni el de Brines, pero que tampoco es la nueva tierra de los novísimos. Está en parte asumido por ese sentimiento reflexivo y de nostalgia que rescata el pasado, «y al evocarlo vive en él, lo recorre tal cual de verdad fue», como dice J. Carlos Molero:

Relojes de otras horas
marcaban los oscuros fuegos
del pasado (...)

Versos que nos dan la clave del título, que se convertirá en una de las metáforas esenciales de sus futuros libros. Todos los poemas de estos «oscuros fuegos» contrastan un pasado pleno de vida con un presente desolado, alternancias que marcarán también su poesía posterior. Primero, en un poema «Prisionero de límites» representa la evocación dolorosa de los instantes felices:

Qué esplendor conocerte...
cruza las viejas calles
de turbios ojos juzgadores,
mi brazo de alegría;

luego será «la primera ausencia» en donde se percibe el «olor a nadie / sólo un frío silencio me aguardaba», y más tarde se desborda por el mundo de la experiencia que le da el sentimiento de lo inútil, o en su composición «en la extraña ciudad del norte», donde el poeta como «amargo extranjero» va «en busca de sí mismo». Una melancolía densa y dura pone fin al libro, que es el reflejo de la experiencia de una juventud donde sienten la plenitud y la tristeza su patrimonio «de hombre solo». En resumen, como dice Emilio Miró, «equilibrio expresivo, de intensidad emotiva y belleza formal, de justa y sabia alianza de emoción y reflexión». Representa, como afirma el propio poeta, «la alegría del esplendor de la juventud».

En *Mar de la noche* (1973), premio Boscán de 1972, el poeta sigue ahondando en la angustia de la evocación del tiempo de la vida, «que pasa como un don irrepetible», pues, como apunta José Luis Cano, se expresa con «un lenguaje más tenso y seco, que parece corresponder a la nueva violencia de algunas situaciones» (Véase *Poesía española. Las generaciones de la posguerra*, Ed. Guadarrama, M. 1974). Ya en su primer poema, que es más que una «Poética» un punto de partida, señala la relación con su poesía anterior: en «la compañía lenta del silencio / doy armazón a la palabra». «Retorno» es el poema de la reflexión sobre una cronología a través de los colores y los olores: su

niñez, su adolescencia, su juventud al hombro, con su carga de experiencias, expresadas en un verso intenso. Con razón dice el poeta de esta obra que «significa la vida de un hombre». Y añade: «Vida de luz y podredumbre, de la emoción, la alucinación y la melancolía, amor y abismo, intensidad y muerte». *Mar de la noche* está formado por tres apartados, y comprende 30 poemas. El primero es una especie de continuación de *Los oscuros fuegos* donde «persiste la dicción contenida, nítida y serena». Las imágenes se remansan al final de los poemas con desolada melancolía, como en «Cruzo las noches»:

Extraviado por lentas madrugadas,
cruzo las noches como el agua muerta
tatuado por una cicatriz invisible.

En la segunda parte «hay una evidente mayor dureza en la expresión», en la que «abundan las situaciones límites del hombre, como la atracción al suicidio, el recuerdo erótico como intento de salvación». Y aunque el poeta intenta refugiarse en el hogar, «La ola ardiente lo arrastra», y surgen las imágenes alucinantes, surrealistas:

Grandes ojos viscosos cuelgan por los dinteles,
lenguas torcidas manchan
cuadros y espejos apacibles;

o en «El silencio», poema en alejandrinos, donde nos presenta el sueño alucinante, en que evoca desesperadamente los brazos de la amada, que aún pueden salvarlo del «miedo y la locura». Pero los amantes están envueltos en «la misma locura» (otro de sus poemas), donde «es ciega e implacable nuestra fiel destrucción». Este clima visionario y desolado se acentúa aún más en la tercera etapa del libro. Por eso nos presenta el mundo al que la vida le empuja como «viscosa jungla de oficinas y máquinas / relojes y expedientes (...) donde «todo lo va envolviendo, rasgando, atenazando / en un descompasado estertor del abismo». Al terminar, en una duermevela, en las lindes de lo onírico, vuelven a

surgir esos ojos surrealistas, de su propio interior, tornándose acechantes, acusadores: «Son ojos, miles de ojos que contemplan / la luz y podredumbre de su vida».

Con *Los círculos del infierno* (1976), traducido a más de doce idiomas, Jorge Padrón alcanza uno de los momentos culminantes de la poesía canaria y también de la universal contemporánea. Representa una cosmogonía del hombre del siglo XX, puesto en la cima de esta desenfrenada carrera de la autodestrucción, extendida ahora a toda la raza humana, al universo entero, alcanzando con ello un sentido épico, pero sin dejar de pertenecer al mundo interior del poeta, y, por lo tanto, quedando dentro de la esfera de lo lírico. Por ello Aleixandre ha podido decir que «todo el libro es un símbolo cerrado del destino humano, sentido en su extremidad y definición, concluso y sin salida». Los críticos, con razón, sólo le encuentran paralelo con el Infierno dantesco o con *Los hijos de la ira* de Dámaso Alonso, y en pintura con el Bosco o con Goya en sus «aguafuertes». Carlos Marín afirma que «Desde cuando pasamos por el reino de Lautréamont, no habíamos vuelto a ser golpeados en tal forma por las alas del espanto... Sin embargo, hallamos también una subterránea frescura, un oscuro esplendor...». Tiene esta obra, en la primera parte, titulada «Mutaciones», un claro enlace con los últimos poemas de *Mar de la noche*, como ha visto E. Miró cuando dice que «Rodeado de ojos» es anticipación de *Los círculos del infierno*, cuyo primer poema habla de que «todo fue atravesado por un ojo destructor». «Desde este texto inicial —La invasión de los átomos—, el poeta nos instala en un territorio de sombra y ceniza, de abismo» y «destrucción absoluta de la historia del hombre» motivada, como se dice en el poema, por

el unánime grito del relámpago,
que en vilo levantara
el fondo abominable de la tierra.

En cuanto a las estructuras métricas, aunque sigue fiel al esquema alejandrino-endecasílabo, los combina con versos más cortos, como el heptasílabo como «Entre los seres del abismo». En «Hedor», especie de «Metamorfosis kafkiana», como se ha apuntado, encontramos endecasílabos combinados con tetrasílabos como «Con desesperación corre quemándose / en el asco», y en «Autofagia», que constituye el símbolo del hombre y la sociedad contemporánea que se convierte en monstruo y se devora a sí misma

fui escuchando el silbido de reptante rencor,
y la cabeza hispida giró sobre sí misma
y empezó a devorarme, devorándose.

Por otro lado hay también cierto paralelismo, aunque simultáneo en el tiempo y no deliberado, en el clima poético de algunos poemas de *Los círculos del infierno* con *Diálogos del conocimiento* de Aleixandre. Así en el primero se dice: «Apenas siento ahora / la débil persistencia de la luz,/ (...) y una inmovilidad inextinguible / me dicen más que todas las palabras: / ya soy un mineral», y en el segundo libro se expresa la misma idea: «Aquí mi cuerpo mineral hoy puede/vivir». «En la segunda parte, titulada «Visiones», Justo Jorge se manifiesta, a veces, con execraciones de ira, y como si fuera un nuevo profeta se proyecta en otra especie para encarar con más violencia a la humanidad y verla y fustigarla arrojándole el desprecio en que él, como parte de ella, se asume:

y si este Dios tan justo nos odiara,
seríamos la especie
miserable y rugosa, torpe, suicida y ciega,
degenerada y criminal, maldita,
que es la raza humana.

«La ciudad de la muerte» es la visión del mundo muerto por una presumible destrucción atómica, donde nuestro poeta es el silente testigo que ve «todo es desierto y silencio»,

y concluye con dos versos que definen todo este poemario profético, en el viejo sentido bíblico: «La imagen venidera de la tierra / es el espejo de este infierno». Pero es el poema «El gran iris», donde, acaso, llega al máximo la tensión desgarradora, el grito existencial, en los límites de lo sobrehumano, que sólo encontramos antes en Baudelaire, Lautréamont, Blake o Dámaso Alonso:

Cada especie me acusa, va vertiendo la lista
de mis iniquidades: *¡Soy el hombre!*
Yo soy todos los hombres.
Soy la destrucción ciega.

Pedro J. de la Peña («Justo Jorge Padrón: diez años de poesía», Cuadernos hispanoamericanos, núms. 1361-62) ha señalado, entre otros críticos, los elementos visionarios de este libro. Por otra parte Miro dice que en él se «crea un auténtico reino de la muerte, de locura, de soledad», así «entre la alucinación y la lucidez recorre su trayectoria la desesperación existencial», verdadero poemario de la protesta trascendente, producto de una experiencia personal, unida a la desesperanza de lo colectivo, aun contando con todas las correlaciones que se puedan encontrar con Lautréamont, Dámaso Alonso o Aleixandre nos da una alta medida de lo universal de su temática y de la hondura radical de su propia experimentación. Después de escribir libros como *Chante de Maldoror*, *Los hijos de la ira* o *Diálogos del conocimiento*, no se vuelve a escribir más o se escribe en otro sentido o en otro clima. Lo mismo ocurre con *Los círculos del infierno*, donde además el poeta ha arruinado al mundo en el que ya no reina sino la desesperación y el silencio. No en balde Aleixandre ha dicho de este libro que es «grandioso, concluso y sin salida».

Mas si pensamos bien sobre ese caos en que nos ha sumido el poeta, ha quedado flotando sobre las aguas primigenias el espíritu hecho verbo, palabra, como en el Génesis. Esa palabra bastará para rescatar de ese abismo de

tinieblas y devolver al mundo una nueva luz renaciente, tal como aparece en su siguiente obra *El abedul en llamas* (1973). Precisamente su primer poema se titula «Madre tierra», a partir de la cual todo es ya posible: la vida, la luz, el amor. Este poema, como en casos anteriores, sirve de puente con *Los círculos del infierno*. Así frente a «muerta eternidad», dice ahora, dirigiéndose a la «tierra»: Nos otorgas la vida / dándote y transformándonos», o como en el verso en que alude, como afirmación de la belleza, a las tinieblas que antes todo lo invadía:

Esta audaz armonía
que sueña en el paisaje
y no la oscura fuerza
de un odio destructor.

En el segundo poema, «Quiero esta luz», también resuena la repulsa de las fuerzas negativas cuando exclama: «Basta ya, luz de llanto y de penumbra / luz sin luz, encallada, absorta y ciega», y el deseo de volver a la luz primera:

Esta luz primitiva que me torne
lo elemental, lo puro, la inocencia
de volver a sentir y contemplar.

Lo que sigue a la reconstrucción de la tierra y la luz son los elementos primigenios esenciales que crean y forman nuestro mundo: «el agua», «la golondrina», «el amanecer», «las estaciones», «el bosque», «el niño y la piedra» etc., que constituyen la primera parte de este hermoso poemario, «Las estaciones terrestres». A ella se refiere, sin duda, el poeta cuando dice que «Su itinerario supone la ascensión a la luz, al lenguaje claro de los pájaros, al frescor nutricio de la Naturaleza». La segunda parte, «Hojas de la memoria» se manifiesta ya en el título, pues hace alusión a recuerdos de instantes vividos, a personas o cosas, a paisajes que se polarizan en torno a los lugares: la tierra entrañable y al nuevo lugar nórdico, que el poeta no termina de aceptar

plenamente, como se indica en los poemas: «Frío del Norte» o «Extranjero», en los que se siente la nostalgia de sus islas:

Volveré al Sur, al Sur,
a los radiantes mitos de la infancia.
Volveré a ser un dios iluminado por el mar.

Dentro de esta evocación nostálgica dedica un poema concreto a su isla natal «Gran Canaria»: «allí estás esperándome en el Sur / como un duro topacio labrado por el sol». Pero esto no quita para que también dedique otro poema a «Escandinavia», a la que siente y presiente atados su pasado y su futuro:

Surca mi rostro con su arado de agua,
con el aroma suave de los fiordos,
y me llena los ojos, la memoria,
con la luz boreal de su perenne nieve.

Luis Rosales señala, con razón, en el prólogo de este libro, que «Todos los versos se conjuntan, en cierto modo, se suprimen para hacer el poema...». Y añade: «Todos proceden del mismo tronco. Tienen su clima propio y su valor participante, pero sólo se justifican en su totalidad».

Después de las obras comentadas, la aparición de *Otesnita* (1979) es al menos sorprendente aunque no imprevisible en el conjunto de la obra poética de J.J.P. Ya la crítica ha visto la estructura dual o bimebre de sus dos momentos vivenciales expresados por la plenitud del amor y su hermosura, y la posterior disolución en la ausencia y la soledad. Vuelve, en cierto modo a enlazarse con su primer poemario *Los oscuros fuegos*, pues es la memoria, viento de un amor, una experiencia vital hecha poesía. Mas, como dice Laureano Abadán, con esta obra «logra dar una nueva adjetivación del amor», e igualmente en sus anteriores libros, desde *Los círculos del infierno*, consigue «una perspectiva visionaria,

donde el yo, el tiempo y el espacio, se suceden en una actitud trascendentalista, que los supera y realiza en el cosmos compartidos». La primera parte se presenta bajo la conocida frase de Petrarca: «Cosa bella y mortal pasa y no dura», que da por supuesta la fugacidad de todo lo hermoso. Desde el primer poema de *Otesnita* se proyecta la presencia del amor que llega «cuando ya comenzaba seriamente / a no pedirle vida a la esperanza». En el segundo se tiene plena conciencia de lo perecedero, donde vuelve a renovarse el viejo y siempre nuevo tema del «Carpe dies»:

Vivamos este afán irrepetible
sabiendo que después de nuestro fuego
tan sólo quedarán el miedo y la ceniza,
la desesperación, la lluvia y el olvido.

Pronto se llega a la «libertad de la alegría», al «hondo despertar de vida abierta» y se canta «a cada instante / el sigiloso fuego de la dicha». En «Tu presencia» se llega a la plenitud amorosa, que termina, a nuestro juicio, en dos versos claves:

De todos mis exilios y regresos,
tú, el amor y la dádiva más plena.

Es posible que entre dos polos se encuentre la base de la alternancia biológica y experiencial de la dicha y la desdicha, el fuego y la ceniza, la esperanza y la desolación, o como diría el poeta «el amor más que un cumplimiento sexual es la libre elección de un vértigo». Desde este poema hasta «Cielo de fuego» todo es un torbellino de metáforas para expresar ese «frenesí inacabable» de la culminación erótico-amorosa donde están presentes, la «plenitud del mar», las «alas del aire», el «fulgor de nubes», todo «un golpe de sangre, tierra, fuego / tumultuoso río», «un torrente de soles». Mas en el poema «sentido del vivir» ya se filtra la primera duda: «tal vez la intensidad de nuestro amor / no

dure mucho tiempo», que es ya presagio cierto de la segunda estadia en los últimos versos de «Cielo»:

me adentro y me diluyo hasta encontrar
el salvaje dolor de un gran vacío.

Esta segunda parte compuesta por dieciséis poemas y un epílogo, desde «Adiós» hasta «Designio», se siente, como dice el poeta, «El torvo hueco / de la salvaje amputación», producida por la definitiva ausencia de la amada. «En todos los lugares» no ha quedado «sino el aire encendido que deja tu recuerdo», en «Amor de plenitud» es sólo memoria de la vida en su aire lejano», donde «El castigo constante del silencio me lleva / sin olvido y sin ella hacia la nada». Bellísimo, en su serena sencillez clásica, es «Soledad en la arena», expresiva nostalgia de la amada, desde la orilla del mar», donde «solamente su ausencia / arde en la tierra oscura», o insiste en «Aquel esplendor» al evocar aquellos instantes dichosos en que se unían los amantes en íntima fusión con el mundo y la naturaleza:

Eramos sed, fragancia, relámpagos o mares,
enardecidos vientos que convergen y se unen
para ser infinito y proteger el mundo.

En «La alianza oscura» se inicia, en verso lapidario y sentencioso, «el momento de la total ausencia», y cuando dice: «Te pierdo por querer vivirme siempre» parece querer revelarnos el secreto de la contradicción entre lo necesariamente transitorio y el ansia de lo perenne. Pero el último poema «Designio» es la puerta abierta, donde aún reconociendo el poeta que ha perdido esta partida, le queda «el fulgor transitorio / de unas pocas palabras aún no dichas». El «Epílogo» cierra la obra con ese mismo tono gnómico, que mide el conocimiento del mundo alcanzado por el poeta:

Nunca ames con el ímpetu cerrado
de cualquier posesión,
ya que sería estéril lo que de ti creciese,
tan sólo sufrirás
por la callada muerte que le acecha

Los dos últimos libros de Justo Jorge Padrón, *La Visita del Mar* (1980-1984) y *Los Dones de la Tierra* (1982-1983) han sido publicados en un solo volumen, y en cierto modo resumen las dos vertientes de su obra poética: lo lírico y lo épico, lo particular y lo universal. El primero, *Visita del Mar*, representa una vuelta a su tierra, a su isla, a su mar, a sus volcanes, a su casa y a su jardín íntimo. El poeta viene a asumir aquella actitud del hombre solo ante la naturaleza. Desde su isla dirá: «sobre la verde herrumbre de las rocas / sé que aguardo un prodigio». Y el milagro o el prodigio los manifiesta en los tres momentos del día (Obsérvese el recurso temporal utilizado también por Tomás Morales en su «Oda al Atlántico», desde el nacimiento del océano hasta la construcción de la nave, o en los poemas «Tarde en la selva» o en «La Alegoría del Otoño») en los tres apartados de *La Visita del Mar*: I. «Los jardines del sol: la mañana»; II. «Los años perdedores: la tarde»; III. «Asombros de la Muerte: la noche». En el primer apartado, como observa bien Leopoldo de Luis en la Introducción a esta obra, «Hay entusiasmos verbales en este libro que llevan a hipérboles trastornadoras». Por ejemplo: «La luz sube hasta el sol entre árboles de vidrio». Pero esta inversión de direcciones está en la misma naturaleza de *La Visita del Mar*, en la que es el mar el que va en busca del poeta, como se alegoriza en el bello poema «El visitante», que «de sus redes sacó un mar diminuto» y «la casa se inundó bajo la audacia / añil de sus relámpagos». En «Y allí el Mar» vuelve a relacionarse con el llamado «poeta del mar», que tiene ahora a su hermano J.J.P. unido en un mismo destino, el eterno retorno a la belleza formal de la naturaleza y su poesía. Recuérdese, si no, los primeros versos de «Los Puertos, los Mares y los Hombres de Mar»:

El mar es como un viejo camarada de infancia
a quien estoy unido con un salvaje amor,

que ahora tiene su correspondencia en los versos de Justo Jorge, cuando confiesa que el mar: «... Me mira viejo y niño / desde su edad sin tiempo. Nada en él permanece». Pero es el último poema de esta primera etapa del día «La Rosa», (que había que añadir a la larga trayectoria de la poética de «la pura, encendida rosa» de Juan de Argüjio, pasando por «le ronde repose / de la ronde rose» de Rilke y el toque silencioso de Juan Ramón hasta «el desagravio de la rosa» de Pedro Lezcano) el que nos ofrece todo ese profundo sentimiento de la naturaleza que nuestro poeta es capaz de darnos a través de sus más profundos e íntimos sentimientos. Siguiendo con la misma paradoja inicial, son las cosas que van hacia el poeta, y no el poeta hacia las cosas, por eso puede decir:

Levanté la mirada hacia la luna
y vi que el mar de mi isla me llamaba,
me buscaba en el sueño, me ordenaba volver.

Y el poeta acude a la llamada de su isla, por los altos caminos de las nubes y los ángeles, «desde el azul espacio de aquel vuelo», y es otra vez la isla la que se entrega como la mujer enamorada. Mas el poeta no se detiene hasta «el oasis de umbría recoleta» del Monte Lentiscal para recobrar «el sosegado amor que allí siempre me espera». Es la vuelta al hogar del trotamundos de la poesía, el viajero de Machado que vuelve cansado del exilio, el recuerdo de la «hermana» de Morales, que le espera, pues como él, Justo podría haber dicho:

Veo la casa nuestra tan lejana,
medio borrosa en la penumbra quieta.

Mas nuestro poeta actual ve ahora

Los altísimos pinos de mi infancia
me rodean en su danza inmóvil
subiendo entre la yedra hacia el espacio

Pero quien atrae toda la atención del recién llegado fue
la flor mágica, la eterna amada de los poetas:

sobre el quemado césped
todo se hizo silencio:
solamente la rosa

Una vez más Jorge utiliza la palabra, y no hace
caso de Juan Ramón Jiménez, y vuelve a tocarla, a retocarla,
para intentar una imposible definición, una nueva definición
para esta rosa concreta de Canarias, que comenzó en volcán
de fuego y termina en mar infinito:

¿De qué volcán, de qué sagrada lava
esculpiste en su fuego tu relámpago?
Te acostumbró la brisa a su vestido,
por eso eres turgencia enamorada,
ímpetu rojo, aura del sol. Venus
saliendo de los pétalos de un mar inacabable.

A pesar de todo la rosa queda «ahí inexplicada», sólo
para recibir al poeta como un «símbolo de vida», y en
resumen igual que las rosas de Ausonio o de Calderón se
encendieron y se apagaron en un día, pues

Tu plenitud, igual que nuestra vida
es extinción que nace el día en que empezamos.

Sin embargo «eterna eres ahora en este mudo instante».
Por ello el poeta ha condensado en esta rosa precisa todos
los mitos de la antigüedad sobre la vida, resumiendo en
ella la luz del momento y la eternidad de lo fugaz, la

llegada del día con el presagio de la tarde y de la noche, como se verá en la segunda y en la tercera parte de este poemario, *La visita del mar*, principio también de la Cosmogonía que se expone y canta en el poemario que sigue.

Así como en aquel, que abarca el 75 % de todos los poemas del volumen, está la parte lírica de este mundo poético, en el último, *Los Dones de la tierra*, el poeta sigue la estructura épica de los poemas clásicos al dividir en cuatro cantos, correspondientes a los cuatro elementos, que según los filósofos antiguos formaron el Universo: la tierra, el aire, el fuego y el agua. Primero fue el Caos, colocado por Hesiodo —según la cita del propio poeta— como origen de todas las cosas. Y es el mar, otra vez como el poeta del Atlántico, el comienzo surge del inalterable Océano que ha de despertar al mundo:

En la noche grandiosa del océano
el oleaje canta vigoroso en el aire
hasta un ebrio horizonte de fogatas y estrellas.

Mas para Justo Jorge la creación toda se sintetiza en la madre Gea, en la tierra, en su tierra, que aparece aquí enlazada con el anterior poemario, pues de nuevo vuelve a su isla en la

Alta noche de mi isla ardiente y candorosa

El nacimiento de la tierra es el despertar de su tierra, el del jardín de su casa materna: «Oid como la tierra se ilumina» dice, y entonces vemos surgir «La begonia naranja, las rojas buganvillas». «El drago estira brazos / coronados de verdes cimitarras candentes» y el brotar de las «libélulas», «las abejas», «los escarabajos lentos», la mariposa, el jazmín:

Todo tiembla en la luz, bulle, vive con todos.

El canto segundo está compuesto bajo la idea del filósofo teogónico Anaxímenes para quien el AIRE es el aliento vital, el alma que penetra en el cuerpo viviente y conserva la vida. Para el poeta «El aire abre su saga transparente» para realizar una «alianza pura» que armonice «la tierra con la luz, el mar y sus vorágines». Pero sobre todo el aire es para Justo Jorge la caricia suave del tacto «de sus manos», pues como él dice

El aire vuela, cambia de color,
y no es pena, es dulzura que tímida se enlaza:
«por él somos vividos, desnudados»,
por él el cuerpo adquiere tacto, ser y vida,

Cuando su terso cuerpo, con su delicia tenue,
rozó por un instante nuestros labios.

El canto tercero surge bajo la divisa de Heráclito para el cual el fuego es símbolo de la totalidad del Universo, pues éste como aquél es sólo apariencia, pues el Cosmos es un eterno hacerse y deshacerse, a la manera de la llama, a la manera de la creación misma de la poesía de todos los tiempos, en cuya teoría se revelan los ritos órficos, que para Justo simbolizan, en el fuego, el origen de su propio mundo:

Naciste bajo el trueno del volcán
en los airados tajos del relámpago.

Después del verbo, en los principios «fuiste el don de la fuerza destructora». Mas «el fuego es un viaje que nunca se detiene», que viene y va transformando todo, desde el modesto «clamor de una cerilla» o la «canción de chimenea». Pero como surge del universo, del mundo exterior pasamos de lo épico a lo lírico, en que el fuego se transforma

esplendor que resurge en mi pecho,
en tus formas encuentra la mujer que me abisma.

Para cerrar *Los Dones de la Tierra*, Justo Jorge vuelve al principio teogónico de la filosofía griega, al pensamiento de Tales de Mileto, cuya idea la resume Aristóteles diciendo: «El origen primitivo, la materia de todas las cosas, es el agua, lo líquido, lo húmedo». No deja de ser significativo que el poeta clausure su canto a la creación, su canto lírico-épico o épico-lírico, con la teoría más actual, que pone en las aguas el nacimiento de la vida animada. Por eso así se imagina el río, las aguas estancadas, donde bulle la vida:

Aguas casi dormidas, densas, azules de oro,
de su borbotar embelesado
expanden sortilegios ancestrales.

Pero el agua de este poema «se levanta deslumbrada»,
pues es alegría y libertad:

Todo lo anega el agua, el agua libre,
el agua agreste, pura, centelleante, indómita.

El cuarto apartado y último del canto y del poema, es una formidable y clarividente condensación de los cuatro elementos alados de la vida, sostenedores del Universo. Primero es el aire:

El agua bendecida por la luz,
en un vuelo nupcial
que desposa al aire con la tierra

con lo que aparece el cuarto y primer elemento del poema,
la tierra a la que el agua anima, exalta y fecunda, pues

Su rebeldía ya es fusión, amor,
melodía constante hacia el sosiego,
y solamente busca su camino profundo:
ser dádiva por todo lo creado.

Y así se queda, frente a su antítesis el fuego inestable y vivificador, pero también destructor, embajador de los círculos infernales, quedan excluidos de aquí y el agua «vive en el hombre y con las nubes / con la tierra, las flores y la fauna», para terminar en la evocación manriqueña «de los ríos / que van a dar a la mar», pues como dice Jorge Padrón el agua sigue corriendo «para cumplir su último destino»

ser vida entre las vidas
hasta unir su cavidad al mar naciendo.

Con los poemas de los libros comentados, Justo Jorge Padrón parece querer cumplir los deseos que expresó, en un poema, Salvador Rueda respecto a Tomás Morales, cuando dice en una de sus estrofas:

que tú y todos los hombres parezcan sólo un
hombre
que tú y todas las almas parezcan sólo un alma.

Como ve bien Manuel Alvar cuando cita a John Donne, quien dice: «Ningún hombre es una isla, completo en sí mismo; cada hombre es una parte del continente, una parte del todo», nuestro poeta va más allá, como corresponde a esta época de fin de siglo, que busca un conocimiento sincrético del mundo, uniendo la filosofía, el arte, la ciencia y la música, y ello sólo se puede conseguir por medio de la poesía. Por eso dirá el poeta, a propósito de esa brillante sinfonía filosófico-científica, ya comentada, *Los Dones de la tierra* que «desde el comienzo de mi camino poético tuve la intención de realizar una larga composición que apenas estuviera sustentada por soportes anecdóticos o biográficos y que fuera contemplación interiorizada de los elementos integradores del cosmos». Pero es curioso que esta obra, como la inédita dedicada en homenaje a la poesía, en gran parte, como veremos, sólo podría componerse tomando fuerzas, como el gigante Anteo, de los mitos griegos, sobre

la tierra de la isla materna, y más concretamente, en el lugar primigenio del Monte Lentiscal, que explican tanto el primer canto del libro citado, titulado, «Magia de la tierra», como el que lleva el mismo nombre del lugar del poemario inédito. En una de las estrofas del primer poema dice:

Alta noche de mi isla ardiente y candorosa,
cuánto fragor de tiempo, cuánta sed
y ausencia y desvarío por oírte
cegado en tu hermosura por sentirte
viva y tempestuosa tan dentro de mi sangre.

Gracias al poema dedicado al «Monte Lentiscal» el libro «*Sólo muere la mano que te escribe*» (1987-88) y también por sus poemas amorosos, no se convierte en un canto de desesperanza, sino un canto a la vida y a la creación, donde se encuentra otra vez el poeta con su infancia, desde la naturaleza geológica, vegetal o humana.

Como si nunca hubiera salido de tu aliento,
como si nunca de llegar cesara
con un niño más torpe en las pupilas,
hoy regreso a tu anillo primigenio.

Para cantar, definiéndolo, finalmente, el lugar de donde surgieron sus raíces y su propia poesía:

Oasis de volcanes, refugio y tierra mía,
en tus ojos renazco, eres la inerte fuerza
y el tiempo madurando mi condición humana.

Nosotros creemos ver —como escasos anteriores— los antecedentes de este nuevo libro de Justo Jorge en algunos poemas anteriores, como en *La Visita del Mar*, como el que lleva el título de «El Mar y su escritura», donde aparece ya esta reveladora imagen:

El poeta es el mar frente a la nada,
frente a la nada del papel escribe

y aparte de la nueva representación simbólica del mar,
que vienen a añadirse a la de Morales, Alonso, Saulo o
García Cabrera, surge, junto a la escritura del papel, el mar
de la creación poética

como una rosa verde de agua y fuego
los más bellos secretos en nuestras manos ávidas

donde, como se ve, aparecen la escritura, el papel, la
poesía y la mano que la escribe. Pero también nos encon-
tramos con otros poemas muy significativos en la misma
obra: «Celebración de la palabra», y sobre todo el bello
poema «Ante el abismo de la página en blanco» en homenaje
a S. Mallarmé, lo cual no es casual, pues si el primer poema
citado está dedicado a Octavio Paz y éste al poeta francés,
es que fueron los escritores que hicieron suya la idea de
Giambattista Vico, quien dijo «que el mundo es un texto,
una escritura que los hombres desciframos o leemos». Re-
flexiona, pues, nuestro poeta sobre su propia escritura para
descifrar su mundo, anunciado el próximo libro «Entre la
página desnuda y yo / la gaviota del vértigo descende». Y
eso será el nuevo poemario que ya no es un homenaje a la
palabra, al creador, a la mano o a la escritura, sino a la
misma poesía, donde todos esos elementos colaboran para
que sea posible. Así en el poema «Presagios de la escritura»,
J.J.P. excava en su propio acto creador que también como
en el poema citado más arriba «vaticina un vértigo / desde
un telar oculto, tensando en negros signos». Es una especie
de conciencia del poema, que «se adentra palpando entre
las sombras / su densa e inextinguible melodía»

para crear el ojo, la conciencia más lúcida
desde el centro inquietante del poema.

Ya Justo Jorge había explicado en su «Poética» (Cuadernos de Literatura Hispánica n.º 7) que la poesía «es la vida más intensa hasta el conocimiento último», «conocimiento inaccesible a la reflexión lógica —pues sólo mediante la intuición poética llega el hombre al misterio...». Y añade, por último, «Solamente a través de la visión poética se nos desvelan espacios de la verdad del todo al que pertenecemos». Y este conocimiento de la realidad más profunda es lo que buscaron Hölderlin, Rilke, Juan Ramón, Aleixandre, etc. Ahora en su nueva obra «*Sólo muere la mano que te escribe* quiere penetrar en ese mundo verdadero de la poesía, pues como dice el poema «La mano que te escribe», «el mundo se diluye en tu mirada / la página que quiere conservarte»... hacerla eterna por medio de los signos de la escritura, pero para llegar a ese camino hay que atravesar la «Noche de la ceguera», donde el poeta profundiza cada vez más —como Rilke— en sí mismo, en su destino, en su ser; intenta, pues, penetrar en el misterio del tiempo, que se reducen a una misma pregunta obsesiva referente a «un dios siempre mudo», encontrando sólo su descanso

hacia la tregua de una página
cuya noche me hiende y petrifica

Todavía el poema «Aura negra» es la pesadilla de una noche «cruzando el azabache de páginas violentas», pero en «Trasmundo del ojo», vuelven los ojos de *Mar de la noche*, de *Los círculos del infierno*, mas no con mirada destructora, sino como abarcadora de su yo... de su futuro-pasado, y como conocimiento de sí mismo, que está

diluyéndose entero como gota de sombra
en el trasmundo oculto de los ojos
tan dentro de cada hombre, de todas las miradas,
soñándose a sí mismas desde el ojo total.

Es sin embargo en su evocación de la que llama la «Isla del cosmos» donde el poeta se siente a través de la palabra:

«el papel, la blanca llamarada / que te incita y te otorga el oído del mundo. Mas es en el pequeño poema «La promesa, donde se condensa el último conocimiento, más allá de la vida y de la muerte, de los ojos fundidos con la naturaleza, en la mirada última de su isla, pues como el poeta dice evocando sus postrimerías:

habrá dos gotas de agua que aún querrán negarse
a la implacable destrucción perenne.
Serán mis ojos. Seguirán mirando
nuestro mundo, una isla, esta orilla de sol.

Mas este hijo de las islas, está aún vivo, y es con su bello poema «Acorde incesante», iniciador de la segunda parte de este poemario, donde vuelve a cantar el amor, la vida, el mundo, y ahora con el conocimiento de haber vivido, de haber amado mucho, y el de haber creado, por la palabra, la mano que escribe poesía íntima, poesía cósmica, poesía de la naturaleza y amorosa. Primero describe de nuevo y más apasionadamente que nunca a la amada y al acto pleno del amor:

Tus caderas, tan lentas, tan dentro de las mías
como un acorde largo, penetrante,
dirigiendo la vida hasta su origen.

Ya cada uno de los siguientes poemas se puede considerar como una continuación de éste: «Una razón de sangre», es la plenitud lograda en el cuerpo de una mujer, que es «como tiempo que siempre fluye», y «sin que lo disminuyas resume el universo», conocimiento último, pues «se ha quedado en mis ojos como la luz del mar». En «Tania» se plasma en un poema el ser concreto, desde la memoria, el objeto del amor, desde la fugacidad de lo que empieza a ser recuerdo, expresado en un solo verso: «y estás y nunca estás en este aire sin aire». Tanto en la «Maleza del deseo» como «En la copa más diáfana del vino», todavía arde, en el recuerdo, la exaltación más pura del amor que le hace

exclamar: «Somos dioses». En «Fábula de dos náufragos» nos muestra como los amantes

Volvieron a creer en otros años
donde era libertad la incertidumbre.

Para volver a retomar, después del ciclo cumplido, en «El instante de un dios» la conciencia de la palabra y de la escritura del mundo en donde se condensa y se expresa por medio del poema:

Precipicios, el ansia de todos para ser
el viento del esperma que perfora
el instante de un dios, su incandescencia
en la página insomne donde escribo.

Termina este poemario con «La vulnerada negación», donde todos los momentos de exaltación o de desánimo, donde todas las angustias pasadas y los placeres gozados, entre el amor y la vida, entre la creación y la muerte vienen a condensarse, a hacerse, como en la simbología bíblica al identificar la «Sabiduría el verbo de tu cuerpo», que «me relata su historia de confusión y caos» que ha apagado «el aroma de una antigua inocencia», cuya identidad de mujer nos parece, por transformación interior, el propio símbolo de la poesía, que en ciertas estrofas puede ser una verdadera alegoría del poema:

Mi memoria es tan sólo un impulso aterido
que sigue en tu imposible inexistencia

En el que el poeta expresa su fidelidad tanto en el pensamiento como en la vida, de tal manera que finalmente:

Un solo pensamiento sobre ti
es ahora mi vida entera hacia la muerte.

Justo Jorge de un modo clarividente —como pocos poetas son capaces de hacerlo—, sabe definir perfectamente y situar su poesía en el puesto que le corresponde en la literatura española contemporánea. «No se trata —dice— pues de la resurrección de un movimiento antiguo renovado, como podría ser el neo-modernismo para los venecianos... Se trata de un proyecto más ambicioso que intenta, en una labor sincrética, resumir los tradicionales aportes de la poesía española y americana de nuestra lengua con la mejor herencia del surrealismo y el expresionismo europeo». Y esta universalidad, este sincretismo de la poesía española y americana sólo podría darse en un hijo de las islas Afortunadas, puertos situados a mitad de camino entre Europa y América, a mitad de camino entre el mito y la realidad, entre el sueño y la vigilia, entre el paraíso y el infierno, pues como dice Alvar en su comentario a *Visita del mar* «este hombre nuestro ha salido de sus islas y ha viajado a las brumas hiperbólicas, pero vuelve al Monte Lentiscal y el agua en movimiento es el símbolo de su resurgir y de su hacerse». Mas este ciclo de poemas viene a completarse con su nuevo poemario. *Sólo muere la mano que te escribe*, que gira entre los dos grandes polos del mundo: el amor y la muerte, principio y fin, cuna y sepultura, que en un poema tiene su final perfecto que podría servir de epitafio al poeta, donde, a pesar de todo, sus ojos seguirán mirando el mundo desde su isla:

Como ahora sus lágrimas caerán ante la sombra
de un desvelado sauce del Monte Lentiscal,
cuando recuerden todo lo que amé
entre el mar la tierra de la vida.

OBRAS DE JUSTO JORGE PADRÓN

POESÍA

Los Oscuros Fuegos. (1971. «Editorial Rialp». Madrid).
Accésit al Premio Adonais de 1970.

Segunda edición: 1980. «Plaza & Janés». Barcelona.

Mar de la Noche. (1973. «Ediciones Instituto Catalán de Cultura Hispánica». Barcelona). Premio Boscán 1972.

Segunda edición: 1973. «Ediciones Instituto Catalán de Cultura Hispánica».

Tercera edición: 1980. «Plaza & Janés». Barcelona.

Los Círculos del Infierno. Prólogo de Artur Lundkvist. (1976. «Editorial Plaza & Janés». Barcelona). Premio Fastenrath de la Real Academia Española de la Lengua 1972-1977. Premio Bienal de la Asociación de los Escritores Suecos 1976-1977.

Segunda edición: 1977. «Plaza & Janés».

Tercera edición: 1978. «Plaza & Janés».

Cuarta edición: 1980. «Plaza & Janés».

Quinta edición: (Ed. bilingüe español-inglés) 1981. «Euroeditor». Luxemburgo.

Ningún Ruido, Ningún silencio. Antología poética 1971-1976. Prólogo de José Luis Cano. (1978. «Editores Mexicanos, S. A.» México, D. F.).

El Abedul en Llamas. Pórtico de Vicente Aleixandre. Prólogo de Luis Rosales. (1978. «Hyspamérica Ediciones». «Editores Mexicanos Unidos, S. A.» San Sebastián y México, D. F.).

Segunda edición: 1980. «Plaza & Janés». Barcelona.

Oresnita. Prólogo de Pedro J. de la Peña. (1979. «Editorial Prometeo, S. A.» Valencia).

Segunda edición: 1980. «Plaza & Janés». Barcelona.

Obra poética 1971-1980. (1980. «Editorial Plaza & Janés». Barcelona). Premio de la Academia Mundial de Arte y Cultura, 1981. Medalla de Oro de la Comisión Francesa de la Cultura de Bruselas, 1981.

La visita del Mar. Selecciones Austral, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1984.

Los Dones de la Tierra. Idem.

Sólo muere la mano que te escribe. (1986-87), Obra inédita.

ENSAYO Y TRADUCCIÓN

La Nueva Poesía Sueca. (1972. «Editorial Plaza & Janés». Barcelona). Premio Internacional de la Academia Sueca de la Lengua, 1972, y Premio Internacional de la Fundación Lundkvist, 1972.

La Poesía Contemporánea Noruega. (1973. «Ediciones Fabelas». Las Palmas de Gran Canaria). Premio Internacional del Instituto Nacional de Cultura Noruega, 1973.

El Modernismo en la Poesía Sueca. Antología, con prólogo de Artur Lundkvist. (1973. Ediciones «Revista de Letras de la Universidad de Mayagüez». Puerto Rico).

Panorama de la Narrativa Islandesa Contemporánea. (1974. «Ediciones Instituto de Cultura Hispánica». Madrid).

Paradisets Skugga. (1974. Antología de la obra poética de Vicente Aleixandre, vertida al sueco en colaboración con Artur Lundkvist, publicada en la «Editorial Bonniers». Estocolmo).

La Poesía Nórdica de la Posguerra. (1974. Ensayos sobre la poesía de Suecia, Noruega, Dinamarca, Finlandia e Islandia. «Ediciones de la Universidad Complutense». Madrid).

Antología de Maria Wine. (1977. Estudio, selección de poemas y versión al español. «Editorial Plaza & Janés». Barcelona).

- Antología Española desde la Posguerra.* (1980. Ensayos panorámicos sobre los poetas y la poesía de Europa, 1950-1980). Festival Europeo de Poesía 1980. «Editorial Leuvense Schrijversckte». Lovaina.
- Tú Eres la Tierra.* (1981. Prólogo y versión al español de la obra del poeta italiano Mimmo Morina «Tu sei la terra». Colección Adonais. «Editorial Rialp». Madrid).
- Insiktens Dialoger.* (1981. Versión al sueco, en colaboración con Artur Lundkvist, del libro de Vicente Aleixandre «Diálogos del Conocimiento», publicado en la «Editorial Bonniers». Estocolmo).
- Urval av Dikter.* (1982. Versión al sueco de una antología de la obra poética de Fernando Rielo. Colección Orbita Internacional. «Editorial Prometeo, S. A.». Valencia).
- Et Diktantologi.* (1982. Versión al noruego de una antología de la obra poética de Fernando Rielo. Colección Orbita Internacional. «Editorial Prometeo, S. A.». Valencia).

BIBLIOGRAFÍA SELECTA SOBRE LA OBRA DE JUSTO JORGE PADRÓN

Los oscuros fuegos (1971)

1. José Luis Cano, «*Los oscuros fuegos*», de J.J.P. en «Diario de Las Palmas», 3-III-71.
2. Francisco Umbral, *Los oscuros fuegos*, «El Norte de Castilla», abril, 1971.
3. Jaime Siles, «*Los oscuros fuegos*», de J.J.P., «Las Provincias», Valencia, 23-IV-71.
4. Guillermo Díaz Plaja, «*Los oscuros fuegos*», de J.J.P., en «ABC», 3-VI-71.
5. Antonio Tovar, «Poetas nos explican», «Gaceta Ilustrada», Madrid, 31-X-71.
6. Domingo Pérez Minik, «*Los oscuros fuegos*», de J.J.P., en Rev. «Fabras», n.º 33, VIII-71.

Mar de la noche (1972)

1. Carlos Bousoño, «Sobre *Mar de la noche*», «Diario de Las Palmas», 22-II-73.
2. José Luis Cano, «El neorromanticismo de J.J.P.», Rev. «Insula», n.º 325, XII-73.
3. Pedro Lezcano, «El lirismo existencial de J.J.P.», «La Provincia» de Las Palmas, 25-XI-73.
4. Pedro de la Peña, «J.J.P. desde el ámbito oscuro», «Informaciones», Madrid, 17-I-74.
5. Dámaso Santos, «La gran resonancia de la poesía de J.J.P.», «La Nueva España», Oviedo, 20-I-1974.
6. Jorge Rodríguez Padrón, *Mar de la noche*. «Como un grito perdido en el vacío», «El Día», Sta. Cruz de Tenerife, 16-11-74.

7. Leopoldo de Luis, «*Mar de la noche*», de J.J.P. Rev. «Triunfo», reproducida en «La Provincia», Las Palmas, 9-III-1974.

Los círculos del Infierno (1975)

1. Luis García de Vegueta, «El llanto del poeta», «La Provincia», Las Palmas, 27-II-76.
2. Dámaso Santos, «J.J.P. entre Canarias y Escandinavia», «Solidaridad Nacional», Barcelona, 19-III-76.
3. Luis Jiménez Martos, «El infierno, en primera persona», «La Estafeta Literaria», 15-IV-76.
4. Carlos Murciano, «*Los círculos del Infierno*», de J.J.P., «Poesía Hispánica», n.º 282, VI-1976.
5. José Luis Cano, «El círculo infernal de J.J.P.», Rev. «Triunfo», Madrid, 19-VI-76.
6. Emilio Miró, «Dos poetas canarios», Rev. «Insula» n.º 356-357, VII-VIII-76.
7. Antonio Tovar, «Cosmopolitismo», «Gaceta Ilustrada», Madrid, 5-IX-76.
8. Leopoldo de Luis, «*Los círculos del Infierno*», «Cuadernos hispanoamericanos», n.º 311.

El abedul en llamas (1978)

1. Gerardo Diego, «*El abedul en llamas*», «Arriba», Madrid, 24-XII-78.
2. Alfonso O'Shanahan, «*El abedul en llamas de J.J.P.*», «La Provincia», Las Palmas, 28-I-79.
3. Luis Rosales, «Un libro sereno, nostálgico y puntual», Diario de Las Palmas, 16-III-79.
4. Victoriano Cremer, «*El abedul en llamas*», «Hora», Barcelona, 25-III-79.
5. José García Nieto, «*El abedul en llamas*», «Ya», Madrid, 29-XI-79.

Otesnita (1979)

1. Carlos Frabetti, «La adolescencia recuperada», «Diario 16», Madrid, 7-I-80.
2. Carlos Murciano, «Aquella historia de amor», «El Imparcial», Madrid, 26-II-80.
3. María de Pallarés, «Otesnita, un nombre para siempre», «Hierro», Bilbao, 20-III-80.
4. Laureano Albán, «*Otesnita* o la nueva objetivación del amor», «Nueva Estafeta», V-80.
5. Andrés Amorós, «*Otesnita*, de J.J.P. resultado de la meditación sobre el amor y sus ruinas», «Hoja informativa de Literatura y Filología», Fundación March, VII-VIII-80.

La visita del mar y Los Dones de la tierra (1984)

1. Leopoldo de Luis, «Aproximaciones a la obra de J.J.P.», en *La Visita del mar...* Selecciones Austral, Madrid, 1984.
2. Manuel Alvar, «J.J.P. desde las Islas Sagradas», «Insula», Madrid, n.º 482, I-87.

Obra poética (1971-1980)

1. Carlos Murciano, «La poesía de Justo Jorge», *Diario de Las Palmas*, 3-IX-1980.
2. Juan de la Peña, «J.J.P., diez años de poesía», *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, VII-VIII, 1980.
3. Sebastián de la Nuez, «J.J.P., su obra poética (1971-1980)», *Rev. «Trilce»*, Perú, n.º 18, VII-1982.

Nota: Para más bibliografía véase la *Revista Trilce*, n.º 18, julio, 1982, pp. 14-17.

LOS OSCUROS FUEGOS
(1971)

UNA FIEL PERMANENCIA

Desde el inquieto túnel del insomnio
oía el largo y distante pitido de los trenes
y el creciente zigzag de la lluvia en el viento.
Ojos que en el negro vacío
de aquel cuarto buscaban
inútil protección, sabían
la violenta llamada de la noche.
Roncos zumbidos de motores,
ebrias voces, maullidos de gatos encelados
rasgaban el silencio intermitente
de la ciudad dormida.

Como la niebla,
sobre pisadas lentas y distantes
ascendía mi imagen solitaria.
Calles perdidas, vericuetos
de otros países a los que el azar
me condujo, tomaban forma antigua,
indomable esplendor.
Relojes de otras horas
marcaban los oscuros fuegos
del pasado. Allí estaban
los estudiantes, las canciones
del alba, el alegre
vino de los bohemios,
la indeleble oratoria
de taciturnos visionarios,
y el humo y las mujeres
cual si aún me esperasen.

No sé si al conocerles
su alegría o su soledad
fueron en mí las mismas.
Mas desde entonces, un amor extraño,
con su tenaz poder de símbolo,
me une todavía a estos anónimos
rebeldes de la noche
que defienden los estandartes
de una fiel permanencia.

PRIMERA AUSENCIA

Después del largo viaje
regreso a casa como tantas veces
hacia ti, que me aguardas
con tu amor y sus velas encendidas
sobre la mesa puesta.
Así soñaba, nuevo y repetido
el preciso reencuentro,
y el viento me empujaba
y la lluvia aumentaba mis deseos.
Abrí la puerta
y un vaho denso
como la oscuridad
me golpeó en el rostro.
Los hacinados muebles,
olor a nadie,
sólo un frío silencio me aguardaba.
Sonaba el viento
entre los pinos del otoño...
Pero no me resigno,
niego la soledad
y te invento en la casa como entonces.
Ilumino este cuarto
en donde tú cosías
y regresas del fondo del recuerdo.

Hasta que, de repente,
veo en tu silla un traje
abandonado, lo acaricio
como si lo vivieras
y se encuentran mis manos
vacías en el aire.
Amo y busco tus cosas
y la lluvia prosigue,
y la desesperanza se adentra solitaria
en la primera noche de tu ausencia.

IGUAL QUE EL PRIMER DÍA

Vas cosiendo en la máquina
lentamente el vestido,
los sueños de la hija.
En tus manos se trenzan
el tejido y la luz.
Te miro y voy sintiendo un sobresalto
en la sangre. Te estoy
hablando sin mover
los labios,
como si no existieran las palabras.

Es un silencio iluminado
el que escuchamos en nuestras paredes
blancas. La máquina prosigue
pespuntando los sueños,
la esperanza se viste
con un traje de niña.
Apenas una leve
mirada y nos hallamos
igual que el primer día.
Sigue el amor. Nos basta.

LA LUZ DE CADA TARDE

En el viejo sillón,
después del ciego ruido de este día
me vienen lentas horas de silencio.
Ya las palabras cálidas se fueron
por el oscuro viento de la ausencia.
Antiguas, claras voces,
me llegan del recuerdo:
nuestra vida girando
en espejos azules de armonía.
La casa alegre
desde su fresca umbría me invitaba.

Pero no sé si el tiempo
de súbito los ojos me ensombrece
o si la piel ya no recuerda el hondo
vivir. Tan sólo permanezco
en la orfandad de los instantes,
pensándote, pensando
en los años sombríos que descienden
cada tarde en la luz
de esta fiel soledad definitiva.

SI ALGUNA VEZ

Si alguna vez me enseñas
de qué manera me amas, yo creería
más en la vida. Igual que la simiente
candeal, me esparcería desde tu fe a la tierra.
Qué hermoso afán el extinguirse
en el fuego del mundo, en su amor integrado
hecho materia y sueños.
Pero quien cree así, transfórmase
en la imagen efímera y real
de un espacio pensado con toda la belleza
de un dios que goza e incendia cuanto toca.

Revive el corazón
cuando canta en las lindes de quien ama,
cuando nace en su luz
y la muerte prefiere antes del éxodo,
porque partir —lo dijo ya la piedra— es morir,
abonar el olvido.

EN ESTAS VIEJAS COLINAS

En estas viejas colinas
junto a otros muchos hombres
me obligan a aprender,
en el filo del frío y del hastío,
obedeciendo, obedeciendo siempre
el grito anónimo de mando.
Allá, en el fondo, el mar,
siempre el mar rodeándonos
con su acero lejano e implacable.
Después, en el acompasado
respirar de los bultos
hundidos en el sórdido abandono
del sudor y el esfuerzo,
entre la noche hiriente y desolada
y el cansancio de todos
sube pesadamente hacia la lona
que cubre nuestro absurdo aprendizaje
día tras día.

PAVOROSAS SOMBRA

La corneta
como un puño de frío
nos despoja del sueño.
Perfiles macilentos
del miedo se recortan
en la titubeante luz del alba.
Y corren, corren
las pavorosas sombras
al cónclave ordenado.
Amargos rostros
de silencio forman
oscuras filas.
Y ninguna voz
rompe el hilo del viento,
sólo un chirriar de platos,
de marmitas, otorga
su triste son a un día
que nació ya sin horizontes.

BAJO LA PARDA LOBA

Preso en la indiferencia de estos muros,
en medio de legajos y expedientes
de hombres que no quisieron doblegarse
bajo la parda loba,
y desilusionado,
contemplo mi huidiza juventud
atada por el miedo,
la alegre fiesta luminosa
de este día que arde sin que pueda
exprimirlo, beberlo como si fuera un fruto,
en medio de la calle,
libre, distinto como los demás.

LAS OSCURAS HORAS

Desperdiciadas las oscuras horas
con la torva vehemencia de lo que ya no vuelve,
contemplas cómo el alba ahora ilumina
tu derrota, tu anhelo de encontrar
otro motivo que te sobreviva.
Y repasas de nuevo
como cartas veloces
de una baraja, vericuetos, signos
y restos de la noche. Has rechazado
en turbios bares manos peregrinas
y ávidos labios que se te ofrecieron,
y entremezcladamente, en el cercano
rumor del mar, percibes las absurdas
voces vertidas en su estéril juego
del decir y no ser.

Quedan atrás, como una carga inútil,
las inservibles experiencias
que sólo dejan su sabor nostálgico.
Con desazón idéntica, la ciudad miserable
despierta largas calles solitarias.
Miras la luz que nace,
el brusco centelleo de un balcón,
cualquier rostro de asombro,
duros contornos nuevos que destacan
caminos que te ofrecen
un posible regreso,
acaso el más veraz y presentido.

Terca pasión de vida
sin límites envuelve esa esperanza:
y sonríes vencido, porque ahora
la memoria puntual recuerda y niega.

Prosigues calle abajo
de espaldas a la luz que te acompaña,
tropezando con sucios perros madrugadores,
oyendo su salvaje algarabía
y el toque eléctrico de gallos
rompiendo la mañana.
Y llegas, y abres temeroso
la puerta que conoces,
y encuentras de repente tu pasado,
el familiar olor de cuanto uniste.
Vacilante te observas
en la cruel superficie de un espejo
y odias a aquel que te hace muecas
desde su fondo triste
para alegrar de nuevo tu retorno.
Entras furtivamente
en la estancia. Desnudo y viejo abrazas
el cuerpo cálido sobresaltado,
mientras te gana un sueño inextinguible.

EN LA EXTRAÑA CIUDAD

En la extraña ciudad del norte oscuro,
la de los largos puentes y canales,
en trenes subterráneo, acosado
de frío y soledad,
vas, amargo extranjero,
como una sombra, en busca de ti mismo.

Observas los impenetrables gestos
de rostros que se cruzan,
toda la gris indiferencia
de espejos sin azogue,
el cerco, el vacío deslizante
que te producen sus destinos
conducidos por hilos rutinarios.

En este alucinante tránsito se suceden
los decorados, vidas alienadas,
perspectivas, silencios
que no se juntarán.
Y tú, quizá distinto a todos,
buscas una mirada que detenga
tu camino indeciso, una sonrisa
que te devuelva tu perdida imagen:
la pasión de la vida.

HOY ES TU CORAZÓN UN TACTO INÚTIL

Con la certeza del que nada aguarda
abres sin prisa la cancela antigua
y escuchas los lentísimos
pasos, que no parecen tuyos,
en la escalera gris.
Ninguna voz te ofrece su calor,
andas a oscuras, nada
te lleva a tu rincón, ni tan sólo la música,
ni los viejos poetas, ni las gastadas cartas
de amor son esta noche
para ti compañía.
Pasan por el recuerdo los perdidos
nombres que en otras horas
honda fe dieron a tu juventud.
Llega el rumor del viento,
el tedioso vacío de tu vida,
y en él te reconoces,
porque amas al que fuiste
y percibes la ausencia
de tus mejores días.
Hoy es tu corazón un tacto inútil,
lo sabes y no puedes engañarte
y aún dejas que la impávida memoria
se lleve cuanto amaras,
cuanto perdiste en esta tierra estéril:
aquel ciego temor que acaso siempre
tuviste por la vida: tu fracaso.

Pero nada te importa ya y contemplas
por la ventana el árbol más tenaz,
llenas tu vaso y piensas:
éste es tu patrimonio de hombre solo.

MAR DE LA NOCHE
(1971-1972)

RETORNO

La luz primera que estalló en mi vida
fue el reino cálido de los olores.

No dejé que la oscuridad entrase
y me sembrara el miedo.
Me aferraba a la lana inconfundible
de mi corcel de trapo,
a frondosas pelotas blancas de caucho fresco,
a los libros antiguos
del abuelo que bajo la almohada
me traían el polen
de un mundo presentido.

Más tarde conocí el mar,
su gran abrazo azul hendiendo mis sentidos,
llenando de presencias palpitantes
la intrépida niñez.
En las aulas primeras
palpé los mapas verdes. Pizarras de humo negro,
y pupitres alados me llevaban
a la acuosa arboleda de los sueños.

Allí el tintero me miraba inmóvil
con su ojo negro y su cortés bombín,
y la caja de lápices
despertaba colores nuevos a la alegría.

Y qué fiesta el balón en el recreo
retozante planeta por nuestras piernas ágiles
dejando entre las manos
su tensa sensación de tambor y sandía
y de zapaterías curtidas por el viento.

Después aquella noche tan diferente a todas:
el leve paso bajo los pinos del verano
y un aire desnudando irresistible
los violentos aromas.
En la acechante fronda nos tendimos
estremeciendo la pinocha seca
y, por primera vez, el cuerpo del amor.
Qué ebriedad,
qué extraña llamarada sofocante
por todos los sentidos. Y guardé para siempre
aquellos envolventes olores que aún me queman
como un bautismo virgen con la tierra.

Y luego cada vez más de prisa la vida
llevándome y girando por perfumes y cuerpos
habitaciones y palabras, nieblas,
túneles, despedidas, madrugadas, silencios,
que poco a poco fueron despojándome
de cuanto amor y alta confianza puse.

Ahora que todo se ha alejado, vuelvo
cansado y anhelante
a iniciar el camino.
En esta habitación llena del mundo,
estos libros de todas las edades
me traen como entonces
el aroma perdido de bosques y de gentes,
llenándome la vida y la distancia
con la ternura de este reino tan entrañable
que oloroso remonta
desde el latido inquieto del papel.

UN DON IRREPETIBLE

Después de recorrer lo caminado
y volver lentamente a recordar,
sin ilusión, como si no pudiera
retroceder a lo vivido inmóvil,
ni fuese ya capaz de dar un paso, miro
a través de los fuegos de este otoño arenoso,
y de súbito tiemblo.

Lúcido y taciturno
oyendo un tenue viento entre los árboles,
contemplo cómo brota
la vida nueva alrededor de mí.
Cruzan amantes jóvenes llevados
por una intensidad que duele en la memoria,
y niños que aún juegan
alzando en su mirada la límpida visión
de un mundo ya perdido,
y levanto mi copa tocada por la luz
de esta apacible tarde
y brindo por la vida
que pasa como un don irrepetible.

CRUZO LAS NOCHES

Busco tus ojos de agua
en el amanecer de un día nuevo.
La lluvia y mi abandono
me han llevado a estas calles,
a estos bares sin ti donde la noche
aún se esconde. Mis ojos
te buscan ya como si no pudieran
comprender el pasado.
Ahora que tiembla un vasto arenal por mi cuerpo
y que el viento sin término estraga la esperanza,
siento batir el frío contra piedras y árboles
y como un perro ciego te llamo, desolado.
Por largas avenidas voy errante de ti,
por lugares extraños donde nunca estuviste;
y te busco y te escribo palabras que se pierden
por canales y aceras
y con tu nombre hiero este viento cansado.
Nada ha permanecido desde que te alejaste
y ya no estás como una lluvia de oro
dándole luz y fuego a mi sangre desnuda.
Extraviado por lentas madrugadas,
cruzo las noches como el agua muerta
tatuado por una cicatriz invisible.

CUANDO LA NOCHE AVANZA

Cuando la noche avanza,
envejecido y roto,
me deslizo en el lecho.
Una sed blanca me rodea entonces:
suavidad conocida,
aroma cegador que desde lejos
me da alcance y me turba:
son todos los momentos vividos junto a ti.

DONDE SE JUNTAN UNOS LABIOS

Con el ebrio rumor
de la luz, en el punto misterioso
donde se juntan unos labios,
brotó la transparencia
de dos cuerpos magníficos.

Desde esta unión total,
fuego de olas y manos,
lenguas, muslos, caderas,
respiran el delirio,
la destrucción, la dicha
de un solo cuerpo unánime.

Entre agonía y júbilo,
con el íntimo asombro
del mundo entre los brazos,
surcas la prisa del deseo,
el azar inquietante
de su distancia, y allí, envuelto
en ese resplandor único del amor,
tantas veces buscado,
comienzas la sorpresa
de creer en la vida.

UN SILBO INÚTIL

El corazón de tristes cuerdas
sueña, suena agudísimo
por los rincones más ocultos
de la arboleda o en mi bota
más triste, traspasada
por los ojos y bocas del total abandono.
Es la imposible, buceante
y desolada música
que me lleva y me empuja
a la maleza, al vuelo
perdido de las hojas
borrándome en la luz caída de la tarde.
Allí, un silbo inútil
conduciendo mis pasos,
por un ámbito oscuro
de ropas empapadas de indiferencia y lágrimas,
extrañamente se confunde
con el tiempo vivido, entresoñado
y perdido y buscado estérilmente
en este corazón que no ve nada.

ENTRE AQUELLAS PAREDES

Algunas veces, cuando su memoria
olvidaba los golpes del cansancio,
se me acercaba tímida y desnuda.
Con el mismo temblor
de las primeras hojas,
mis manos contornaban su cuerpo recobrado
con la creciente lentitud del tiempo.
Los labios abolían las fronteras
en el fuego secreto de la noche.

En la misma penumbra, entre aquellas paredes
que conocieron la ternura hirviente
de dos cuerpos dichosos,
ante una mesa triste y un papel solitario,
redimo del olvido la amargura
que me escribe su ausencia.

INTANGIBLES CERTIDUMBRES

Armado con palabras de humo
con una fe que lucha entre tinieblas,
un hábito te empuja
a trenzar en la alquimia de tu mente
extraños signos, intangibles
certidumbres que dan camino a tu memoria.
Es el lúcido fuego de un azar
en el que has apostado
tu suerte.

Y así, marcado
por una sed agónica,
entre candentes ráfagas
de números, dolor, sombras y voces,
penetras decidido,
palpando un reino casi inextinguible.

LA OLA ARDIENTE TE ARRASTRA

La mezquindad y la calumnia
y sus bastardos mercaderes
extendiéndose en toda tu memoria,
como una maldición.
Sordo, el violento puño de los días
estallando en tu sangre a cada golpe.
Llegas cansado a casa con el sombrío hedor
de la derrota, pero tu mirada
en su rompiente rebeldía,
jura que aún no has perdido.

La ola ardiente te arrastra
por la pequeña galería umbrosa.
Vas incendiando
sin darte cuenta las paredes,
los libros, hasta el aire sumiso del hogar,
y todo lo derribas con tu oscura mirada.
Grandes ojos viscosos cuelgan por los dinteles,
lenguas torcidas manchan
cuadros y espejos apacibles,
y repisas y muebles se desploman
ante tus pasos desolados.
Toda la hez del mundo mancillando tu lecho,
contagiando con tu presencia a cuanto amaras,
y al fin te encuentras y huyes escaleras abajo,
antes de que también tu casa
deje de ser el único refugio
contra la muerte.

EN ESTA OSCURIDAD

Los pechos de Maj-Gun
como dos girasoles abiertos en la noche.
De Janine, la felina curva
rotando siempre en imprevistos vuelos.
El ronroneo sensitivo
de Concha la cubana
como un beso caliente y derramado.
El extraño batir campanero y solemne
de Ingrid, y Marion con su boca
mordedora y sumisa.

Eran los luminosos, turbios cuerpos
que conocí. Aquellos lechos
brillan aún, palpitan
expandiendo su aroma seminal
por el recuerdo.

Ahora
son todas una en la imaginación,
una en mi inconsistencia,
hacia un punto que se alza
sobre esta oscuridad
como un grito perdido en el vacío.

CON LA MISMA LOCURA

Diríase que aquel amor que nos unió
se venga cada día de nosotros
conservándonos juntos.
La ebria contemplación
tan llena de fervor y resonancia,
se ha mudado en diálogo crispado
en donde las palabras
como lianas o piedras encendidas
nos golpean los ojos. A veces una música
de los primeros tiempos o una sombra nostálgica
se queda entre nosotros,
y es uno de los dos quien precipita
la impúdica ironía, el recuerdo feroz,
la ira soterrada.
Es ciega e implacable nuestra fiel destrucción,
y a ella nos aplicamos con la misma vehemencia
con que empezamos a querernos,
con la misma sutilidad y tacto,
con la misma locura
de esta trampa común que nos cierra la huida.

COMO QUIEN SURGE DEL OTOÑO

—¿Estáis aquí?
—Estamos muertos, dije ensombrecido.
Y sin prestarnos la atención más leve,
entró como uno más
de la casa.
Llegó como quien surge del otoño,
de una tristeza,
quizá aún más distante, de un olvidado sueño.
Y descargó su fardo de alegrías
por los torvos rincones.
Alisó su cansada cabellera
de lluvias y de vientos.
Sentóse a nuestro lado
y fue viviendo todos los aromas
de la estancia. Nos dio
su corazón sencillo,
y encendió las canciones ya perdidas
del agua y de los fuegos.
Nos animó a perseverar,
a no sufrir aquella amarga muerte,
y ante nosotros extendió
los caminos que llevan a la vida.
Nos abrazó al final uno por uno,
y poderosa luz infundió en nuestros labios.
Con ojos de agua,
le acompañamos hasta el horizonte,
le pedimos una última palabra:

—¿Con qué nombre podremos recordarte?
Humo casi la voz,
apenas nos llegaba.
Y desde entonces nuestra vida
sólo ha sido esperar, esperar a un extraño.

EL DURMIENTE

Olores inquietantes de búcaros dispersos
despiertan el dominio de la noche.
Sostienes la vigilia,
y mientras todos duermen
relees con sosiego un libro
de antigua ciencia del vivir.
Con apretado amor ya lo llevas al sueño.
Por el largo pasillo,
las torvas sombras que la luz inventa
retornan a su reino de negrura.
Sábanas familiares
te acogen con su cálido murmullo
y su aroma de infancia protegida,
cándidos gestos olvidados, besos
de un rito fiel a la estatuilla
que presidía tu buen sueño,
y ahora, indiferente,
bosteza su perdido dominio de temores;
y vuelven los pasillos húmedos,
y las sórdidas aulas del colegio
y aquella amarga voz ensotanada
con su oscuro poder.

Sonríes desde la distancia
de aquel tiempo olvidado,
melancólicamente confundido.

Y miras toda la ternura
de tus vestidos cotidianos,
su viva compañía sosteniendo
sobre la silla tu calor.
Ciegas la luz. Silencio crece
en el espacio estremecido.
Débiles brillos de astros
reflejan trepadores ojos blancos,
ramas de grandes árboles
avanzan un perfil sombrío,
hojas inquietas como labios, dedos
o aves sorprendidas
cubren la habitación,
y el viento las agita
en las paredes. Crece la honda incertidumbre,
y es un mar tenebroso
el que te anega incontenible
e invade la penumbra de la casa.

Allí en la temblorosa habitación del fondo,
¿vivirá todavía?
Y era hosca impiedad tu única duda.
Un páramo de ausencia cubre entonces
totalmente la vida,
tu angosto miedo llora,
jadea en la almohada
buscando el sueño, su veloz olvido.
Por la memoria cruzan,
igual que una bandera
quemándose en el viento,
los últimos momentos compartidos,
su mano acompañante, la bondad, el refugio,
la medida del mundo en su palabra.
Pero el miedo y la prisa
tiran de súbito las sábanas,
y te deslizas con sigilo
por el oscuro corredor.

Allí, en la estancia familiar,
mi padre duerme
y un niño en el rincón más próximo se sienta,
oye latir la vida en cada objeto
con su canto gozoso de efímera verdad,
y como en otras noches olvidadas
de ternura y sosiego,
el sueño se detiene en su sonrisa.

LA BELLEZA

Nadie debió saber su extraña vida.
Pasajera de brumas y de nieves,
recogía en sus ojos inquietantes
el misterio, la luz y la tristeza.

Cruzaba por las calles soleadas
ante el asombro de violentos hombres
que no podrían comprenderla nunca.

Aunque ellos la anhelaban
en un afán de posesión estéril,
cercana paseaba inasequible
ante el temor de todos.

Un día, cuando a sangre pelearon,
atravesó el umbral de la taberna,
y era toda la luz de la mañana.
Ellos enmudecieron. Hasta los mismos vasos
cumplían el silencio del respeto.
Iba a ofrecerse a cambio de la paz.

Comenzó a desnudarse
y un grito de miseria
abrió las puertas. Todos escaparon.

Bella, quedó desnuda.

UNA GRAN ESPERANZA INAPRESABLE

Desde la oscuridad,
con el sopor incierto del misterio
una luz se desprende.
Crujidos de maderas, pálidas vibraciones
y ruidos nos descubren
la realidad. Y crece,
asciende el pensamiento alcanzando sus límites...
— ¡Otra vez a la vida!

Las calles del pasado se abren tercas
al tembloroso instante.
Vuelven los miedos, la impotencia. El miedo...

La penumbra se llena de presagios
que habíamos borrado en nuestro sueño.
Y el día corroído
por un repudio visceral, se aferra
a desoladas sábanas.

Sabe que nada puede,
que ya le empujarán a la violencia diaria,
al abismo de un gesto inútil. Oye
el alarido que remonta lento
a través de su cuerpo y se le empoza
en los ojos. Allí palpita un mundo
que pudo convertirse en la certeza
de una gran esperanza inapresable.

ES AL DÍA A QUIEN TEMO

Yo nunca sentí el miedo de la noche
cuando en calma cruzaba avenidas inmóviles
bajo el leve chasquido de los árboles
en la inquietante y suave oscuridad.
Ni me asustaron uñas sigilosas
de la lluvia o del viento
contra las empañadas cristaleras nocturnas.
Ni me fueron hostiles
rameras, vagabundos o cálidos borrachos,
tan sólo compañeros de noches que se hundían.
Y siempre hallé mi cuarto, aguardándome,
en el final de intensas madrugadas.

Es al día a quien temo:
viscosa jungla de oficinas, máquinas,
relojes y expedientes, donde notarios híbridos
y huérfanos funcionarios, crecen, crecen,
ocultando hasta el sol del ciego día.

Hastados autobuses pasan llenos de espejos.
Los rostros de humo giran condenados
a subir y bajar calles interminables,
sórdidos ascensores, galerías, pasillos
y fábricas perdidas donde la luz no existe
y el amor nos olvida,
donde la muerte, sin habernos dado tiempo,
nos acoge con triunfo.

Es al día a quien temo.

ABANDONADO AL VIENTO

La larguísima calle de los años
te arroja a su impiedad como si fueses
una piedra descalza,
en el negro vacío innumerable.

Solitario y agónico te pierdes en las sombras.

Allí se extinguirá
tu corazón de desterrado,
donde ni la esperanza ni la terca blasfemia
encenderán aquel esplendor de la vida.

Bajo la espesa niebla de lo pétreo,
abandonado al viento y al olvido,
te formará el silencio en lo que serás siempre.

COMO SI EN UN EXTRAÑO PAÍS TE DESPERTARAS

Como si en un extraño país te despertaras,
en el que no conoces ni siquiera la luz,
las débiles presencias de la tierra y sus signos,
una señal incierta hace crecer en ti,
en vasto ramalazo, sutil desasosiego.

Es un aire anhelante que quiebra tu fluir
y rompe los cristales de tu silencio insomne.
Un escondido resto de la apagada voz,
igual que una burbuja de angustia rompedora,
se desliza en tu pecho hasta que de repente
con toda la violencia de un alevoso impacto
rompe la noche enferma. Desde aquel mar sombrío
el pecho expande su arco persiguiendo horizontes.

Con impaciencia vuela en el nuevo gemido
y los dientes se juntan y las piernas se agolpan
en actitud de espera, de prolongar su vuelo.
Irremediabilmente en las entrañas cae
y su explosión levanta los párpados cerrados
y el pecho salta y rueda astillado en jirones
entre fragmentos rotos de mástil y oleaje,
entre sogas y velas hoscamente abatidas.
Este aire perdido en noche de la niebla,
ya no quiere escuchar la invocación del náufrago.

Todo lo va envolviendo, rasgando, atenazando
en un descompasado estertor del abismo
que solitario se ahoga en la ciudad dormida.
Son los ebrios violines de Bartok y Stravinski
con sus largos aullidos negros premonitorios,
con pavorosas alas cortantes y frenéticas.

Abajo un río ciego como una oscura huida.
Fugaces luminarias de autos centellean,
atraviesan la ciénaga, y la noche se extiende
interminable como la vida de este hombre
que, inútilmente, espera que una mano invisible
de súbito le empuje y lo extinga en la nada.

LABERINTO

Las olas encendidas de las sábanas
cubren la hora cercada de la noche.
Desintegrado el mundo,
el gran tumulto del pasado va
cayendo, desbrozando
lugares imprevistos al olvido.

Como en viejas hogueras, crepitan en tus ojos
gritos inalcanzables, ecos de fuego oculto,
y una mano, la más blanca, acaricia,
te lleva por espacios clamorosos...

El viento se abre y cierra con estrépito,
recorre los espejos de las sombras.
Palabras, sensaciones, baten oscuramente
bajo sus alas torpes la ficción de un monólogo.

La espumosa humareda separa noche y día
como si el tiempo destruido
flotara entre dos luces:
¿Es distancia o presente?
¿realidad o infinito?

Y un grave sueño anuncia
entre un bosque de nubes,
la cerrada visión del laberinto.

RODEADO DE OJOS

En el temblor con que tus ojos leen
por la noche papeles que lograron
ser de existencia, brilla ciego el miedo.

Ese miedo implacable y corrosivo
que remonta las tapias y los sueños
llevando soterradas, violentas
muertes que aún parecen esperar
acechantes detrás de cada sombra.

Un aire quieto encierra las paredes
de la estancia. La aguja del reloj
golpea a los durmientes invisibles.
Tras los cristales de la niebla: bocas,
pasos de un susurrante río humano
que asciende en oleaje por los pliegues
desnudos y humeantes de las sábanas.

Es una silenciosa muchedumbre,
tensa, que juzgadora permanece
en los compactos círculos del aire.
Son ojos, miles de ojos que contemplan
la luz y podredumbre de tu vida.

Con la angustiosa lucidez de un reo,
ves que la habitación se ha reducido
a los estrictos límites de un nicho
enterrado en el tiempo. Sin la luna
cautiva ni las aguas consteladas,
sin el mar de la noche ni las voces
distantes de los árboles. Allí,
allí te quedas rodeado de ojos
que no olvidan ni pueden perdonarte.

**LOS CÍRCULOS
DEL INFIERNO**
(1973-1975)

LA INVASIÓN DE LOS ÁTOMOS

En algún sitio extraño, muy lejos de esta voz
que no es la mía, debe estar mi mente.
Esta voz que ni el viento expande,
son perdidas memorias, reunidas
en un susurro inquieto, en una frágil queja
de muchos otros hombres que ya han muerto.
Son células de vida, pensamientos difusos
por la explosión suprema de la luz.
Instante que ha vivido durante siglos,
siglos que sólo son aquel único instante.
Apenas lo podemos recordar.

Fue un clamoroso espejo,
un planeta suicida
que dentro de nosotros estallaba
y nos vertía la locura súbita
de la luz, todo el fuego del fuego,
el unánime grito del relámpago,
que en vilo levantara
el fondo abominable de la tierra.
Nos invadió la negra vibración del abismo,
la cegadora mancha de cobalto
borrando los colores, corrompiendo llanuras,
arrugando edificios como papeles sórdidos,
secando flores, nubes, cegando plumas, mares.
Con un fragor metálico arrasó cordilleras
y traspasó los poros dormidos de los niños.

Todo fue atravesado por su ojo destructor
y la vida y el mundo roídos en su esencia,
y el agua no volvió a ser el agua
ni el aire nunca más el aire.
Todo fue desprovisto del alma y del rumor.
Todo roto, perdido entre sí yerto,
parado para siempre en la instantánea
de la desolación y de la muerte.
Fue la dislocación del tiempo y del sentido,
mutación iracunda, centelleante lepra,
destrucción absoluta de la historia del hombre.

Entre las sombras somos ya ceniza,
un humo apenas que juntó el azar,
un vestigio del hombre en disgregados átomos,
algo que deslizándose se impregna
con las sustancias líquidas del lodo,
y nunca más palabra ni aviso para nadie.

HEDOR

Le despierta un hedor,
y no puede ver nada.
La sombra es inmutable,
ninguna gradación ni matiz en lo negro,
un sumidero en la hondura del ónix,
la cavidad total, el desamparo.

Empieza a tantear en la espesura interminable.
Sólo percibe el sordo chapoteo
de pasos por la ciénaga.

Como sombra letal, como un ácido lento por la piel,
la angustia.

Bocanadas distantes de viento le dan caza,
empujándole contra direcciones hostiles, arrastrándole.
A ciegas va avanzando, rasgando la negrura
con el hirviente peso tras de sí.

Tambalea en el vértigo. Su única idea huir,
evadirse de aquel ámbito ciego.

Camina cada vez más aprisa escuchando
el jadeo bramante, los anchos estertores
de millares de seres o quizá de una enorme
branquia descompasada.

Cae, tropieza, huye,
alucinadamente, hacia ninguna parte.

Aquel viento con alas de gigantesco cuervo,
le hiere desde todos los rincones
con el pavor de lo desconocido.

Sus manos chocan, se hunden en una sustancia húmeda.
Se queda inmóvil, igual que el silencio.

Su sorprendido tacto le señala
una hosca superficie.
Incapaz de avanzar, de dar siquiera un paso,
va oyendo vibraciones gélidas que le buscan.

Tembloroso levanta ahora su mano
y palpa y la desliza
sobre aquella materia
tensa, larga, retráctil.

Por su respiración
y el oscuro chasquido de las alas
sabe de la presencia de un ser de su tamaño.

Con desesperación corre quemándose
en el asco.
Y cuando llega al límite último del dolor,
a la disgregación total del miedo,
tienta sus largas piernas extenuadas.

Pero sus manos tocan dos largos filamentos,
y debajo, dos alas extendidas.

Allí estaban de nuevo
las convulsas antenas,
las alas, el viscoso pecho frío:
su diminuto cuerpo.

AQUEL FRONDOSO PESO

Escuché un balanceo de remos en mi cuerpo
como si columpiase al sol de la mañana.
Fragor de platería en los huecos del aire.
Una ráfaga cálida, un cimbrear crujiente.
No sentía mis brazos. Se habían convertido
en prolongados miembros que buscaban la luz.
El viento me agitaba, me hacía resonante
como ave temblorosa que amarrada a la tierra
ya no pudiera nunca desatarse, volar.
¿Cuál sería mi forma? A través de mi piel
una emigración sórdida, éxodo diminuto
de cortas patas leves. Era una procesión
húmeda y ondulante de agujas temblorosas
como agua derramada que humo y guijas llevase.
En otro de mis lados, un tacto repentino
de pico, garras y uñas. Sentía el viento, el sol,
el hervor invisible de la tierra creciente
y traté de librarme de aquel frondoso peso.
Mi cuerpo sonó suave con oscilante música,
con misterio y sin ira, inmóvil en la tierra,
condenado a existir, a ser parte del tiempo,
y a esperar, a esperar, el rayo, el fuego, el hacha.

AUTOFAGIA

Me desperté tendido en un recinto
recubierto de espejos luminosos.
Aquel ámbito hermético, nítido reflejaba
el lento crecimiento de mi cuello.
Y crecía y crecía distanciando
cada vez más mis ojos de mi tronco.
Ese estremecimiento de terror
se iba multiplicando por techos y paredes
y me acosaba apenas sin espacio.

Entre aquellas paredes de hielo y de mercurio
rebotaba el aullido y mi piel se estiraba
reduciendo mis brazos y mis piernas
a muñones, aletas, para ser al final
tan sólo superficie fulgente y escamosa.
Cuando mi cuerpo se onduló de súbito
como una ancha maroma, vi dos intensos ojos
cuya sed cenagosa me escrutaba
desde cualquier rincón de cada espejo,
fui escuchando el silbido de reptante rencor,
y la cabeza hispida giró sobre sí misma
y empezó a devorarme, devorándose.

UNA INMOVILIDAD INEXTINGUIBLE

Quedo atrás la arboleda susurrante,
el sueño entre la luz y entre los pájaros,
el vivo amor y la amistad frondosa.
Y pasó el áureo carro vocinglero
de la ambición y el triunfo,
la altiva fiebre de la vanidad
y la jornada inútil
en la galera gris de la rutina.
Incluso aquel inmenso afán
de armonizar la vida en la palabra
también atrás se fue quedando,
y la memoria y el deseo extinto
volvieron a sus aguas cambrianas.

La niebla fue envolviendo un tiempo sordo.

Apenas siento ahora
la débil persistencia de la luz,
y un extraño cansancio,
y un poderoso peso,
y una inmovilidad inextinguible
me dicen más que todas las palabras:
ya soy un mineral.

Y SI DIOS SE CANSARA DE NOSOTROS

Y si Dios se cansara de nosotros,
y si Dios nos odiara,
nos iría cambiando lentamente,
nos pondría una lepra de tiempo por la piel,
la sensibilidad muy enfermiza
y la sed y la angustia
del recuerdo constante;
y a nuestro lado, espejos,
muchísimos espejos
para que en luz y noche
nuestra desenfrenada pérdida reflejaran.
Sentiríamos golpes invisibles cayendo
desde dentro y también desde lo más distante.
Y nos encerrarían en hundidos recintos
y en sórdidos trabajos
que nos irían reduciendo a sombra.
Para que no pudiéramos amar
vertería en nosotros la ambición,
la envidia, la violencia, la lujuria, el odio...
Este veneno iría corrompiendo nuestra alma.
Desde ella brotarían muñones y rencor,
vicios innumerables.
Y cuando ya pidiéramos a gritos
la muerte, alentaría en los más cuidadosos
la piadosa costumbre de alargarnos
el grito hasta el terror o la locura.

Si este Dios se cansara de nosotros,
y si este Dios tan justo nos odiara,
seríamos la especie
miserable y rugosa, torpe, suicida y ciega,
degenerada y criminal, maldita,
que es la raza humana.

LA CIUDAD DE LA MUERTE

Aquí está la ciudad que no pudieron ver
nunca las pesadillas.

Dibujada en un lienzo de agua,
flotando emerge entre las brumas.

Habitáculos de lo negro, rotas
maderas golpeando con vehemencia
un muro, un mundo muerto.

Escombros, ruinas que disgrega el viento,
andrajos emergiendo en el vacío.
Sangre reseca, huellas que un día fueron vida.

Calcinadas colinas,
esqueletos de árboles podridos
con esa rigidez desesperada
de ahogadas manos bajo las grietas de los hielos.

Levanto la mirada, veo la inmensidad
y no existen estrellas ni tampoco lo azul.
Tenso el aire en espera
de ser abierto por una palabra.

Busco en vano la vida,
el resplandor del agua libre,
el aroma frondoso de los árboles,
la luz, la voz del hombre.

Pero desierto es todo.
Ya no hay salida en este laberinto.
La imagen venidera de la tierra
es el espejo de este infierno.

EN LA SALA CIRCULAR

En medio de la sala circular,
a través de la densa penumbra abarcadora,
voy viendo en la metálica pantalla,
las escenas, los hechos más dulces y terribles
que formaron mi vida. Allí aparecen
la verdad, los errores de mi camino intenso,
y también las personas que entraron en mi historia.
Son silentes testigos.
El tiempo ya no existe. Es un viento estragado.
Sé que tan sólo ellos y un puñado de imágenes
es lo que queda de mi mundo.

Quiero salir de esta mentira fija,
de esta trampa, parar las voces,
el borbotón de imágenes
por el que va gastándose mi tiempo.
Nadie, nadie me escucha. Brillos intermitentes
iluminan los concentrados rostros.
Y los identifico. Uno a uno les hablo,
les suplico un amor que nunca pude darles,
y busco en sus miradas un destello de luz.
Son estatuas borrosas
sin la parodia del más leve gesto.
Aproximo mis brazos y mis labios,
pero sus trajes, sus cabellos tenues
se deshacen en humo, en desbocadas sombras.
Voy buscando una mano, una palabra
que me enseñe la puerta de la huida.

Como el Midas del humo todo lo voy tornando
en tinieblas. No existen el mar ni las llanuras,
ni pájaros, ni risas, ni lágrimas siquiera.
Tampoco las estatuas.
Una única humareda la gigantesca sala
circular. Me disuelvo lentamente en lo anónimo.
No viviré en la muerte. Ya soy un humo negro
como la historia que se olvida, un humo
negro, como los párpados cerrados de las piedras.

EL GRAN IRIS

Un gran ojo me encierra en sus pestañas,
ciega la luz externa
y me atrae con vehemencia a su fondo solar.
Allí, en su círculo perfecto,
me rodean los animales airados de la historia:
el tiburón, con sus violentos aletazos de sombra;
el tigre, con sus ojos como disparos en camino;
como el espanto de un designio letal, la pantera;
con un sangriento alud de viento y garras, el águila;
y la serpiente, con el hielo acechante del odio...,
y detrás, la larguísima sombra de un sueño inacabable,
la oscura caterva de los depredadores:
la hiena, el buitre, las ratas, las arañas,
los chacales y el humo fulgurante
de una estepa de hormigas.
Un círculo insalvable que se estrecha y se estrecha.
Cada especie me acusa, va vertiendo la lista
de mis iniquidades: *¡Soy el hombre!*
Yo soy todos los hombres.
Soy la destrucción ciega.
La esperanza imposible.
El eterno enemigo de todo lo existente.
Oigo en toda mi sangre el rumor de aguijones,
garras, zarpas, mandíbulas,
en el iris vibrante
en el que para siempre estoy ya prisionero.

EL SUEÑO DEL REGRESO A LA INFANCIA

Y penetró en aquel agreste valle
y le alcanzó la infancia.
Allí estaba la misma luz mágica y violenta,
el esplendor de la hierba del verano,
las nítidas montañas, las indómitas aves,
la mariposa, el iris tenue de la cascada.
Esa visión tan íntima que desde que era niño
le soñó, era su mundo, su espacio inigualable.
Nunca podría hallar aquella simetría
distinta a todas porque todas son
distintas. Nunca ese aire tan igual a otros aires,
ni aquella germinante belleza derramada,
ni ese aroma tan dentro de los pliegues
de su memoria hermosa. Y aunque hubiera tardado
milenios su retorno, continuaría igual,
ni siquiera los hombres podrían destruirla.
Y vio al viento y las aves venir a saludarle,
las frondas se llenaron de temblor transparente,
las fuentes redoblaron su turbulento canto.
Por el aire surcó un aroma de tierra,
frutos, aguas y flores a su encuentro.
Ha vuelto, ha vuelto, voceaba el valle.

LA MUJER DE LA TIERRA

¿Dónde? ¿Dónde estará?

Su cuerpo era el perfume
que daba la ebriedad a la sombra y la noche.
Aquel escalofrío de agua y seda
cuyo murmullo llameaba
desde la intensidad del tacto.

Sus ojos eran luz, ternura.
La voz conmovedora
que hiende la penumbra del vacío. Respuesta
al deseo. Dos ascuas arrancadas
al mar centelleante del verano.

Con la sabiduría umbrosa de la miel
y los vinos, los labios:
exuberante pétalo. Jardín.

Su cuello era de mármol tibio y undoso fuego,
un arco en el silencio total de la belleza.

Pero lo tropical eran sus pechos.
Dos frutos que encendían la mañana
con el aroma de su pulpa abierta
desparramada al sol.

Con el clamor y el viento del laurel
la girante cintura.
Búcaro de la flor.
El descanso naranja. Mediodía.

En el vertiginoso alud de besos,
el ave de la noche,
hormiguero del éxtasis.
Ola y espuma vencedora. Cuarzo
sangriento, girasol
crepitante, relámpago indomable,
rincón donde guardar el universo.

EL SUEÑO DEL SEXO

Turbio sexo de sombra y de deseo,
tienta, busca en la mata palpitante
la puerta del abismo.
Allí se agita el corazón del ansia.
Toda la turbulencia de un oscuro esplendor
que le abraza y le acoge en lo profundo.
Percibe el estallido de las olas,
los encrespados vientos que le ululan,
la fuerza indomeñable del vacío
que le amenaza aún con arrojarlo,
despojarlo de todo, destruirlo.

Eres todo ese sexo que tienta suplicante
con la humildad de la pobreza sola.
Con la tenacidad del martillo persiste.
Obstinado y febril, hambriento y ciego,
derriba, hiende y, al final, alumbra
con su fuego el silencio. Entra y se queda
como si nunca, nunca terminase
el calor de la llama, la ebriedad de su sed.
Lo sabe: está en el centro de la vida.
Libre, dichoso, dueño de los mundos
y de la eternidad.

LOS OJOS DE LA NOCHE

Y las estrellas se desbordan,
derraman su ebria transparencia
en la gran bocanada de la noche.
Esas blancas estrellas inquietantes
donde surge el abismo de cada hombre,
vienen lentas, descienden como el rostro
de los amantes acercándose.
Con esa misma eternidad,
con esa misma brevedad y enigma,
se aproximan los ojos de la noche,
los dientes del jazmín, los peces rutilantes,
las flores de la luz...
Cómo vienen cayendo cegadoras.
Cómo su atronadora música
es la fulguración inmensa del espacio,
el viento deslumbrante que llega a mi ventana.

En esta vieja casa de cristal y madera
percibo su cimbel de sirena anhelante,
el dulcísimo canto cósmico de luz y agua,
su trepidante fuerza de exterminio.
Cercada por el abedul inmenso,
esta frágil inerme casa
sobresaltada oscila
ante aquel misterioso pecho verde.
El frondoso ramaje constelado
se acerca a la ventana
y es el vertiginoso arcaduz de la noche,

un ámbito insondable vaciándose.
Penetra la salvaje ondulación
de la lava cortando oscuridad.
Invasión de marismas,
líquenes, níveo magma submarino,
profundidad lacustre de lo táctil.
Hidras que ya rodean el lecho del durmiente.
¡Mentira de los sueños!
¡Que se vaya la noche! ¡Que se vayan las sombras
que rompen la tersura de lo inmenso!
Hosco jadeo, médula del frío,
salmodia itinerante de la muerte.

Y la casa comienza a derrumbarse,
pero con un abrazo furibundo
el árbol la levanta, y el viento estremecido
de pronto y la sorpresa
de lo innombrable, ven al abedul
alzarse de la tierra llevando en su ramaje
los sueños y la vida de los hombres,
y con su larga cabellera de astrós
el abedul remonta los aires jubilosos
como nave de fuego colmada de canciones.

EL ENEMIGO

Retumban los negros tambores.
He ordenado la ejecución.
Los centinelas, los mastines,
los verdugos, todos dispuestos
para vigilar, torturar,
envilecer, exterminar
a mi enemigo; ese enemigo
que me ha acosado tantos años.
Fue una paciencia indesmayable,
pero al fin, veré frente a frente
el rostro tenazmente odiado.

Ya se callaron los tambores.
Ahora percibo el resonar
de las botas de los guardianes
por la escalera. Deben traer
a mi enemigo. Desde lo húmedo
de la mazmorra va subiendo
una salmodia oscura, un canto
ritual de tortura y de sangre.
Contemplo voluptuosamente
cómo le llevan a la plaza,
cómo le escupen miles de ojos,
con qué angustia ante mí jadea.

El magno y gestual sacerdote
avanza y retira el espejo
en el que me miro y me acusa:
"¡Sufrirás toda la condena
que fuiste capaz de crear,
pues tú eres tu eterno enemigo!"

EL CADÁVER

En estas catacumbas del abismo
me llegan sombras frágiles del mundo.
Van por lo alto fragmentos de inalcanzables días.
Dulces voces distantes, como un sed de nubes,
me vienen de jardines y memorias,
me queman, me recuerdan la vida que encontré
y toda la que pude haber tenido.

Siento la maldición y el fuego de mi carne.
Este cuerpo que lento se devora
y se corrompe. En cada pálpito, en cada indicio,
en cada estertor vibra un grito inamovible.

Ya soy el apestado del que huyen los hombres.

Condenado y hundido entre gredas y herrumbre,
lejos de vegetales transparentes y aéreos,
del cuerpo vivo y claro como un valle celeste,
oyendo el trasminar insomne de las aguas,
el humo sofocante de minerales blandos,
goterones de angustia, lento vapor de sombras,
me quedo en la envolvente humedad y el silencio.

QUIZÁ LA CIÉGANA MISMA

Como un lamedal pútrido,
sin insectos ni gérmenes, ni huellas vegetales,
ni el sobrevuelo de aves migratorias,
ni siquiera la fuga lejana de la luz,
con la desolación de lo absoluto,
donde no existe el miedo o la nostalgia,
ni un lugar para el último abandono
porque ya ni el dolor tiene sentido.
Con una sombra que no es de noche o día,
y un silencio que ya es sopor de inexistencia,
y un vacío carente de vacío,
allí, en donde ningún cambio sucede,
en donde nada engendra
a nada, allí, en medio de la ciénaga,
sin otros fijos límites
que el de mi irreductible oscuridad,
me extendiendo en la total ausencia de la vida,
fondeado, enterrado, transformado
en la eternidad muerta.

LA LOCURA

Tanteo sombras. Humo azul de hierba antigua
me recorre las venas, estalla en pies inmóviles.
Crecen los pensamientos con residuos de sangre.
Braman sus estertores por los frágiles muros.
Tapiada está la casa a la luz y las voces.
Sórdido laberinto donde crecen papeles.
Puertas se abren y graznan pajarracos pisados.
Siguen días, minutos, sepultado silencio.
Remolinos de polvo corroyendo mi mente
destruyendo colores, humana arquitectura,
la lógica del mundo, los recuerdos del mundo.
Estructuras, ventanas, cerrado espacio sordo.

Allá lejos los coches conduciendo cadáveres.
Un mundo de cadáveres. ¿Pero dónde estarás?
Tú sí, tú ya estás muerta. Te ha olvidado la casa.
En las lámparas ciegas he ahorcado tus trajes.
Son sólo telarañas que crecen por los cuartos.
En las lámparas, lívida, muerta, giras ahorcada.
Erizado de miedo, tu cuerpo vive y muere.
Tormento de las sombras. Negro oleaje. Vómito.
Eres la corrosión de un cuadro que no existe.

¡Silencio! Tienes miedo, dicen las telarañas.
Sube el humo por ellas. Viene de los espejos.
Son las puertas ocultas de todos los enigmas.
Vuelan papeles. Surge la selva de los libros.

Una multitud ciega sufre, envejece, muere.
Gemidos en los vasos y en pintadas palomas.
Mis manos son murciélagos, me buscan con tijeras.
Fiera en cárcel mis pasos. Trepan por las paredes
las uñas, van subiendo, crujen dientes de vértigo.
Arranco las baldosas. Espesa sangre. Nadie.
Solo conmigo. Allí ceguera bajo tierra.
Allí bajo la tierra solo conmigo. Nadie.

OFICIO DE VENGANZA

Una extraña costumbre más fuerte que la vida
la retiene a mi lado. A veces por la noche,
en la niebla del sueño la presiento acechante
con esa obstinación secreta de asesino.
Su oído espera el ritmo de mi calma.
Una hora, un mes, un día, no le importan.
Ella sabrá encontrar el instante adecuado,
en el que me halle inerme de toda luz y fuerza,
para verter el ácido o el hacha furibunda.

Con su fidelidad oscura y muda,
siempre me aguarda. Espera mi llegada
para empezar un rito cruel y diario
cuya existencia tiene un solo fin:
ejecutar en mí su oficio de venganza.

ENTRE NOSOTROS CRECEN

Entre nosotros crecen mares de vidrios negros,
abismos de cal viva, tifón de helada arena,
incandescentes muros, espesura selvática.

Hendieron con un hacha los ojos de ternura.
Pasaron trenes de odio y rencores sobre ellos,
las agujas más finas en todas las sorpresas,
indiferencia insomne,
lluvia de sombra y muerte.
Solos al final, ciegos y rígidos de niebla,
petrificados de vacío,
quedaron en el centro de lo inánime.

EL CANSANCIO

Cansado, muy cansado.
Cansado de morir en cada día.
Cansado de sentirme desterrado,
dominado, vencido, saqueado,
desoído, olvidado, traicionado.

Cansado, muy cansado
de ser la marioneta de los vientos
y de ese extraño gnomo omnipotente
que debe desde arriba
reír, tirar los hilos,
y yo muevo este pie
o caigo de esta mano,
y lloro, río o muerdo,
amo, engaño y olvido.

Cansado, muy cansado
de pasar por los seres que más quiero
irremediablemente,
como un río de azogue
continuo y doloroso
en busca de mi cauce.

Cansado, muy cansado
de ir envejeciendo,
de ser sólo yo mismo,
de ocultar los instantes más amargos,
de vivir en la espalda de los sueños,
de ver cómo se mueren
la vida y el amor.

Cansado, muy cansado
de sentir por las calles
la mentira y el odio,
de remendar sin fuerza la paciencia,
de llevar este abdomen,
de ponerme corbata
y estos ojos tan tristes.

Cansado, sí, cansado, muy cansado
de ir cayendo y cayendo,
de ser un hosco lastre,
de no ser útil para nada,
de practicar un solo vicio,
y de llorar.

COMO ESE PÁLIDO PAPEL MOJADO

Como ese pálido papel mojado
que minuciosamente limpiase suelos, tinas,
puliese los metales, despertara las sombras
de los espejos muertos de una casa olvidada,
mordida por la lluvia y el más zafio abandono.

Como ese pálido papel mojado
que fuese taponando desagües y hemorragias,
rasgado por la herrumbre y las costras y el frío,
desgastando su esencia en cada tiento,
perdiendo su tamaño, convirtiéndose
en masa informe, maloliente, negra.

Como ese pálido papel mojado,
ya hediondo, roto, infame,
que las manos de nadie osan tocar,
que los ojos de nadie quieren ver,
así es la dignidad que me han dejado.

EN LA CASA VACÍA

El gran cañón del río
con un rugido pétreo
retumba en lo cercano de la noche.
En el cristal chirrían
las raíces frenéticas del viento.
Profundos golpes de árboles
como aldabas remontan la escalera.
Sombras intermitentes atraviesan el aire
de la cama en penumbra. Sólo el miedo
y el dolor me acompañan en la casa vacía.
Chilla perdido un pájaro como un niño perdido;
y el viento, el río y la insondable noche
sin tregua van, mientras mi nombre gritan:
desamparado, ven, desamparado.

SÓLO LA DUDA

Solamente la duda de intuir
que pueda continuar en otra vida
evita que deshaga
esta neblina fosca
que me separa de la muerte.
Oh frenética duda,
conviértete en certeza,
líbrame de la peor iniquidad:
seguir siendo yo mismo.

LA SOLEDAD

Se ha quedado ya solo
en el hondón del callejón del tiempo,
en ese largo corredor
de paredes angostas, inciertas y huidizas,
que son manos gigantes de humo y lepra.
Allí, sentado al fondo
como la sombra de una sombra inerte
—el último naufragio de lo humano—
contempla sin mirar el mundo derruise.
Entre la más salvaje turbulencia
ulula un viento subterráneo
que todo lo socava,
y el corredor igual que la sentina rota
de un buque a la deriva,
es golpeado por la noche inmensa
de los tiempos. Emergen del abismo
espesas bocanadas de negrura,
y desde el suelo crece
el ajedrez irregular del miedo.
Pero solo y oscuro,
con los ojos inmóviles,
secos, desmesurados,
escuchar el estertor irremediable.

EL INSOMNE

Cuenta los rostros verdes
que la humedad dibuja en estos muros,
las migajas de pan que con blancura
siembran de islas el mar gris de la mesa,
la ventaja metálica y estable
del latir del reloj
sobre los goterones de su cuarto,
los espasmos fulgentes del anuncio,
los sigilosos coches sobre la nieve sucia,
alguna voz distante,
borbotones de ocultas cañerías
cual sorprendidos mudos,
las letras rojas, negras,
fijadas en los lomos de los libros,
las ráfagas del viento, la cellisca,
cuenta los calcetines por el suelo
—dormidas ratas—,
las vacías botellas
como premonitorios alfiles de la muerte,
las pálidas pastillas
igual que un pelotón alineadas
contra la noche inacabable.

EL SUICIDA

La inyección de la muerte se disuelve
con la última esperanza.
Regresan de lo lejos las aves y los álamos.
Entran todos los rostros, la dulce geografía.
Se estremecen los ríos oscuros de su cuerpo,
oye un imperceptible lento viaje de agujas,
una burbuja helada, un espejo y su sombra.
Avanzan y no puede detener
la fiebre de sus pasos, su germinar creciente,
ni adormecer las llagas que dejan tras de sí.
Y siente cómo surge el incendio en su bosque,
cómo remonta ese humo por los ojos,
con qué clamor revienta venas, sangre,
cómo un viento dormido extraño se despierta
y una cabeza enorme abriéndose en su pecho.
Sus dientes son algentes torbellinos,
son borrascas de piedras verticales
que ya están apuntando al corazón.

AVISO AL CAMINANTE

Aunque ya no soportes la soledad que gritas
ni aguantas el vacío de tus horas,
aunque te falte el ojo izquierdo
y la mano derecha,
y no sepas con qué pierna caminas,
aunque sin esperanzas y sin fuerzas te encuentres
y veas que la luz perdió el color,
aunque ya no te importe el tacto de las flores,
ni la risa del agua,
ni el deslumbrante vuelo de los pájaros,
aunque los niños sean para ti
muñones de las sombras
y un oscuro oleaje
todo el murmullo de la humanidad,
aunque la historia de los hombres cruja
y se rompa en tu frío corazón
como pellejo de inmundicia y sangre,
recuerda que aunque sea
con el ojo derecho o con la mano izquierda
o con lo que te quede de tus miembros,
seguirás adelante
y lucharás con toda tu ceguera
aunque nada más sea para sobrevivir
porque eres sólo un hombre.

HIELO Y ABISMO TIENEN LOS ESPEJOS

Hielo y abismo tienen los espejos,
ventanas del insomnio y de la búsqueda,
su vértigo acerado nos penetra,
en otra realidad nos abandona.
El sueño de sus aguas, de su fiebre
de azogue, surge, viene en lo lejano
en un silente grito entre tinieblas
que el dolor cierra y borra inexorable.
Es frío de la vida el del espejo,
puerta sorda, nariz de piedra, golpe.
En ti, dentro de ti se ahogó mi vida.
Aquella fiel mirada de infinito
que a veces me enseñabas fugazmente,
aquel viento de júbilo y locura,
de deseo frenético y de amor.
¿Dónde fue su ansia? ¿Dónde los instantes,
la risa, las pequeñas sensaciones,
el ancho torbellino de los cuerpos
con su mar y su aliento desplegado?
Ahora es la confusión, porque contemplo
lo andado con los ojos del olvido.
Ojos que enferman, que trepanan, ciegan
cuanto ven. Ojos rechinantes. Ojos
con expresión de ahorcado, con delirio
orgiástico y con ira inacabable.

Ojos que ignoran lo que observan, ojos
también con la pureza de lo intacto
que ni siquiera saben por qué lloran.
El mundo es el terror, es ya lo incierto
sin que nada ni nadie lo destruya
ni puedan remontar su orden atávico.
Pero no puedo huir, aquí me quedo
atado a los espejos sofocantes,
hundido en su incoloro cristal de humo,
en su yermo de sombra y cavidades,
tan cerca de mí mismo y tan perdido,
pues no ignoro que el miedo es mi prisión
y el espejo el abismo de mi infierno.

LA SOMBRA

Es una sombra que de pronto copia
tus movimientos y que no es la tuya,
y a veces se detiene cuando corres,
y tú mismo te sientes invocado
por su poder extraño, y en tu inmovilidad
te rodea aferrándote a su círculo gélido.
Es de súbito un bosque, una gran mancha,
succión de tremedal,
frío de filamentos de seres mutados,
de suelo que se rompe y se sumerge
en un fondo innombrable,
donde estalla la sed negra devoradora.
Esa sombra con ruido de insectos y planetas
se delata por pasos que te siguen y crecen
con ese retumbar pavoroso de botas en iglesias,
con ese martilleo convulsivo y febril
que todo lo va hundiendo y degradando.
En esa calidad frenética del vicio
va hurgando, destapando, de par en par abriendo
el trepanante frío de fría oscuridad,
que ya te está llevando,
que te está disolviendo vivo en esa locura
de la que no se vuelve.

EL LLANTO

Porque no hay nada más que llanto,
sólo llanto en el mundo,
vértigo de dolor, pérdida, decadencia,
y llanto, muchedumbres condenadas,
vacío y llanto, rostros de impávida amargura,
desolados, perdidos sin saber,
y el estremecimiento que crece como un fondo del abismo,
llanto, llanto llenando el mundo, trenes,
bodegas, llanto, cárceles,
cementerios y llanto, ruinas, llanto,
igual que una invasión constante y ciega,
como una plaga incontenible el llanto,
siempre el llanto, en la playa solitaria,
en el silencio turbio de la tarde,
tras cristales mojados, desconchadas paredes,
en coches negros, siempre el llanto, el llanto,
monótono, terrible, inconsolable, hermético,
el llanto, letanías, hospitales,
órdenes, llanto, botas y fusiles,
llanto, miseria, llanto,
llanto por las aceras,
en las casas cerradas
llanto, entre uñas y dedos y cabellos,
mojando el pecho, trasminando el mundo,
ahogando al hombre, sólo el llanto, el llanto.

EL TÚNEL

Despacio se arrastraba por el angosto túnel.
Con uñas, bilis, sangre, se adherían sus manos
a carcomidas piedras de siglos y humedad.
No recordaba cómo había entrado,
quién lo trajo, por qué causa o castigo.
Perdidamente solo en el tiempo, en el eco
oscuro resbalaba como un légamo extraño
que escupiesen las sombras.
Descendía hacia un fondo inexorable,
hacia el limo humeante de lo oculto.

Comenzó a avizorar un soplo imperceptible,
un espesor fosfórico
que desde lo lejano remontaba.
En el nuevo relincho de la niebla
se conmovió su instinto por encontrar señales
de vida, un signo, un palpito consciente
que pudiese romper aquel silencio,
aquella soledad incomparable.

Impaciente seguía con la febrilidad
de encontrar una mínima vida que sus sentidos
pudieran asumir y acompañar.
Y lleno de fe y júbilo, con animal ardor,
con jirones de sangre en la mirada,
tropezando, buscando con instinto y olfato,

fue cayendo en lo negro. Su oído comenzó
a conocer un magma de ojos diminutos
que fulguraban crepitantes de ira.
Como una llamarada precisa le alcanzaba
la profunda y viscosa pestilencia.

Eran mares de arañas hambrientas y quemantes
que no podían aguardar su encuentro.
Se devoraban con fragor de hoguera,
con un bullir rugiente de hojarasca
y el odio del abismo.

Era la profanante lujuria corrosiva.
Creciente le esperaba un oscuro clamor.
Una ola lentísima de rejos fúlgidos,
de antenas y aguijones, le alcanzaba:
su cuerpo quedó inmóvil.

Y miraba subir aquel hielo candente,
negra lava de garras, bocas, ojos.
Sintió el aplastamiento,
y como una explosión de luz y venas,
el ciego llanto de su sangre herida.

Su cuerpo es cuarteado
por el continuo espasmo del dolor.
Y aquel fondo de túnel cede y se precipita
y un vendaval de arañas va cayendo
y cayendo, agobiante y sucesivo
por aquel corredor cubierto de arañas
que le acompañarán, que le acompañan siempre
y que ya son sus ojos, su estómago, su voz.

NINGÚN RUIDO, NINGÚN SILENCIO

Y de pronto cortando vertiginoso el aire,
oscuro frío en mi cerrado cuerpo.
Un golpe atroz estalla. Con cortantes añicos
me violenta la espuma, mi mudo cuerpo insomne
sumergiéndose insomne, sumergiéndose
como un tren sin rieles y sin faros,
reducido a burbujas en el mar de los hielos.
Ya soy este espesor que nunca se ha de abrir,
hundiéndome en lo negro inextinguible,
hundiéndome y hundiéndome.
Como la lluvia o los torrentes caen,
van cayendo los muertos desde ríos y tumbas,
desde noches y crímenes y siglos olvidados,
girantes torres de ojos, rostros rígidos
como columnas, gélido museo
de gestos, vaho turbio entre venas de piedra,
toda la eternidad encerrada en el agua,
pálidas ondas casi vidrio,
oscilante torpeza de inertes manos,
bocas abiertas, máscaras que fueron
de vejez y dolor y este humo inmóvil
que ya todo lo ocupa.
Huecos y sombras que laceran
desaparecen en lo oscuro, sueños
entrevistos y fríos remolinos
de un círculo de olvido y desamparo,

apariciones, súbito centellear de huesos
en lomos de corceles invisibles,
rompiéndose entre sí, disgregándose, sordas
explosiones, naufragios y cráneos que descienden
y maromas sonámbulas y pelos
extensos cortando témpanos, ocultando
inmensos bosques, fósiles, espejos de lo exangüe,
larguísimo descenso de la muerte,
atravesando corredores, angostas galerías,
sumideros, sentinas, cavernas, desplomándose
a los abismos, órbitas y racimos de manos,
cadenas macilentas de las que emergen dedos
que los relámpagos encienden,
mas ningún ruido, ningún signo,
ninguna voz, ningún silencio.
Busco el grito en mi corazón,
lo estoy buscando en vano.

EL ABEDUL EN LLAMAS
(1974-1978)

MADRE TIERRA

En medio de un torrente
de oscuridad y tiempo,
en un aire absoluto
de silencio y olvido,
giras entre los astros
como el solo jardín
de un perdido universo.
En ti la luz y el agua,
los fuegos, el verdor
y la tierra de aromas
son el cuerpo sagrado
de tu inicial belleza.

Nos otorgas la vida
dándote y transformándonos
con el amor tenaz
de un olvido continuo.
Así, perennemente
nos llamas, nos engendras
del polvo y de las aguas,
como si sólo fuéramos
esta audaz armonía
que sueña en el paisaje
y no la oscura fuerza
de un odio destructor.

Pequeña estrella azul,
polen de mar y bosques
de un intuitivo cosmos,
madre de mi universo,
desde un claro rincón
de tu cuerpo terrestre,
como un testigo más
de la fugaz estancia,
escribes mi poema.

QUIERO ESTA LUZ

Basta ya, luz de llanto y de penumbra,
luz sin luz, encallada, absorta y ciega.

Quiero la luz hermosa, la luz limpia
como una ola rebelde que desnude
mi existencia y mi fe en lo más sencillo.

Esta luz primitiva que me torne
lo elemental, lo puro, la inocencia
de volver a sentir y contemplar

el alfabeto claro de los pájaros,
la sonrisa menuda de la hierba,
el cuarzo del invierno convirtiéndose
en radiantes albatros de agua y sol;

tantos majestuosos y desnudos
crepúsculos, navíos incendiados
que llegan a mis oídos como ángeles
con un mensaje de mortal belleza.

Quiero esta luz tatuada de ternura
para que me acompañe y me redima
y me ciña en sus brazos de frescor
hasta que en su verdad vuelva al origen.

EL AGUA

Es que la oigo crecer en surtidores.
Es una prisa blanca de frescor
llenando el aire de hermosura.
Sus alas transparentes
descienden por el mundo y al abrirse
son los ojos del mundo,
el alegre sonar de lo inmutable.
La inunda el sol de lánguidos fulgores.
Para aprender su enigma
los pájaros se acercan silenciosos,
y la contempla el hombre
queriendo sentir toda su inocencia.
Irrumpe en su quietud.
Entra en ella y se mira,
y la abraza, la bebe
y ya vive la paz
de su calmada sed.
De su cuerpo de espuma
a plena luz emerge.
Surge limpio de nuevo,
niño feliz y rey de lo creado.

GOLONDRINA DEL ALBA

Y de pronto surgió la golondrina.

Como un acorde largo de violín
traspasó el aire puro, entredormido,
de la mañana. Y hubo casi un temblor de ondas,
como si aquel volar imprevisible
hiciera de oro y agua y melodía
la escalinata de lo azul.

Desde su estela tenue una fragancia
parecía llegar pausadamente
hasta la mansedumbre de la tierra.
Se estremeció un silencio vulnerado.
Aquel súbito soplo de plumas y alegría
había despertado una vez más al sol.

AMANECER

La luz en lo alto llueve
desde su blanca copa.

Ternura, alba ternura
está llenando el mundo.

Oleaje radiante
alzado por la brisa.

Matinal nacimiento
del color en lo azul.

Como entre un espejismo
el aire se ilumina.

Zafiro. Perspectiva
perfecta de lo puro

en el aura del sol.
Sueño. Obsesión desnuda.

Verdad de una leyenda
del futuro en un mundo

de pródigas imágenes
donde todo es la luz.

EL NIÑO Y LA PIEDRA

En el centro del día
un niño mira el sol que irradia de las nubes.

Con una piedra blanca apunta
hacia la crestería de las olas
y sonríe a la luz que le acaricia.

Lanza su piedra dura contra el mar del verano
y de sus manos surge
como una ráfaga, el mediodía.

Con su lengua de sal brinca la piedra
sobre la espuma abriendo claridades.

Tuerce su lento vuelo la gaviota.
Agota el horizonte la sirena de un barco.

Luego ve ahogarse el ascua de la piedra,
desvanecerse el ave en la azul lejanía
y el barco hacerse un punto y desaparecer.

Pronto conocerá la mínima distancia
que existe entre la dicha y la tristeza.

JUNIO

Te amo contra la noche y el silencio
en el Junio solar de este día perenne.
Por los ojos te brota toda la luz azul
recogida en tu cuerpo pleno de fuego y nieve.
Frescor acariciante que envuelves en tus labios
y hace de tus palabras un soñar de arboledas.
Me traes la alegría desbordante,
la entera juventud.
Igual que ella eres clara, de tan bella infinita.
Ni la mirada ni la sed te abarcan.
¿Qué haría yo sin tu vivaz presencia?
¿En qué desesperados laberintos
te buscaría siempre
y me iría buscando junto a ti?
Contigo apareció el hermoso verano,
el cielo como un río en movimiento
deslizando tu nombre en sus blancos velámenes.
El verdor se vistió de llama y de presagios
y el aire fue temblor
de abiertas mariposas y de músicas.
Contigo sé que vino el ardiente topacio
del más feliz verano de la Tierra.

EL MAR

Verde cuerpo magnético de oscuridad y abismo,
con los altos caballos de la espuma
lanza su poderío de acosante misterio
por la noche y los días de la Tierra.
A veces duerme y se remansa en playas
como si recobrase en su abandono
un viejo sueño de algas y corales,
cielos de ebrias estrellas y remotas historias
de navíos y mitos hundidos en su fondo.
Salvajemente nuestro oído alcanza
con un fragor que ya no olvidaremos.
Acaso un dios o un monstruo que despierta.
No se detiene nunca porque su alma
es la inquietud sin fin y el movimiento.
Y bulle y brama y brilla para siempre
en la ardiente hermosura indestructible.

EL AIRE ENSIMISMADO DEL ESTÍO

Con sus frágiles llamas
las mariposas colman
el aire ensimismado del estío.

La alta luz reverbera en la copa de plata
del ciprés, y sonámbulas abejas
zumban junto a los tenues heliotropos.

Libélulas de sol
danzan en el ocaso el adiós a la tarde.

Mi vida es aún joven como la del verano
y no quiere pensar que el tibio y frágil musgo
que hoy me acoge será diente del frío.

VERDAD DE LA BELLEZA

En la gran soledad, al pie de la colina,
buscaba la frescura umbrosa de los árboles.
La claridad doliente cuarteaba la piel
de aquel país indómito y austero
en el que más sintiera el habla de la sangre.
De pronto no vi el sol, dos negrísimas alas
de fuego lo ocultaban. El silencio cernía
su majestad, y allá en lo alto, un águila
de sol miraba el mundo. Todo permaneció
expectante: la tierra ocre, los olivares,
el inmenso torrente azul del cielo,
los risueños arbustos, el hosco matorral,
las rocas y sus ojos de diamante;
y aquel sol ya era el águila y su plumaje luz.
El tiempo se detuvo.
¿Cuánto duró la imagen? Nunca podré saberlo.
Y, sin embargo, aquel recuerdo ha sido
para siempre, verdad de la belleza.

EL ABEDUL

Tallo de luz en fuga
entre una lenta red con mariposas.
Eres el soplo verde que hiere al sol.

Como el humo cansado
te posas en lo azul,
con la siesta del agua
fulgurando en tus hojas.

En la espiral alada de tu cuerpo
el viento te recorre y se extasía,
tiembla en tu transparencia
y te eleva encendido hasta mi sueño.

EN UN DÍA SAGRADO DEL VERANO

El ánade silvestre
despliega su presencia de colores
y se desliza en la verdad solemne
del lago. Abren las aguas sus anillos
azules y rodean
la alegría del ave con un son
casi inaudible, como si temieran
sobresaltarle entre su terso pliegue.
El ánade recoge el iris del ocaso,
atiende sólo a su nadar altivo.
Lejos de la mirada de aquel hombre,
no puede imaginarse que es también
una insignificante referencia de luz
en un día sagrado del verano.

EN LA DICHA

Cerca de la frontera del otoño
el calor del verano
aún renuncia a partir.

Tendido entre la hierba,
veo cómo se adentran
por umbrosos ramajes
las estrellas de sol.

Rasguean las cigarras
la canción del estío.

Con sus verdes velámenes
oscilan los abetos
al compás de la brisa
como un navío anclado en la llanura.

En el centeno el viento
pinta caballos de oro
en un mar destellante y amarillo.

Tiembla la hierba, el sol,
los ramajes de sombra,
la brisa, el campo entero;

y en la espesura ardiente de la tarde,
del fuego a la alegría,
se unen, crecen, ascienden nuestros cuerpos.

EL VIENTO DEL OTOÑO

El viento del otoño
se agita de improviso en el poniente.
Tenso se yergue el bosque ante su aullido.
Formas de vidrio y cúpulas de fuego
centellean inermes
como si fueran góticas iglesias
cruzadas por caballos desbocados.
Se esconden los insectos en las sombras.
Cualquier vuelo interrumpe su alborozo.
Todos aguardan que la prisa airada
muera en la lejanía
para que la quietud renazca y cante.

OTRA ARDIENTE DISTANCIA

Alzar una hoja en blanco para ver el poema,
como si la mirada penetrase
otra ardiente distancia en la que fuera escrito
por mano de un azar que me antecede.
Cruzar por la espesura de la vista
con sutil y esforzada claridad.
Y así, con una calma de fuego contenido,
para guardarlo en su verdad futura,
comienzo a rescatar las líneas misteriosas
de aquella otra presencia que se evade
en la luz cegadora de su origen.

SÓLO UNA GOTA DE ROCÍO

Cae una gota de rocío
sobre el rumor de un pétalo.
Por un instante queda suspendida
de un filo de agua y luz.
Salta al vacío y es un planeta incendiado
en el ardor del nácar y el zafiro.
Lumbre recién nacida que resbala
por la lengua indolente de la flor,
como la bella y turbadora imagen
de nuestra estrella azul dentro del universo.

SUEÑO DEL ASOMBRO

¿Cómo podría ser
la claridad despierta en la mirada
de un niño? ¿Cómo haber nacido
después de que el dolor se marchara del mundo
y no quedase el frío ni su sombra,
ni el poema tuviera que romperse
a mitad de su luz para llorar?

Tan sólo bastaría el pie descalzo
de la viva ternura
pasando en el silencio.
Despedir al otoño
en los vientos reunidos de la tarde
y cruzar el invierno con los ojos cerrados
de esperanza y asombro,
de la mano de alguna jubilosa muchacha
que asista con su amor a mi camino.

Haber llegado a tiempo para todos,
luna nueva en la altura de la llama,
con la palabra necesaria y cierta,
y convertirme en una historia amiga
perdiéndose en los sueños
como la transparencia de las rosas.

NIÑO ABSORTO EN INVIERNO

Los árboles abisman
el jade de la nieve.

Van girando en la luz
delgadas brasas de hielo
tatuadas por la red
de oscilantes ramajes.

Musical platería de los vientos.

Fascinante quietud
entrevista o soñada.

Y los dedos de un niño
detrás de los cristales,
dibujan en un vaho demorado
el vertical aliento del verdor,
troncos de mazapán y de silencio.

Alma absorta que fuera en los ponientes
de inolvidables días de soledad e infancia.

FRÍO DEL NORTE

Bajo una tenaz bóveda de nieve
el largo invierno oscuro no se acaba.
Cóncava negra de silencio y tedio,
parques desnudos, blancas estatuas, soledad.
Las hojas del otoño cegadas por la bruma.
Sus rojizos semblantes
caen moribundos en la tierra fría,
como si sólo fueran
mariposas metálicas
roídas por el agua y la intemperie.
Este frío del Norte llega con su sonrisa
de hipocresía oculta. Pausado, imperceptible,
y con una sutil dictadura de tiempo,
hierro y oscuridad. Pero ya lo conozco.
Durante siete inexpugnables meses
con pasión nos odiamos en esta ciudad muerta.

EXTRANJERO

Algún ruido distante
como limosna llega a mis oídos.
¿Tres de la madrugada
o es la tarde en declive la que gime
negrura? Este silencio...
Sólo silencio y nieve.
Cruje el tiempo en los muebles de la casa
y una neblina seca se detiene en los ojos.
Desde el final, desde el comienzo,
pasan los días y mi vida entera
en este invierno hostil, inexplicable.
Un día volveré,
definitivamente.
Volveré al Sur, al Sur,
a los radiantes mitos de la infancia.
Volveré a ser un dios iluminado por el mar
y por la sombra azul de la arboleda.
Y reiré en las canciones del aire perfumado,
atropelladamente, entre vino y guitarras,
con viejos compañeros,
viviendo entre mi gente,
sintiendo a borbotones
el fragor y la dicha de la sangre,
como si nunca más pudiera ser
un solitario y triste y perdido extranjero.

GRAN CANARIA

Allí estás esperándome en el Sur
como un duro topacio labrado por el sol.
En el frío noruego percibo tu mirada
de palmera perenne y el centelleo de oro
de tus playas. Altura en vuelo, luz, pirámide
de lava y de cristal que del Atlántico
te yergues como vida hacia el amor.
Tu primavera blanca de almendros y nostalgia
atraviesa esta bruma que me cerca
y entonces llegas, fervorosamente,
con tu brisa volcánica y salobre,
con todos tus paisajes y tu música,
y así, isla y pasión de mi camino errante,
me consuelas, me guardas del dolor y el olvido.

EN LA ANTIGUA CASONA

A Rosario Quevedo Ramírez in memoriam

Como una estatua que se olvida
entre los muebles y el silencio
de la antigua casona,
transcurrían sus últimos instantes
en un viejo sillón.
Las piernas le colgaban
como impasibles náufragos
en la estancia desierta.
En un tímido vuelo su mano recordaba
las ciegas ilusiones,
el clamor apagado de una lenta existencia.
Sus ojos de aire se extraviaban
en la vida distante.
De tan débil su voz apenas la seguía.
Se creía un estorbo,
no aquel hermoso vínculo que nos hacía hermanos.
Las escasas visitas eran islas de luz.
Desempolvaba entonces
las mejores memorias,
su alegre y tierna gracia,
tratando en vano de alejar la prisa
cuando en perdidas ocasiones íbamos,
para matar el tiempo, a visitarla.

ARTUR LUNDKVIST

Homenaje al poeta en su LXX aniversario

Como un roble encendido o un sueño de volcán,
surge desde la herida del planeta
en un vuelco de luz, esperma y bronce.
Sólo le ata la vida pues nació para arder.
Es de pasión y de aire. Una verdad en lucha.
Arraigado a la tierra, tenazmente soñándola,
penetra sus raíces en el canto,
solidarios nos vuelve y nos fustiga.
De agua rota sus ojos, su sed es la del viento.
Pide a la libertad su altura permanente.
Crece como la hierba defendiendo llanuras,
grabando en la ceguera del silencio
la advertencia de muerte ante el futuro.
Bosques en movimiento son sus libros,
aromas de culturas olvidadas,
ternura de los ríos sobre flores humildes,
la irrenunciable música de su amor a la Tierra.
Allá sigue en el Norte su emoción de caminos
en el año setenta de su vida de fuego.

EL POETA

Saberse trasterrado
sin pensar el motivo,
lejos del juego inútil
de fama y jerarquías.
Sintiendo que a ninguno
quita o estorba el aire,
estar solo, aplicado
al diáfano oficio
de un arte minucioso,
con la mansa paciencia
de empezar cada día
trenzando las palabras
en columnas de luz.
Acordar el pasado
y el dudoso futuro
con la imagen o el sueño
que tuvimos entonces,
amando los vocablos,
percibiendo en sus signos
nuestra voz más profunda,
y aceptar la elección
de este adverso destino:
el fracaso y la llama.

EL DOMADOR

Homenaje a Octavio Paz

El domador se situó en el centro,
en mitad del silencio y de la gente,
ante el abismo de la vida
y el juicio de los hombres.
Venía desde el sol y traía un espejo
de transparencias libres
y una secreta herencia de inteligencia y luz.
Su semblante tatuado de grave intensidad
proyectaba los ojos altivos de una estirpe
severa, abandonada,
a la que quizá él mejor que nadie
da lucidez y fuerza, emoción y camino.
Muchos, más numerosos cada día,
llegan de latitudes y razas diferentes
con el solo propósito de aprender su rigor.

De pronto el domador enseña aves violentas
que abren un claro vértigo escondido
y de sus manos surgen fieras con movimientos lentos
que estallan en la mente un fulgor de hermosura.
Mariposas de sol suaves como sonrisas
o peces que penetran con un puñal de espanto.
Extraños animales que cruzan del misterio
al silencio y descubren su sangre prisionera.
Y aquellos otros que provocan sueños
y visiones que pocos pudieron entrever.

Todos los animales del lenguaje
luciendo su esplendor,
haciéndose horizonte, llama, vuelo, existencia,
desatada belleza y poderío
ante la azul mirada de su dueño.

RAQUEL

En el silencio puro de la estancia
permanecemos solos.
Desde tus pocos meses,
me miras ignorando, casi alegre,
con claros ojos fijos,
como si aún tuvieras el secreto
de un lugar más allá de los espacios.
A mis dedos se aferran
tus manos diminutas
como dos alas de frescor y luz.
En tu semblante irradiaba
la inocencia primera que debió
tener la vida de los hombres
cuando sólo existía la confianza,
una ternura ciega y el amor era entero.
Mas no puedes hablarme.
Sólo escucho tu voz
persiguiendo palabras,
tintineante suena
por las blancas paredes.
Estás aquí conmigo y enlazas en tus ojos
la bondad de lo puro y lo pequeño.
En este instante ríes, me acompañas,
y en tu fragilidad me siento protegido
y no escucho la calle,
ni el inquietante día que comienza.

MUJERES NÓRDICAS

Cuerpos de diosas, cuerpos densos de oro,
cuerpos donde se incendia el nácar y la luz,
con destellos de cisne y luna y mar en calma.
Cuerpos en los que se alza la juventud del cielo,
la altivez de la nieve cegadora.
Cuerpos de ardido mármol,
de indeleble frescor, resplandecientes
como ramajes de agua y sol de arena.
Cuerpos con un aliento cristalino,
transparencia de frondas,
pasando por mis noches, deslumbrando mis días.

Cuerpos duros de nórdicas mujeres
que conocí en lugares que me dieron
el esplendor del bosque,
las olas del centeno, aulas, trenes,
basaltos de neblina y cavidades,
o en las tardes desnudas del verano
bajo la clara umbría del serbal.
Cuerpos de la tersura nacidos de la brisa,
con la dicha veloz de cascadas y ríos
cruzando por mi piel, amando en mi memoria.

AURORA BOREAL EN ISLANDIA

Me acerqué a la terraza después del fuerte amor
y contemplé de nuevo la habitación a oscuras.
El cuerpo luminoso de Sigrun
sobre vencidas sábanas
y su indolente y roja cabellera
resbalando dormida hacia la alfombra.
Aspiré en la rotunda madrugada
aquel dulce cansancio que me reconciliaba con la vida.
El aliento dejaba rostros fugaces de humo
y un viento enloquecido los penetraba deshaciéndolos.

Con un fondo de hielos y volcanes
guardaba Reykjavik la inquietud de su otoño.
Era ya la frontera de la noche o la mañana.
Aquella oscuridad neblinosa
tuvo un temblor, un brusco sobresalto,
no el viento que arreciaba, ni el duro helado mar,
fue el nacimiento de otra luz.
Una luz que empezó a brotar de sí misma

Inmensas franjas blancas emergían de un delta
prodigioso, solemne.
Su anchura recorrió el firmamento.
Aluviones de bríos luminosos
invadían las ramas de los aires.

Colores fulminantes atándome a su vértigo.
Silenciosos clamores de alba verde.
Se abrían los azules y amarillos
llenos de plenitud, crecía un fulvia de oro,
el violeta imposible, el naranja feliz,
ocres de fuego y ámbar, veloces, legendarios,
y el celeste y el níveo y el de luz con más luz.

De pronto el colorido inabarcable
pareció detener su cósmica alegría,
el frío lo tornó inmóvil, lo apresó
en su invisible cárcel y cuerpo dio a su luz.
Intensos ojos de hielo nacieron en las brumas,
pentagramas, velámenes, bahderas,
ascuas y flores de la luz cerrada
navegando en la altura,
encendiendo las bóvedas sin fin.

Han pasado los años tan veloces y lentos.
Quizá la mayor parte de lo que ya he vivido
sólo sea experiencia repetida
perdiéndose en mi ser y su memoria;
y, sin embargo, nunca he olvidado
la dormida sonrisa de Sigrun despertándose
ante la Aurora Boreal de Islandia.

BASTARÍA UN SENCILLO ASENTIMIENTO

Bastaría un sencillo asentimiento,
una última obsesión, un solo impulso
para que el mundo entero se extinguiese.
Jornadas y estaciones, demoradas imágenes
de mi paso en la Tierra de pronto morirían:
La intensa primavera y su violín de fuego,
las fuentes del verdor, las praderas, las frondas,
las lentas explosiones viajeras de las nubes,
flores como disparos
en el cuerpo verdoso de la selva,
el altivo leopardo con lilas en sus fauces,
los pájaros ardientes con trinos de cristal,
la mariposa azul
igual que un pensamiento de ternura,
frutos enamorados del verano
desbordando sus dones de aromas y colores,
el mar tempestuoso, el lago humilde,
caballos al galope contra el sol,
los oros humeantes del otoño
y su brisa de música y nostalgia,
el diálogo sutil de los amigos
en torno a las fogatas del invierno,
los libros: fiel memoria del mundo y de los hombres,
y tú, rosa carnal,
astro del día, compañera,
mi mujer entre todas las ausencias,

sueño y sed de mis sueños,
sonrisa, incendio, patria,
hogar contra los vientos y el vacío,
la raíz más profunda que me anuda a la vida...
Todo lo perdería en un instante
por un oscuro impulso de odio o muerte.

OTESNITA
(1977-1979)

OTESNITA

Cuando ya comenzaba seriamente
a no pedirle vida a la esperanza,
llegó con un fervor casi de adolescencia.
Sus ojos penetraron en mi asombro
como un duro relámpago
desatado de súbito
en mis sueños más solos e indefensos.
Nunca contemplé un rostro
tan hecho de silencio y de ternura.
Y el aroma maduro de los frutos
y el soplo indescifrable
que deja el agua clara entre la brisa,
se juntaban naciendo de sus labios.
Su cuerpo era de vuelo y de inocencia,
alas que me entregaban
el júbilo encendido de las flores.
Pasaron noches, olas, estaciones, y un día,
del fulgor del azar,
surgió entre las palabras una palabra nueva:
Otesnita... y le dije otra vez: Otesnita.
Un deslumbrado amor la iba invadiendo,
se refugió en sus ojos,
abrió el cielo en su risa
y reímos, reímos
como sólo se atreven
los niños o los que aman esta vida,
pues al instante supo
que sería su nombre para siempre.

GACELA DE AGUA

Transparente llegaste como gacela de agua,
que de pronto surgiese
en el bosque nocturno de mi cuerpo
y convirtiera mi prisión desierta
en fanal llameante.

Yo que he vivido
los tábanos del odio y la desgracia,
la desidia culpable,
mis inermes promesas y sus sueños.
Yo que he visto elevar catedrales de sombra,
vanidad o mentira, he conservado
la esperanza insaciable de aguardarte.

Vivamos este afán irrepitable,
sabiendo que después de nuestro fuego
tan sólo quedarán el miedo y la ceniza,
la desesperación, la lluvia y el olvido.

Abrázame, pues tan sólo tu abrazo
me da la imagen de la tierra, el agua,
el dominado espacio, la palabra y la música,
el resplandor caliente de la hierba,
tú, planeta único y azul, mundo mío.

EN LA DESPIERTA DICHA DE LOS OJOS

En las aguas del aire,
prieta de luz, me alcanzas
con la despierta dicha
de los ojos. Tu cuerpo,
tus solares caderas
incendiándome imágenes,
tensándome un ardor
desconocido, en fuga,
como si los sentidos
adquiriesen poderes
voracidad y vértigo.
Pechos que son topacios
con la dulzura y fuego
de las uvas al sol.
Cuerpo de la ebriedad,
yegua de espuma, noria,
frenesí inacabable.
Agua sedienta y fiera
en la piel del desierto.
Mueves, creas sus olas,
despertando la vida:
Muchacha que haces tuya
la plenitud del mar.

UNIDAD EN EL FUEGO

Fulge como una antorcha
que en vez de crepitar atravesara
con hirviente ternura
la húmeda rosa abierta de la noche.
Es un mar de caballos
y labios sin medida,
un galope de sangre, tierra, fuego,
tumultuoso río
que hacia el abismo de tu vientre avanza,
retrocede y prosigue entre fiebre, espesura,
ramas, luz, sombras, greda,
y al final se convierte
en el solar aroma de la vida.

VERTE

Verte, verme en tus ojos y sentir
tu risa repentina
como el hogar sagrado de la Tierra.
De tus manos recibo y de tus labios
este fuego que entrega magia y orden, camino
a mi desmesurado corazón.

Menudas por sencillas
como lluvia de luz
escucho tus palabras.
Con qué nueva ternura
me das a manos llenas
la lealtad transparente,
la bondad jubilosa y la verdad.
Porque eres la añoranza en toda lejanía
con más ansia se yergue tu presencia en mi sangre
y entre tu cuerpo el esplendor del mundo.

CIELO DE FUEGO

Jubiloso me quemo con tu cuerpo
como si fuera el único destino.
Vértigo perfumado que me lleva
hacia un cielo de fuego alzado contra el tiempo.
Tus brazos repentinos me rodean,
me funden con la noche constelada.
Piedra inundada soy por tus aguas ocultas;
y no puedo saber si eres definitiva
o el mar fugaz en donde irremisible
me adentro y me diluyo hasta encontrar
el salvaje dolor de un gran vacío.

EN TODOS LOS LUGARES

Entre acosantes brumas,
la vertical belleza de los pinos.
Vibra la vastedad confusa del otoño
interrumpida por las voces de agua
de los niños corriendo sobre una hierba alegre.
Hasta la lejanía ensimismada
llega la plenitud de su alborozo.

Incierto me pregunto qué serías
antes de conocernos,
y la memoria busca en mi niñez
días iluminados para darles tu rostro.
Y también es tu cuerpo
en los primeros cuerpos del deseo,
el que me lleva hasta su joven llama
para ser todo el tiempo que ha perdurado en mí.

El silencio se va tornando en piedra,
frío de piedra que la noche arroja.
Como piñas de pino los niños se oscurecen.
Se ahonda con torpeza el viento entre los árboles
mientras el agua calla en espejos de sombras.
Nieblas, vientos que ascienden hasta la altura exacta
de ti misma, y mis ojos ya no sienten
sino el aire encendido que deja tu recuerdo
en todos los lugares donde mi daño vive.

SOLEDAD EN LA ARENA

Desciende la gaviota y se detiene
en el cristal del aire
como una lágrima que busca un rostro.

El aura de la noche
se acerca con estrellas. Abre el mar
un llanto sin palabras que le enseña la muerte.

Arboles humillados,
mordidos por la luz y la sal más sedientas.

Soledad en la arena. Crece el frío
de las primeras sombras.

Solamente su ausencia
arde en la tierra oscura.

NOCHE DE LA AUSENCIA

Con una confusión de aguas oscuras,
de imprevistos ramajes y diluidas luces,
la noche entra violenta y enlutada.
Es su inquietud que fija
el tiempo inmóvil de lo ya vivido.
En mis oídos crece el ruido desolado
que me da su abandono, la única obsesión
de la que nunca me querré escapar.
La habitación aprieta contra mi pecho insomne
los derrotados muros, el silencio.

Una luz fugitiva se desliza en el techo,
aparición fulgente que se acerca y se evade.
En su recuerdo, su sensual imagen
traída por el miedo.
Mi espera continúa siendo una abierta herida
en la pasión cerrada que me dejó su ausencia.
Como raudas luciérnagas en la noche total,
me asedian los lugares que juntos nos tuvieron,
la hierba que se ahondaba a nuestro paso,
el mar desalojado por los cuerpos desnudos,
las sábanas calientes por el goce radiante
de entregarse sin término...

Me propongo olvidar lo que ella fuera.
Abandono estas sábanas sufrientes.
Cruzo estancias de abismo.

Asola el frío, gira el sonámbulo viento
en la noche desierta. Caen imágenes rotas.
Voy sintiendo en mi piel esa hendidura
de la orfandad y el miedo y como un naufrago
que apenas un instante emerge de lo oscuro,
persigo el aire:
ese cuerpo de anhelo que me falta.

AQUEL ESPLENDOR

Abrías en la noche tus valles sumergidos,
tus silenciosas algas de suavidad creciente.
Entre el refugio de tu pelo largo
reverdecía mi olvidado instinto.
Te buscaba encontrándote cada vez más en lo hondo
y eras la luz de mis abismos ciegos,
la flor imprevisible que nacía del agua.
Como el sol ascendías por mi cuerpo
abriendo claridades en su hombría sonora.
Los cuerpos no existían, ni siquiera el futuro.
Éramos sed, fragancia, relámpagos o mares,
enardecidos vientos que convergen y se unen
para ser infinito y proteger el mundo.

LA ALIANZA OSCURA

Te pierdo por querer vivirte siempre.

Ahora es el momento de la total ausencia,
porque no puedo odiarme al recordarte.

Tus ecos me redimen
y hasta elijo este escarnio y su desdicha
porque es la alianza oscura que nos une.

Ya todas las palabras
resuenan en un ámbito cerrado.

Maldigo este destierro de patria destruida.

YA SOY EL DESPOJADO

Ya soy el despojado, el que tuvo la luz
y el mar entre su cuerpo, el que llevó los ojos
abiertos por el fuego y la ternura.
Bastaba tu mirada para oír la alegría
que baja de los árboles a la tierra armoniosa.

¿Cómo entender ahora el tiempo de la dicha
cuando la soledad y la carencia
de ti no me abandonan?
¿Cómo inventar los sueños
en un final hendido por la muerte?

LA DISTANCIA INMÓVIL

Los días cada vez más indefensos
se apagan en sí mismos,
pues ni preguntas ni deseos llaman
a esa sombra. La intuyo
permanecer inmóvil
a espaldas de su luz.
Un aire frío mueve la cortina.
La mirada se pierde
en la gris vastedad.
Nada busca ni espera.
Solamente se agota en la distancia
de lo amado vivido, de lo lejano muerto.

DESIGNIO

Creí en casi todos los prodigios
y en uno sobre todos.

Perdí.

Solamente me queda el fulgor transitorio
de unas pocas palabras aún no dichas.

La última y desolada incertidumbre.

NUNCA CON POSESIÓN

Nunca ames con el ímpetu cerrado
de cualquier posesión,
ya que sería estéril lo que de ti creciese,
tan sólo sufrirías
por la callada muerte que le acecha.
Si todo cambia y nada permanece en lo que es,
no entregues este inconsistente anhelo
a lo que sólo puede ser la flor de un instante.
Tienes ante tus ojos todo el mar desplegado,
la iluminada tierra y su ventura.
Todo brilla, espejea en ti invocándote.
Vive su frenesí
mientras el aire esbelto de la tarde
llega benignamente hasta tu frente alzada,
pues sabes que el amor y la belleza
no podrán perturbar tu nueva certidumbre.

LA VISITA DEL MAR
(1982-1984)

LA VISITA DEL MAR

Sobre la verde herrumbre de las rocas
sé que aguardo un prodigio.
Van y vienen imágenes del agua.
Sus espumas levantan templos diáfanos.
Regiones de diamantes
contra el basalto negro estallan duramente
dejando constelada
la brisa de nevados almendros temblorosos.
Apenas giran sus esmaltes
en el espejo pródigo del sol
y a las aguas retornan como lluvia extraviada.
Ya vuelven los suicidas caballos incesantes.
Son unidad perfecta. Cercanía.
Un vaho cristalino los conduce.
Alado en majestad hasta mí llega.
Se descubre en colores
y me dice: "También yo te esperaba.
Hablemos largamente,
pero antes sueña y víveme tu día entre los hombres..."

EL GALLO

A Pino Ojeda

Brota del sueño el gallo y es el alba
avanzando en la plaza de colores.
Ya su canto redime la vida aún dormida
entre el hostil silencio de lo inerte.
Y vibra y clamoarea.
Levanta un duro chorro de energía
que aplasta con su puño
el emboscado aliento de las sombras.
Contra ese espeso muro de la muerte
enarbola su hoguera.
Y es la ola y la espuma de la fiel claridad
liberando al insomnio.
Furia y grito de vidrio,
de metales y luces desbordadas.
Clarín del poderío y el orgullo
donde afirma la sed:
la verdad del ser vivo. Y así, indómito
y enhiesto en el principio de la aurora,
solo ante el día mientras todo duerme,
exalta un surtidor de estremecida altura,
convoca la mañana al tacto y al aroma,
y al igual que un navío en el espacio
que llevara en sus velas todo el mar y sus sueños,
irrumpe por mis ojos con el canto del sol.

EL MAR Y SU ESCRITURA

A Juan Octavio Prenz

Como una estrella resplandece el canto
en los ardidos ojos del poeta.
Desnuda la ciudad mágica de la bruma,
su palabra remonta
anegando los vientos con verdades distintas.
Allí crece la ingrávida aureola,
los jubilosos signos y sus pájaros.
Todo el delirio verde de sus constelaciones
enraizado en mitad del firmamento,
como un solo árbol que cubriese el cosmos,
el árbol visionario del idioma.
El poeta es el mar frente a la nada,
frente a la nada del papel escribe
para erigir un mundo fundado por imágenes,
un castillo movido por la brisa y el sueño,
un oleaje en su festín de espumas,
en donde se sumerja la luz de los delfines
y afloren sosegados o vehementes
estos racimos de oro del crepúsculo.
Aquí se instala en la alta crestería
de manzanos fugaces y líquidos topacios,
no sólo en la ebriedad de su celeste vértigo,
también en la conciencia de ver ahora el mundo
con el intenso vuelo
de la imaginación en la palabra.
El mar y su escritura depositan
como una rosa verde de agua y fuego
los más bellos secretos en nuestras manos ávidas.

ORIGEN DEL ASOMBRO

A Rafael Díez Collar

La deseaba bella como un hacha.
Tan firme como el pedernal
para que fuese altiva, inquebrantable.
Siempre la imaginaba aparecer
cuando la presentía en la quietud.
Y no sé cuántos años tuve que ejercitarme
en el hábito extraño de una insólita espera.
Allí estaba de pronto tendida entre las hojas.
Viva, deshabitada,
sola como al principio de los tiempos.
Oí su corazón hiriendo el aire,
sonando por mis venas hasta casi estallar
la piel entera de mis sueños.
Y deslicé mis manos por su cuerpo,
mis ojos se bañaron en sus labios.
Sin embargo, no pude despertarla, encenderla.
Imploré ante la noche.
Sólo la desazón del silencio crecía.
Caí exhausto, vencido junto a ella,
y entre un sopor de sombras escuché
un atronar de cascos por la fría llanura.
Desde las nubes, desde la rosa de los vientos,
desde los claros mares coralinos,
desde los perfumados bosques de las estrellas,
desde lo oscuro indómito,

resplandecientes, libres, hermosísimos,
venían galopando hacia mí los caballos.
Para calmarlos apagué sus crines.
Até sus largas colas a aquél cuerpo dormido,
y en su sexo de sombra una hoguera encendí.
Nuevamente prendió el fuego la inquietud,
la sed de vértigo de los caballos.
Y cada uno, invocando sus orígenes,
se dirigió hacia su destino de aguas
con un ímpetu tal que, lentamente,
al desplegar sus colas, despertaron
aquél esbelto cuerpo.
Y como árbol de luz,
una fuente desnuda
o la única mujer erguida frente al sol,
así se puso en pie por vez primera
mi palabra.

EL DÍA INVICTO DEL POETA

A Nadia y Alexandre Blokh

Entregada avidez de la mirada
ante el día que gira desplegado en sí mismo.
Fundación palpitante del color.
Un colibrí de fuego va descubriendo el mundo.
Su desbocada fe enciende los orígenes
en los sedientos cauces del verano.
Imposible fijar su invicta sucesión.
La luz sube hasta el sol entre árboles de vidrio.
Transparencias huidizas llegan hasta los ojos
en las intermitencias del verdor más azul.
Un oráculo se alza del humo de la tierra.
La solitaria espiga
pone una gota de oro en mitad de mi frente,
como un astro que enseña en su prodigio
la despierta quietud y el movimiento.
El río sueña sílabas sagradas
a lo lejos y cerca, por dentro de mi sangre.
Sólo soy un instante en el espacio,
una sombra que vive en la flor de la hoguera,
el campo de batalla de un libre pensamiento,
lucidez del fervor:
palabra que atestigua la vida de los hombres.

EL VISITANTE

A Odón Betanzos Palacios

Antes de que escuchase pasos en la escalera,
un acre olor de yodo, peces, algas marinas,
se levantó de pronto en mis papeles.
Mas no hice caso alguno.
Y continúe alentando
el efímero vuelo de los signos
por sus altas praderas.
Los pasos se acercaron hasta precipitar
los urgentes latidos de mi sangre.
Con insistencia, el timbre
alarmó interrogantes por todos los rincones.
Sin poder evitarlo al fin abrí.
Era un viejo desnudo y arrugado
por las sales del tiempo o el abismo.
Llevaba en su cabeza
una corona de agua amanecida,
y en una de sus manos sarmentosas
un tridente cortado en la luz del coral.
Altiva la mirada, su voz la más humilde:
"He venido a entregarle lo último que conservo".
De sus redes sacó un mar diminuto
que extendió ante el asombro del pasillo.
La casa se inundó bajo la audacia
añil de sus relámpagos.
Muebles, libros, objetos, pensamientos,
iniciaron un baile imprevisible.

Ni sus sombras pudieron escapar.
Iban, aparecían desde lejos,
se elevaban tan cerca
que huían pudorosas hacia abajo
entre esbeltas cabriolas de juvenil espuma.
"Perdone usted —le dije—, mi salud
no puede consentir esta humedad salina."
Entonces, confundido, llamó al mar,
lo puso nuevamente en sus espaldas
y se alejó llorando hacia el vivir.

ALA DEL PRESTIDIGITADOR

A Olga Orozco

Mientras despierto estas acuosas líneas,
un mirlo, un miedo canta.
Canta desde el ahora hacia el ahora.
Sus palabras son piedras
que en un vacío duermen,
se desvelan y estallan.
Tú las oyes caer
como impacientes truenos olvidados
hasta un silencio liso
de herméticas montañas.
De las montañas surge
una pálida mano.
La mano que se agranda, vuela, muestra
en su palma un jardín,
y dentro del jardín
la oscuridad entera iluminándose.
Intensa flor de nieve,
diaria rosa tallada
en cuerpos de arboleda repartida
donde los signos nacen, proliferan
como detonaciones o susurros,
por culpa de una mano
con la que un miedo escribe
y en la que un mirlo canta.

EN LAS AGUAS DEL SOL

A Viveca Nordström

En un salto de furia,
el caballo se alzó desde el aire imprevisto
derribando su sombra encadenada.
Repentino, tallado en el mármol candente,
quemó la transparencia.
Y fulguró en el viento, resplandeció en los árboles.
Todo cuanto vivía guardó la nueva espada
de su belleza hundiéndose en las aguas del sol.
Los espejos del lago despertaron
ante aquella alegría de fuego que brotaba
desde un reino de espumas.
Un relincho más alto que la tarde
extendió su altivez en las distancias.
Y desnudo y feliz como la luz,
cruzó la hierba y, libre, estrenó el mundo.

UNA LLUVIA CON SÍLABAS AZULES

A Nadia Consolani

Cae la lluvia con sílabas azules.
Las hierbas y las frondas se despiertan,
toda su gloria permanece erguida,
vivida en flor, en árbol, en táctos aromas
fluyendo por los cauces de la tarde.

La lluvia azul ya bruñe negras piedras,
mansamente las abre desde sus centros duros.
Toca su carne presa, la libera y desnuda
en corolas de pulpa enrojecida.

Savia que invoca al sol, sol que siega la lluvia.
Fuego cruel que al esbelto verdor seca,
pradera que se asfixia en surcos yermos,
pétalo rojo que termina en roca,
roca que se clausura y a sí misma cautiva
y sorda y negra calla hasta el milagro:
hasta que llegue audaz la primavera
y nos traiga una lluvia con sílabas azules.

ZAPATOS PARA UN DIOS GRIEGO

A Conchi y Luis León Barreto

Y brindé por el dios griego y sus pies descalzos,
y entre el espeso aroma de aquel vino
y la alada locura del instante,
para calmar de cuero sus bellos pies de brisa,
abandoné en la sombra mis zapatos.

La noche abrió la puerta y en la estancia
se oyeron conmovidos sus pasos de silencio.
El viento fue a vestirse con hojas de penumbra
y bebiendo en mi copa pasó besando frentes.
Nuestros ojos creyeron una estrella
que cruzaba lo oscuro y las distancias.

Nunca he vuelto a saber de aquel par de zapatos.

Y ALLÍ EL MAR

A Pura, Juan y Luisito

Y allí, en el asombro más terso de un momento
parecía esperarme desde el oculto origen,
o en otra vida humana que pude haber perdido.
En su inquieta extensión resplandecía
con verdor delirante, con todos los murmullos
y en las claras y oscuras cavidades del agua.
Mostraba la presencia de lo incierto
al alcanzar la playa incandescente
con las flores de un júbilo en espumas
y despeñadas nubes puestas a nuestros pies.

De su oscilante bosque se levanta
un movimiento azul de voraces ramajes
surgiendo del abismo sonoro de su enigma.
De pronto es un silencio de llanuras
para lanzar cantando velámenes de vértigo
contra la obstinación imperturbable
de las rocas. Me trae la algarabía
de su memoria inmóvil. Me mira viejo y niño
desde su edad sin tiempo. Nada en él permanece.
Desterrado en su abierta lejanía,
inconmovible y solo, va y retorna
estallando hacia el límite desde el prodigio invicto.

EL VUELO DEL HALCÓN

A Sebastián de la Nuez

El ojo del halcón emerge del espacio
y desvanece el monte que lo oculta.
Radiosidad invicta va expandiendo su imagen.
Árboles como sueños alargan brazos vanos
ante su torbellino.
Relámpagos de sol desaparecen
oscuros, derrotados
por el chorro caliente de su vuelo.
El bosque se convierte en un charco de hojas
olvidado en el aire.
Todo mira y admira la implacable ascensión.
Ni las lanzas o redes de la lluvia le alcanzan,
ni el dedo de la muerte del cazador tenaz.
Solo el halcón atravesando el cielo,
rotando hacia su imán inexorable.
Su alta fugacidad es lo perenne.
Desde el siempre al ahora,
precipita un alud de viendo convocado
y en la memoria clava sus garras y su vértigo.

CELEBRACIÓN DE LA PALABRA

A Nichita Stanescu, in memoriam

Palabra, son tus signos la casa que me habita,
camino, pan de sol que me nutre y desnuda.
A veces fuiste oscura o dolorosa,
te levantabas en la sed y el llanto
de un pedregal insomne
como la sola flor que acarició mi boca.

Has nacido y crecido inagotable
contra el negror sin ojos del olvido,
con deslumbrante empuje,
con paciencia y con música,
como aire de mi piel o cuerpo de mi vuelo,
y en donde te invocase
brotaba tu existencia feliz frente a la nada.

Por descubrir tu fuerza y saberte precisa,
quise cerrar los ojos y descifrar tus sombras,
pero allí, engastada entre la oscuridad,
encendías también un paraíso oculto.

Dije árbol, y sus hojas despertáronse en bosque;
ciudades, y ancho río de amigos me envolvía;
estrellas, y la noche se alzaba sosegada
creando la unidad del universo.

Palabra, tú me has visto por años y sucesos,
por ebrias fantasías verdaderas
y por el corazón del alto azul.
Más que mi propia vida o su espejismo
oscuro, indescifrable,
tú has sido para mí su fiel resurrección.

EL TIGRE AVANZA

A Krishna Srinivas

Por la espesura avanza sin rumor
y la selva enmudece.
En su piel arde el oro,
el verde de la noche centellea
y un vendaval palpita aprisionado.
Eléctrica, imprevista sombra de terciopelo,
en su veloz designio
va fatalmente en busca de su presa.
De la fragua amarilla de sus ojos
un rayo insostenible paraliza,
pero también en ellos se demora
y vive el río rojo haciéndose crepúsculo
y, esbelta entre las hierbas, una violeta azul.
El salto de agua del antílope
interrumpe el silencio.
Un látigo de sol y zarpas lo derriba.
Desde cualquier distancia se oye el rugir de un rey.

ANTE EL ABISMO DE LA PÁGINA EN BLANCO

(Homenaje a Stéphane Mallarmé.)

Entre la página desnuda y yo
la gaviota del vértigo desciende.

Solamente el rumor de este futuro
y el silencio brillando
con la promesa de su plenitud.

Y todas las preguntas caen y caen
a su hondura extraviada.

La vida se concilia ahora con su infinito.

En ese mirar terso el ojo se ahoga
bajo la sombra blanca
de un mar que arroja nombres a la hostil transparencia.

CERCANÍA INALCANZABLE

A Ventura Doreste

Frente a un amplio cristal de lejanías
surge la más impredecible aurora
desde su exilio oscuro, convirtiéndose
en esta redención de la mirada.
Es el ángel del aire cuya voz
pone en pie los silencios todavía dormidos.
Palabra fundadora que se apropia del mundo.
Oigo azul y es el cielo trascendiendo
su distancia. Después se alza en blancura
y su mano abre un tacto diminuto
como aroma encontrado que vuela hasta nacer.
Fe que otorgan los labios a un hueco de misterio.
Sueños que se devanan con premura indefensa
porque anuncian y saben que son la pesadumbre.

LA ROSA ROJA

A mi madre

Lentísima cadena de los días,
anónimas semanas y meses sucediéndose
en las cerradas lindes de la ciudad cansada.
Y en mitad de la noche el latido del viento
con un rumor de fondo, oleaje y arena,
me traía un aroma, la nostalgia invencible.
Levanté la mirada hacia la luna
y vi que el mar de mi isla me llamaba,
me buscaba en el sueño, me ordenaba volver.

A la tierra natal me iba acercando,
desde el azul espacio de aquel vuelo.
Miré el cielo que ardía en la belleza
de las cúspides de oro de las islas.
El mar reconquistaba su transparencia pura,
la ensoñación quemante de otros tiempos,
y en sus redondos límites alzaba aquel mundo.
Sentí subir su mano y descenderme
hacia el yermo de un sur encandilado
como si la isla entera su ansiedad me entregase.

En la recuperada lejanía,
allá en lo alto del Monte Lentiscal,
en su oasis de umbría recoleta,
sueña la antigua casa de mis padres.

Entorné la cancela y entonces reviví
el reino del verdor. Un frescor cristalino
alentaba por todos los rincones
llegándome como una profecía,
como si la ternura y la tierra recobrasen
el sosegado amor que allí siempre me espera.

Casi palpaba el aire. Vivía en los aromas.
Los altísimos pinos de mi infancia
me rodeaban en su danza inmóvil
subiendo entre la yedra hacia el espacio.
Embriagadora esencia de agua y luna
del ilang, el jazmín y la magnolia.
Y mariposas, frutos y un frenesí de pájaros.

Andaba. Mas de pronto, allí cerca del porche,
bajo un fondo de cal y enredaderas,
sobre el quemado césped,
todo se hizo silencio:

solamente la rosa.

¿De qué volcán, de qué sagrada lava
esculpiste en su fuego tu relámpago?
Te acostumbró la brisa a su vestido,
por eso eres turgencia enamorada,
ímpetu rojo, aura del sol. Venus
saliendo de los pétalos de un mar inacabable.

Mirándote te subo entre mis dedos.
Asciendo hasta tus labios y eres la claridad
que me aguardaba. Símbolo de vida.
Limpio sol constelado que entero me recorres
en esta bienvenida imprevisible.

Todo lo que no fui o lo que soy,
incluso mis paisajes del futuro,
enteramente todo en pie por celebrarte.

Oh rubí que destellas la indómita alegría,
tacto de terciopelo o lentitud de nácar,
nave sensual, corola de arrebatadas luces,
naces de la dulzura entre el placer y el sueño
como la simple luz que se reparte.

Sólo puede explicarte el latir de tu aroma.

Tú brotas y te enciendes
la víspera en que fijan tu condena.
Tu plenitud, igual que nuestra vida,
es extinción que nace el día en que empezamos.
Incesante en el aire y en la tierra
resurges con el nombre de tu stirpe,
y eterna eres ahora en este mudo instante
porque más tiempo no es mayor eternidad
y porque la memoria proviene de la muerte.

La noche abre su cofre de ruidos diminutos:
un moscardón tardío, la brisa en los ramajes,
el gotear insomne de una fuente,
sombras a la deriva perdiéndose en lo oscuro...
Silencioso me adentro hacia la casa.

Y me cuesta decir que a punto estoy
de llorar por la vida de una rosa.

EDAD

A Marie Claire Beyer

Sentirnos despreciados y sufrir
el ancho vuelco de la primavera
en la quemada selva de la edad solitaria.
Ver su fiesta caer una vez más
en los sordos espacios
de un país condenado a ser la noche,
mientras lejanos días
con su trazo mortal de mariposa
buscan inútilmente un aire en llamas.
Sin embargo, sepamos aceptar
el severo tatuaje
con que los años de humo marcaron nuestra piel,
y celebremos el vivir a tientas
este arrebató hermoso de la fugacidad.

NOCHE EN EL GRITO

A Laureano Albán

Con su lanza de hielo
atraviesa ventanas,
y en su cerval huida
golpea las quietudes,
enciende desmemorias
de fervientes insomnes,
asusta a los suicidas
y en un sueño sin fondo
deja más solitarios a los niños.
Prosigue hacia un destino inabordable
por las islas desnudas de la sombra.
Con lacerante luz
el grito nos invade,
abre ojos y amenazas
y nos tiende de golpe
ese acosante tacto.
Y vibra, estalla, vuela
con una lentitud vertiginosa
ocupando y creciendo
más allá de los límites,
de los últimos límites,
y de allí continúa
recorriendo y quemando
los valles lejanísimos
de los inalcanzables
sueños, y desde allí

se aproxima y persigue
otros sueños que abarcan
la distancia mayor,
y más y mucho más
hasta una lejanía
tan cercana que todos
oiríamos cruzar
el grito que levanta
el silencio del miedo.

EL JARDÍN DE LAS AGUAS

¿Cómo podría estar en el ansia rendida
de tu amor y quedarme y vivir con el aura
de aquella plenitud que convocamos?

Permanecer absorto, único en ti y contigo
y diluirme, hundirme en tus esencias
tal si entero me fuera repartiendo
en el mar de tu cuerpo para ser su corriente,
la oración que le asiste, su fuego y su equilibrio.

Sé que juntos seremos el jardín de las aguas,
la resurgente sangre que pone sol al día
para que la intemperie acalle su dominio
de dalia amortajada y afluya hacia un paisaje
cuya insistencia siempre nos redime.

INERME CETRERÍA

A Gerardo Diego

Cerrado en las montañas de un delirio
escuchas la tenaz relojería,
los mecanismos tenues de su misión perpetua.
Cada instante es cercado y deslumbrado
por las palabras que el azar extiende.
El tiempo es abolido, la vida abre la fuga
de una ruin sucesión de visiones en quiebra.
Hacia un cenit disperso, en rapaz torbellino
suelas la precisión y su inquietud quemante;
y en esta cetrería que nunca te protege
fundas la soledad de la experiencia,
sin que puedas buscar otra pasión,
ni abrir otro camino, ni tener otra vida
que la de persistir en este afán
de dar rostro y certeza a lo inasible.

LA UNIDA GEOGRAFÍA

Busco el cuerpo que nunca volveré a retener
en el centro más vivo del relámpago.
Aquel que nace en el abrazo mismo
cuando la piel se incendia
con esa transparencia que olvidamos.

Busco todo el amor que ya no busco
aunque siga creyendo a pesar mío
en la invariable luz de su quimera.

Busco lo más sencillo, su diáfano secreto:
la lumbre de tu risa entre los sauces,
tus ocultas caricias de estaciones,
el acorde solar de nuestros pasos juntos
en la verdad confiada de los días.

Y aunque nunca lo encuentre buscaré
un hogar detenido en el milagro,
con esa inextinguible permanencia
de montañas y ríos y raíces
cuyo horizonte escribe la distancia.

Busco en las breves líneas de mi mano
la respuesta de verte hasta morir
y el descifrar un tiempo
donde habremos de ser
la unida geografía de un mar inalterable.

DESIERTO DE AMANTES

Desde la noche dura de sus cuerpos
con un puñal de sangre se penetran.
Son corrientes voraces, dos oscuros latidos
que a sí mismos se incendian, azuzados
por la prisa de un fuego inexplicable.

Bajo los astros fríos se retuercen, se absorben
para satisfacer la sed más agobiante
de un ser desconocido que vagamente intuyen.
En el volcado trance un solo dios se eleva,
los trasciende en su piel de arcilla y agua
y, al final, los relega abandonándolos
en un tenaz desierto de tristeza.

Desamparados, sordos en la noche,
estos cuerpos desnudos descubren el vacío
por haber sido apenas un instante
la alegría perenne de la imposible dicha.

EL ENVENENADOR

A Mateja Matevski

Nunca conocerás el riesgo al que te expones
al leer estas líneas,
pues aunque distraído las recorras,
empezarás a oír con premura o tristeza
cómo crece su fila de hormigas por tus ojos.
Esta caligrafía inevitable
que se funde a los zumos densos de tu pasado,
o vuela en el plumaje ardiente de tus sueños,
es ya parte de ti como tu sangre,
con su caudal de tiempo en tu memoria.
Y sin embargo ignoras que estas gotas oscuras
te dejan el veneno del poema.

CARTOGRAFÍA DEL POEMA

A Luis Jiménez Martos

Cómo actitud primera se acota un territorio
del que ignoramos todo todavía.

Se prevé la extensión de nuestro aliento
para encerrar la vida en ese impulso
con que la lucidez nos interroga.

Una vez escogida su frontera de brumas
volvamos con cuidado a recorrerlo
para sembrar en él fascinaciones,
experiencias, deseos y un vuelo hacia lo oscuro.

Se va poniendo en pie un mundo absorto
bajo árboles abiertos de metáforas
y fulgores de imágenes nacidas
entre el sol y el abismo inesperado.

En el papel un ala se ejercita
bajo una fronta informe que es preciso podar
para que sea a un tiempo región de la hermosura,
perennidad y vida,alzada inteligencia,
oráculo desnudo que acompaña
al hombre en su sosiego vulnerado.

REJAS DEL PAPEL

A Víctor Ivanovici

Con obstinada pena
alcé en la ineficacia de mis horas
este llanto abrasado por palabras.
En su insania las páginas crecían
como una cárcel que pusiera argollas
a las manos candentes del deseo.
Ya no supe vivir, ni siquiera escapar.
Todo fue reduciéndose a una leve escritura
de luces vigiladas, a esta sed oprimida
entre las rejas ciegas del papel.
Aprendí a respirar en el oscuro espacio
de los ecos que en mí dejaba el mundo.
Y sólo la memoria consumida
entre la realidad de lo aparente
y la verdad movible de los sueños
dio pulpa escasa y magra libertad
a lo que pudo ser llama y delicia.

EL HIJO LEJANO

A Marcos

Solo un perro aúlla el duro llanto humano.

Las estrellas de agosto
descienden hasta ahogarnos de tristeza.

Miro desde la sombra despojada
estos pinos hundiéndose en los ecos
de toda dispersión y lejanía.

Los verdores parecen sollozar.
Aceradas fragancias de resina
atraviesan su ausencia.

Cómo hundes tu cabeza entre mis brazos
ahora que no te tengo
y pones tu ternura en mi herida memoria.

Los ojos de aquel niño
—lumbre viva e inocente de mi sangre—
me reclaman, me abarcan fijamente,
sin que pueda entregarle un solo día
de este amor que con saña
se aferra a mi infortunio.

SOLILOQUIO DEL POETA

A Pascual Venegas Filardo

No te aflijas ahora
porque el tiempo cansado se quede entre tus sienes
o porque oigas al ruín invierno deletrear
su desolada estrofa.

Quisiste interpretar el sueño o su desdicha
con esa claridad de cal golpeada.
Al miedo desnudaste con un rigor de brújula
e incluso diste nombre hasta a la noche
en su cumplido tránsito hacia lo incontestable.

Por ello, no interrogues al insomnio,
ni te importe morir en la indigencia
única del poema, en su vida absoluta.

En esta breve selva de los días
dejas dignificadas las palabras
y su reino de aromas también te pertenece.

BÚSQUEDA DE LA INEXISTENCIA

A Hortensia Campanella

Y busqué hasta la sima del silencio,
allá donde lo oscuro alza su empuñadura
como una espada herida por el agua.
Removí manantiales cenagosos,
aparté ideas que ocultaban límites
donde nunca piedad humana descansara.
Hendí mis brazos entre un mar cerrado
dejando siempre atrás la fiel desidia
o ese supremo hastío de toda abdicación.
Recorrí territorios de hermosura y miseria,
y nada respondía. Perseguí
las huellas de verdades violentas y proscritas,
las palabras cifradas por el vértigo,
viejas sabidurías de las que no se vuelve.
Resistí contra todo.
Maldije lo divino y su desdén oculto.
Odié su inexistencia y su distancia sorda,
y sólo hallé el vacío de las voces inmóviles.

LA LIBERTAD DEL PRISIONERO PERPETUO

A Boris Visinski

Reconoce que un odio persistente
disolvió su prudencia,
pues se atreve a soñar contra el silencio.
Tras las rejas escucha el trajín de la plaza,
el pueblo trashumante en su comercio ávido.

Sueña desde el hastío envilecido
vislumbrando una vaga distancia inexistente.
Presiente dibujarse su encrespada quimera:
las indomables velas dirigiéndose
a las altas fragancias de un mundo redimido.

Y vejado se encorva, pues comprende
que en su delirio yerra
y que la libertad es siempre la palabra,
que ultraja la mentira.

Sabe que el hombre vive para irse equivocando
y renunciar a todas las respuestas
que su propio valor pueda entregarle.
Con los años su cárcel le irá empequeñeciendo.
Será sólo una boca que mastica su olvido.

SÓLO LA MUERTE

Solo la muerte vive con nosotros.

Está en la plenitud de esa mirada
con que me uncas al día y a su gloria.
Destella en tu cabello. Me besa con tus labios.

Incluso del aroma caído de la flor
hasta el azul que en su aire nos enlaza,
todo afirma el dominio de la muerte.

Apenas nos permite ser un cuerpo, la luz
de este sueño distinto, tan ciego, tan hermoso
que indefenso se esfuma en una realidad
perpetua que derriba nuestros rastros.

EL ÁRBOL NEGRO

A Pierre Emmanuel

Colores desvaídos del invierno
se desdibujan en el fondo de agua
de sus pupilas. Siente el frío olor,
la blanca desnudez de su memoria
como una aparición que no acabara
de cruzar por la mente.
Dentro del torreón aúllan desconocidas voces,
un salvaje aguacero que atraviesa la niebla,
y aquel otro silencio:
el vacío que está detrás de todo
lo que ha sido ultrajado por la muerte.
Y un árbol negro, suma de muñones quemados,
desliza por su cuerpo la agonía.
Su presencia vulnera la hosca aridez del valle,
y sólo un campanario sin campanas
permanece expectante desde su propia ruina.
Tras sus huecos de sombras,
de ventanas roídas por la herrumbre,
cerrados ojos miran la vil desolación.
A nadie, a nadie ve, a nadie siente.
La vida es esta fosa clausurada
en la que sólo yacen recuerdos corrompidos.
Pero de este paisaje anudado a sí mismo,
cada día percibe los vientos del torreón,
la larguísima ausencia de palabras,
la inquietud de la niebla que no entiende,
y mira ese árbol ciego, más negro a cada instante,
que muy pronto ha de ser su misma visión fija.

LA PIEDRA

A Fred Fornoff

Desde el hondón más duro de la piedra
siempre acechan la muerte y su lenguaje.

El verdor queda mudo, desterrado
ante su espanto brusco. Con su aridez de esfinge,
la piedra nos induce a la superstición
y a un odio desbordado. Cerca o lejos aguarda
la tibieza más viva de la sangre.

Vedla anclada en la noche,
ocupando el lugar en donde canta el día.
Quiere ser la sorpresa que nos ciegue
en ese inexpugnable
silencio de ser piedra entre las piedras.

AVATAR HACIA LO INMÓVIL

A Guillermo Díaz-Plaja, in memoriam

Cuando la descubría en el silencio,
ella le deslumbraba desde su desnudez.
Sus ojos adquirirían calidad de refugio
en donde se creaba la dulzura.
Su cuerpo de oleaje constelado
comenzaba a ascender en su temblor de fuego,
y a buscarle y salir de aquella sed sin puertas:
la armoniosa quietud del lienzo donde estaba.

La adivinaba; oía su llamada anhelante
entre un jardín de luces prisioneras;
y aquella tersa mano, apenas insinuada,
semejaba elevarse, susurrar, invocarle
desde otra realidad en donde la visión
ya fuera el primer pie hacia lo imprevisible.
Entendió lo sutil de su propuesta:
cambiar así lo errante de los días monótonos
por la inmovilidad del más feliz momento.

EN LA ENTERRADA NOCHE

A Östen Sjöstrand

Llamaron cinco veces a la puerta
en la enterrada noche.
Abiertas manos o furiosos puños
atronaron la casa donde olvido.

¿Abrir? ¿A quién a esta hora?

Y juntando mi oído a la madera
apenas me atrevía a respirar.
Afuera el viento,
aplastando matojos, decapitando rocas,
rasgaba airado el aire.

Al fin dije: ¿Qué ocurre? ¿Quién me busca?

Nadie me respondió.
En la oscura inquietud una sombra crecía
cada vez más presente y más cercano,
como si el corazón latiera en las paredes
y en ella solamente se quedasen
el miedo, mis preguntas,
los cinco golpes y sus grandes manos.

EL SECRETO DE LAS FUENTES

A Alain Bosquet

... porque nosotros siempre sabremos sin saber
que será un sufrir lento,
un mar interrumpido
como agua desbandada por laberintos de humo,
borrosas escaleras,
donde crecieran ojos a la sombra
y tumultuosamente se rompiese
una despierta lágrima al borde del vacío.
En ese claro bosque sin respuestas,
allí donde el amor cierra los ojos
y los astros se encienden
como ciervos que saben la dirección del viento,
oiríamos el mágico pasar del unicornio
por las flores modestas
de las primeras luces de la noche,
esā hora en que las fuentes
ofrecen un oculto lenguaje, tenue, intacto,
con el que interpretar
las nuevas decisiones de la muerte.

ÚLTIMO DESIERTO

A Inés y José Ramón Medina

Aquí no vive el aire fragante de la flor,
ni siquiera la humilde presencia del rastrojo.
Pedregosos senderos, zanjás yermas,
agrietan esta tierra relegada.
Claman ciegos sirocos en las pardas llanuras.
El vértigo del sol hace girar
la guadaña violenta de su espacio.
El polvo del camino se agranda hacia la altura.
Son cuatro los jinetes que va acercando el miedo.
El galope retumba.
La invisible campana dobla ante lo inminente.
Ya le invoca la voz desconocida.
Entre el inerme sueño sus ojos la revelan.
Desde todos los aires, desde todos los puntos,
la ausencia le recoge.

HOMBRE DE LUZ

A Ion Alexandru

Le poseía el don de las palabras.
Distinguía las fuertes entre las cristalinas,
las fogosas, las tenues, prósritas y anacrónicas
de las celestes, largas o fugaces.
A su voz, mansas iban arribando
como las olas a una humilde orilla.

A veces era el mago bajo el circo
con las cinco vocales de colores
volando y transformándose en sus dedos,
o mandaba a un rincón sin alterarse
a cualquier consonante irresoluta.
Vivía de ellas y también por ellas.
Carecía de todo y nada le apremiaba.
¿Cómo no iba a encontrar cuanto quisiese
en las arcas de aquel ebrio alfabeto?

Intenso entre sus líneas apenas reparaba
en los labios del aire llevándole hacia el sol.
Solamente era luz entre la luz
en el camino ausente que cruzaba.

Mas de tanto soñar se elevó tanto
que por la leve senda de una música
le vieron alejarse, anhelante y alegre,
hacia el feliz olvido de sí mismo,
aquel caudal lejano en cuyo centro
su amada le esperaba con el mar.

MUERTE DEL GUERRERO

A Dámaso Santos

Sorprendido cayó de bruces en la tierra.
Su sangre sentenciada deslumbró
por un instante el barro. Vio al verdor
lentamente emboscarse hacia lo oscuro
en la mayor irradiación del día.
De su herida se alzaba un frescor de banderas,
las decididas armas invadían los vientos,
la azul caballería deslizándose
entre los matorrales y las guijas.
Sus acciones de fuego calcinaban el sol,
los metales candentes vibraron sin sonido.
Fue escuchando su sangre ocupar las distancias
empuñando hasta el fin el acero despierto.
Una fría humareda traía su victoria.
Dichoso se moría sonriéndole a los árboles
porque su último sueño le vengaba.

AGUAS PROFUNDAS

A Pierre Zekeli

El agua se prolonga más cansada y más negra,
este mar que se acaba y se llena sin tiempo.
Hundo tenaz los remos largos, sordos
en un oscuro chapoteo
que invoca y extravía la memoria.
Remo con una fuerza enterrada en sí misma
que se pregunta si es de ausencia o miedo.
Lejano y más lejano el largo fluir persiste,
y el agua negra y dura, la noche inacabable,
y los remos del agua densa y negra
y el círculo veloz de lo profundo.
Ya mis brazos son agua entre las aguas,
y remo y remo para siempre
y para nunca, nunca, remo,
en el último abismo de la noche
y en sus aguas ocultas.

EL TÚNEL DE LA MUERTE CON MÁS OJOS

A José Luis García Martín

Extraña posesión de la noche que extiende
un túnel de ojos dentro de mis ojos.
Implacable y certera la muerte una vez más
en cada ojo asoma.
Despliega una llamada subrepticia
penetrando en mi sangre con ceguera de abismo.
Aún escucho crecer su negra dispersión.
Desata un ventisquero de voces remotísimas
y el mar, de pronto, calla.

Se abren los silencios
con el furor del frío en la rompiente.
De su oleaje emerge el cráter de un sol yermo.
Hondura sucesiva empozada en mis ojos,
sumándole más ojos al túnel de la muerte.

LAS ESTATUAS CAUTIVAS

A Leopoldo de Luis

Se despertó en un valle de estatuas
y se supo una más ante el vacío.
Una dalia de sombra le crecía
en el mutismo de los ojos pétreos.
El cielo condenado era incoloro.
Se evadía el presente con un aire
oscuro de palabras dejando sólo estelas
que murmuraban su perdido origen.
Celajes descendidos le borraban el mundo.
Los recuerdos también huían sin renuncia.
Dedos de soledad y roca inesquivable
aferraron su brazo. De aquella boca neutra
una voz escapada del tiempo le margina:
"... y permanecerás en el fluir del hombre,
cautivo y postergado en su memoria
como lo que no vive y nunca muere."

VENDRÁ LA MUERTE Y POSEERÁ LA LLUVIA

A Louis Bourne

Cae la lluvia imborrable con una obstinación
de siglos, trasminando tumultuosa angustia.
Cae funeral y exacta, monótona, obsesiva.
Callando toda luz, abriendo surcos
de sombra en el solar recuerdo de los trinos.
Penetra la madera y la inocencia
con un jadeo turbio que las quema y las viste
de un soplo de ceniza permanente.

Cae la lluvia mordiendo párpados, frutos, lejanías,
desangrando la pulpa íntima de la tierra.
Lluvia, lluvia que cumple condenas y venganzas
de dioses olvidados, de religiones muertas,
de razas maldecidas, de promesas y ardores
desesperadamente inencontrados.
Cae la lluvia con esa esterilidad torpe de lo inútil,
cerrando las audiencias a lo que brilla y canta.

Cae la lluvia robándonos el sol y su memoria
con un rodar de piedras y susurros de ruina.
Lluvia espuria, sonámbula, agua exterminadora,
y la insurgente mano que atenaza hasta el límite
consiguiendo borrar el mundo de los ojos,
para dejar la lívida neblina
inerte del más grande desamparo.

Cae la lluvia con esta sucesiva agonía
del veneno que acecha en las sendas del cuerpo
y, minuciosamente, se abre paso
con dientes de pavor y matemáticas
heladas de exterminio.

Cae la reptante lluvia encendiendo torrentes,
haciéndonos mortajas de mercurio,
cieno de un lago aéreo
en donde sólo la impiedad florece.
Cae cegada, quemante y turbulenta
con la imagen voraz de sucesivos crímenes
en el instante rojo de la muerte.

LOS DONES DE LA TIERRA
(1982-1983)
A Fernando Rielo

MAGIA DE LA TIERRA

I

En la noche grandiosa del océano
el oleaje canta vigoroso en el aire
hasta un ebrio horizonte de fogatas y estrellas.
Aún la lejanía se enturbia de espejismos.
Celajes horadados por corrientes errátiles
despeñan imantadas vibraciones
entre la hundida curva de los acantilados.

Busca el viento su presa, la persigue,
le arroja una amenaza de cuchillos.
Claroscuro en las aguas. Inquietudes fosfóricas.
Remolinos, rumores, clamores que comienzan,
se juntan al unísono y airadamente estallan.
Con aullidos y rezos el negro temporal
fustiga a las mareas enarbolando látigos.
Ruge, desata furias bajo la luna verde
contra inmóviles sombras resonantes.

La resaca succiona las piedras de las rocas,
con su larga cadena las arrastra,
las pule, las tritura hasta el olvido.
Cordilleras de vértigo nacen, se desmoronan.
La noche y su rompiente creciendo hacia el misterio,
desbordándose enteras desde la tersa altura.

De pronto el vendaval y su jauría
con lentitud oculta amainan, ceden
ante la resistencia de las olas.
Gaviotas de silencio cada vez más distantes
huyen de los secretos quemados por la arena.
Es la hora en que las sombras se diluyen.
Parpadeantes puntos abren su expectativa.
Un susurro de violas desde el fondo marino
remonta, va cubriendo al viento que lo escucha,
embriagándolo todo con su dádiva.

Retuercen sus colores las vidrieras del mar:
la amatista violenta se sacia con el oro
perdido del crepúsculo. Prosigue
la veloz esmeralda, hunde las crines blancas
bajo su undoso fluir irreductible
y aparece en la espuma del diamante.
La aguamarina sueña y las ágatas danzan.
Derretidos topacios copulan con zafiros.
Despiertan los rubíes desde abismos de fuego.
El ónix insondable su duro aliento yergue
contra la claridad nocturna de los astros.

Alta noche de mi isla ardiente y candorosa,
cuánto fragor de tiempo, cuánta sed
y ausencia y desvacío por oírte
cegante en tu hermosura, por sentirte
viva y tempestuosa tan dentro de mi sangre.
Hoy regreso a tu mar, a tu desnuda brisa
de volcanes y de algas, a tu egregio silencio
como si fueras la única mujer
que ha de esperarme siempre con un amor inmune.

II

Viene el ave del día en el relente
y le apaga a la noche su diadema de estrellas.
Despliega su plumaje dorado en el espacio,
abre la claridad, su oleaje propaga
y la Tierra espectral va despertándose
en ese aire tan puro en cuyo azul
se endiosa y se convierte en el sol anhelante.

Oid cómo la Tierra se ilumina.

Todo es rumor, mirada, innumerable pálpito
creciendo hacia su centro, vibrando en el presente.
La quietud murmurante asoma su tibieza
por la orilla de un río que etéreo desvanece
los nombres más perennes de las cosas.
En su ser espejeante se desnudan
bosques de agua y un cielo creciendo entre las ramas.

Cumple la luz su cenit y muestra alas en éxtasis
como si el vuelo azul y la pereza
durmieran levemente entrelazados.
La bignonia naranja, las rojas buganvillas,
hiedras de blanca sombra y efímero aleteo
ascienden por terrazas y paredes
con floración girante y estallidos de sol.
El drago estira brazos
coronados de verdes cimitarras candentes.
Soñolientos, los dátiles se apiñan
en la altura sutil de la palmera
y un aliento pastoso de fruta ensalivada
arrecia en el rigor del mediodía.

Libélulas, abejas, entre la brisa zumban
en el olvido denso de mágicos naranjos.
Hechiza el cuchicheo de las frondas.

El cancionero dulce que sus huéspedes crean
es para ti, también es tuyo en este instante.
Observa el tenue trazo de los peces
fulgurando dichosos en la alberca.
Relampaguea el ascua de un lagarto azabache.
Escarabajos lentos pululan por la grava
luciendo sus escudos esmaltados.

Casi violeta o ámbar irradian en la brisa
los ebúrneos racimos de las uvas.
Las ciruelas atraen turbiamente
con sus labios morados de muchacha.
Y salta de las frondas un reflejo turquesa,
un pacto de aire y fuego,
alzándose entre todos los colores:
Sólo una mariposa.
Entonces el jazmín abre sus astros
nimbado de secretos cristalinos
y en su fugaz edén ya todo se sumerge
para que el jardín cante su vehemencia de pájaros.

Todo tiembla en la luz, bulle, vive con todos.
Mas recuerda en tu sangre a ese niño veloz
corriendo por tus años
con su fervor en llama hacia el futuro.
Que sus manos de avena deslumbrada
anuden el amor de nuestro hogar herido,
y así recuperemos sus limpias estaciones.

Vivamos para honrar la magia de la Tierra
para que nunca calle
en su fertilidad resplandeciente.

LA SAGA DEL AIRE

El aire abre su saga transparente
en las arborescencias del silencio
con una alianza pura que armoniza
la tierra con la luz, el mar y su vorágine.
En la rosa caliente, el aire es sólo aroma
viajando a la deriva entre aves embriagadas
por ese ardor que puja de la tierra.

Todo es acariciado por sus manos.

Se anuda con el árbol dialogante
para ir sumando voces solidarias,
derrocha su océano contra ínsulas de nubes,
arrulla a las montañas y a su musgo
atando el horizonte a su espejismo.
Lanza su plata diáfana
sobrevolando verdes extensiones
en donde arden las sombras de los mirtos
hasta llegar al humo dormido del hogar

Lo sorprende, le silban en sus oídos,
y zarandea sus oscuras crines
de alazán demorado y riente le alza
por repentinas frondas de humedad
y lo ciñe y lo lleva al compás de una música
que sólo ellos escuchan ascendiendo
por el claro oleaje feliz de la mañana.

Como un agua tallada por el sol
su palacio se yergue cristalino
como si fuera una azorada nota
cuya esfera cubriese el cielo con su aliento.
El aire vuela, cambia de color
y no es pena, es dulzura que tímida te enlaza
en la apacible soledad de un sueño
que entero pasa y viene apenas sin rozarte.

Mira cómo recorre la playa de tu infancia.
Qué frescor matinal de arena y olas
espejeando un mundo diamantino.
Huélelo entre los pinos del verano
bajo su leve soplo de resina
y en aquella muchacha primera del amor:
arcilla transparente que inventó la ternura.

Ved cómo avanza rápido por años y poemas,
espuela de un deseo que arde hacia su delirio,
girando en las veletas de las desposesiones,
fluyendo en mis temores de arrugada orfandad.
Por él somos vividos, desnudados,
llevados por su canto confidente
hacia un misterio intacto cuya sed nos inmola.

Cuando su terso cuerpo, con su delicia tenue,
rozó por un instante nuestros labios,
nunca pudimos olvidar, ya nunca,
este pacto sagrado con la vida,
esta alianza de amor con su belleza.

FASCINACIÓN DE LAS AGUAS

I

El río va fluyendo entre diáfanos meandros,
se apacigua, recoge y refleja en su azogue
el sopor de la umbría de los pinos,
los aromas girantes del pasmoso verano.
En sus aguas se escuchan chapoteos levísimos.
Blancas velas parecen detenerse
en la espesura ardiente de la siesta
como espejismos o alucinaciones.

Ya liban las abejas sus fervores
en las abiertas flores del magnolio.
El vuelo de un gorrión desaparece
del lánguido mirar ensimismado.
Nubes que en claras rocas se transforman
a la deriva de otro río más alto y nítido.
Plenitud de la luz en su hogar transparente.
Proliferante música de reverberaciones.
Todo es múltiple vida, acontecer constante.

Aguas casi dormidas, densas, azules de oro,
desde su borbotar embelesado
expanden sortilegios ancestrales,
fragancias primigenias,
tactos inencontrados de la brisa.
Se aquietan ruidos, trinos, vencidos de calor
por la abulia y ceguera del instante.

Minutos de los sueños y los símbolos.
Ataraxia. Ramajes de reflejos
desciñen remembranzas vividas, deseadas,
mas detenidas siempre en un dolor lejano.

Un torrente de soles precipita
su inexpugnable peso sobre el limo.
Emergen los letargos de sus núcleos de fuego.
Se dilatan y extienden por todo lo visible.
Este calor desnuda, también la luz sofoca.

El agua ralentiza sus anillos,
inmóvil permanece en su extensión
como una orilla que naciera:
la prometida tierra cristalina.
Aparece surcada desde el fondo
por una claridad apenas insinuante
en donde se adivinan seres, sombras,
quizá aún no nacidos, pero sí destinados
al incesante y fijo suceder.

II

A través de un mandato de la tierra,
enconados tambores insistentes golpean
desde un solo epicentro misterioso.
El paisaje se ahonda abruptamente
igual que si buscara sus entrañas oscuras.

El agua se levanta deslumbrada,
estalla en sobresaltos rompiendo su caudal
como despavorida enredadera
que extendiera incontables espejos sobre el prado.
La hierba, absorta aún en su verdor
de crisálida, intenta en vano huir
para alcanzar su anhelo:
ser azul con el aire.

Todo lo anega el agua, el agua libre,
el agua agreste, pura, centelleante, indómita.
El agua escapa acaso de sí misma,
corre como queriendo agotarse, extinguirse
en un sueño más grande:
abrazar mundos nuevos, poseerlos
y fecundarlos con amor rebelde.

Y brinca entre la piedra
y en la indolencia verde de los sapos,
sorprende en su alborozo a los arbustos,
se anilla arrebatada a robledales,
lame sus troncos, salta por sus ramas,
delirando, corona sus copas con espumas,
y los enlaza y desenlaza urgiéndolos,
y los relega y cubre y los convierte
en hechizados seres sumergidos.

Nada pone fronteras a su vigor alado,
y, así, llega hasta el borde mismo de la ladera,
y sin pensarlo salta,
y airosa se despeña en el vacío,
y se torna de súbito en cascada
e inventa una luz nueva
propagando las siete fuentes del Arco Iris.

III

El agua bendecida por la luz,
en un vuelo nupcial
que desposara el aire con la tierra,
recorre la grandeza transparente
uncida al viento nuevo, a la luz nueva,
y cae germinante repartiéndose intacta.
Su rebeldía ya es fusión, amor,
melodía constante hacia el sosiego,
y solamente busca su camino profundo:
ser entregada dádiva por todo lo creado.

El agua encandilada atraviesa los límites
del altivo solsticio y fluye por el mundo.
Redentora y alegre doméstica se torna,
y alumbra la blancura del esmalte,
incorpórea resbala entre los dedos
desprendiéndose entera,
y juega y limpia y enaltece al hombre
que la instala en esbeltos cántaros y vasijas,
gema del resplandor, tacto feliz,
esa ansiada humedad para los labios.

Y vive con el hombre y con las nubes,
con la tierra, las flores y la fauna,
su ondulante y confiada ensoñación
para cumplir un último destino:
ser vida entre las vidas
hasta unir su caudal al mar naciendo.
Allí donde la muerte es parte de la vida,
y el mar es el final y es el principio,
el tiempo creador, la luz total
de un Dios que nos habita desde siempre.

**SÓLO MUERE LA MANO
QUE TE ESCRIBE**
(Obra inédita)
(1987-1988)

LA MANO QUE TE ESCRIBE

Homenaje a la Poesía

No son fechas ni historias las horas que abrazamos,
ni siquiera un puñado de palabras
o bandadas de imágenes en el aire elocuente.
Desde mi frente salta el caudal de tu nombre,
y en aquella agua inmóvil que te mira
desde el pasado, vives siempre igual a ti misma,
sin que los años puedan calcinarte.

Esbozo tu perfil de nieve, signos
que el invierno me dicta con su verdad severa.
Risa blanca, abedules, lenta fascinación,
tiempo sin tiempo, días en la noche,
sol que regresa a su hontanar de aromas
junto al fuego domado del refugio.

El mundo se diluye en tu mirada,
la página que quiere conservarte
desde una eternidad que duele y queda.

Sólo muere la mano que te escribe.

EL ACUARIO DEL AIRE

En la oquedad del sol, absorto se demora:
un murmullo distante acerca el infinito,
esa nostalgia irradia una quejumbre.
Son memorias que el viento trae de no sé dónde.

Vislumbra un balanceo ardiente de laureles
y en sus ecos de sombra, el acuario del aire.
Los fulgurantes peces gravitando
en la verde corriente de la brisa.

Oye el claro zigzag de sus constelaciones
en otro espacio dentro del espacio,
germinación y fuente de todas las palabras
que exaltan la energía de lo cósmico.

Cada raíz, cuerpo o astro es un pez diminuto
que gira en la pecera de su propia galaxia,
cada universo es otro pez pequeño
de los innumerables infinitos.

Nadie puede alcanzar o descifrar
esta música. El alma de las cosas la intuye
como aquel hombre errante y conmovido
que escucha la arboleda de los astros.

LOS ROSTROS ESCUCHADOS

Duermo y apenas duermo bajo estrellas de otoño.
Viven todos los árboles en mis ojos cerrados
fluyendo con sus lluvias y sus ecos altivos.
En la espesura se estremece el viento
con difusas presencias por las sombras,
el vaho de la escarcha alienta, crece
en la inquietud de los ramajes hondos.

Con la táctil tristeza de la noche.
Con su extenuada furia en la voz de las frondas,
susurrando palabras que no alcanzo,
cada estrella me trae el rostro de mis muertos.
Sus voces se deslizan por espejos dormidos,
la madera enmudece sus pisadas,
la soledad oscura de su pena me invoca.

Palpitan en mis ropas y papeles,
leen mis sueños, protegen mi vigilia.
Yo los presiento tenues, poderosos y cómplices
porque me han de esperar en el umbral callado
con la rama dorada y los brazos de luna.

Y les tiendo mis manos, pero no osan tocarme,
pues si despierto, si abro la mirada
al centro de la umbría, serán ceniza y soplo,
corazones sin pie, un ocaso sangrado
por terrazas de niebla y por valles de humo
borrándose en la huida de lo percedero.

Duermo con la sonrisa perenne de sus rostros
custodiando mi espera, velando por mi estirpe.

NOCHE DE LA CEGUERA

En la umbría de un tiempo que no borran las aguas,
un mar atormentado va creciendo,
agitando memorias entre brumas
en vano reclamando violencia y posesión.
Síntesis de ceguera, la más negra y sonámbula,
la que lo esperó todo y todo lo ha perdido
en su errante vigilia sin herrumbre.

Pedregal extenuado nutriéndose de ruinas,
imágenes podadas de mi sangre.
Ojos piedra sellados en el odio
surgiendo de su entraña invulnerada,
oscureciendo signos, movimientos,
cualquier huella de fe, cualquier sueño inminente
que osara despertarse en ese mar oculto
encerrado en mi cráneo.

Todavía el ahora, noche inicua,
sobrehumana inquietud que perpetua me niegas.
¿Cómo emerger de ti, avidez rencorosa,
y engendrarte en la luz? Blandes la turbulencia,
la guadaña de un viento que aflige al infinito
en los densos latidos de otra luna más próxima.
¿Mas no será la muerte un desdén olvidándose?
¿Acaso esa injusticia que renueva el origen
no es la voz imborrable de un dios por siempre mudo?

Espejo de ti mismo, tiempo que se devora
para sobrevivir en su avaricia.
Apenas creo en lo que sueño y palpo:
sus dos certezas breves ensanchan mi carencia.
Aquí, solo y lejano, extendiendo puentes
hacia la leve tregua de una página
cuya noche me hiende y petrifica.

AURA NEGRA

La pantera me abisma en el aura más negra.

Cráteres amarillos el silencio,
los pozos de la noche desbordados
desde frondosas zarpas, remolinos de furia,
lluvia que cae y todo lo rodea,
la inminencia del salto en mis pupilas,
lo expectante y perpetuo, la mínima distancia
cruzando el azabache de páginas violentas,
fragor de ramas rotas hacia la pesadilla
desmesurada en mí, senda cerrada,
aluvión vertical, irreductible
hacia otras ígneas órbitas, las mismas
que con sus mismos ojos la taladran.

Sólo podré evitarla si despierto.

TRASMUNDO DEL OJO

Espejos son los años que se llevan
todos mis ojos, los de ayer mirándote
y aquellos más lejanos que poseerán un día
mi difuso recuerdo, cuando sólo convoque
algún poema o quede en la leyenda oscura
de lo que aún no soy. Yo que fui un errante,
sin otra consistencia que ser uno y distinto
en cada azar, en su aventura nimia,
digo apenas haber sido pues quise
excavarme, expandirme en lo absoluto
para oír el nacer de tantas huellas
borrándose en las dunas de los siglos.
O quizá desde un otro deseo reinventarme,
diluyéndome entero como gota de sombra
en el trasmundo oculto de los ojos,
tan dentro de cada hombre, de todas las miradas,
soñándose a sí mismas desde el ojo total
que implacable las rige y las envuelve
en ese laberinto del ahora y el nunca.

PROMETEO

Sobre ruinas despierto junto al umbral del odio
que descubre la muerte, con la hermosa violencia
del hacha penetrando en la memoria.
Soy el grito más duro contra el aire,
puño de roca golpeando el cielo
o mortal estallando en sus abismos
para clavar allí la impiedad de mi lucha.
Agonizo, renazco bajo el imán de un águila
en el hondo desierto de una cárcel sin tiempo.
Apenas si resisto mi sombra encadenada,
solitario, tan nunca en mi tumulto,
esperando el relámpago que alumbre la salida
para robar de nuevo el fuego de los dioses.

GÉMINIS

Sé que la indefensión es la mayor tristeza.
¿Por qué habré de escuchar su enfermizo lamento
en esta noche ajada por el vino?
Como un tren sin ventanas ni raíles,
varado en el desierto, la arena me aniquila.
¿Quién vendrá a defenderte de ti mismo?
¿Quién logrará escucharte cuando el desprecio seas?
Dime, tú que te alejas de mi lado,
¿quién eres? ¿Cómo sin ti mismo vives?
Apenas sabes nada, incluso desconoces
que eres el rey del vino, todo un rey sin corona
que festejarme pueda. Por eso te pregunto:
¿Quién de los dos merece al que resiste?
¿El carnaval de instantes y su fragor de fiesta
o el labrado silencio que adrede nos aísla?

PRESAGIOS DE LA ESCRITURA

Avanza la escritura del futuro.
Enfebrecida aguja que vaticina un vértigo
desde un telar oculto, tensando en negros signos
el inocente don de la videncia,
el latido perpetuo de su daño.

Aferrada a un arzón en lo inasible,
el misterio la absorbe y de nuevo la expulsa.
Casi respira un orden pero anhela su llama
sobre el texto plural que nos sostiene.
Y se adentra palpando entre las sombras
su densa e inextinguible melodía.

Así la siento libre y redentora
en su furor naciente, en su afán inhumano
para crear el ojo, la conciencia más lúcida
desde el centro inquietante del poema.

ESTA BELLA QUE ME INUNDA

Su llegada me anuncia el arrebato,
el motín de la carne en mi poema.

Pero, ¿qué tratamiento, qué escritura podría
para que no se evadan sus crótalos lascivos,
ni calle entre mis manos la tersura
o el rítmico batir de su rompiente?

Yo querría ser caña plantada entre su cauce
y ser acariciado por las aguas
desde la cavidad de su corriente,
o el tigre que remonta la más ávida pulpa
de la Y griega o la T sobre un diván exhausto
donde alcanzar la cima de un largo privilegio.

Sueño en este poema un libro inacabable
por calmar a esta bella que me inunda,
en tantas ocasiones cuantas páginas
levante en mi deseo su capricho.

Ni resquemor o envidia resurgente
quisiera despertar en tu memoria,
porque no habré de darte aunque lo pidas,
la llave de su nombre, ni el sueño de su lecho,
ni la quemante sed de sus muslos de río.

¿QUIÉN ERES TÚ, PALABRA?

¿Quién eres tú, palabra? ¿Qué persigues?
¿Qué susurro deslumbras en mi herida?

Te escucho y no te alcanzo. Te espío en mi zozobra.
Acaso eres un astro diminuto,
el sueño de una piedra en el agua dormida
o la luz desterrada de la escarcha
tras un viento apacible que se esfuma.

En mí te voy buscando, cayendo como un ciego
dentro de ti para palparte y verte
con el tacto y la calma, para escapar contigo,
distante de lo ingrátido o lo inmóvil,
muy lejos de ti, muro, y de ti, tiempo avaro.

Fúndate en mí, palabra, horada mis pupilas.
Quiero oír en tus frondas la canción de la niebla
y edificar contigo el latir de la magia.

CAUTIVO DE UNA IDEA

Oigo al papel bebiendo la savia de los signos,
abro palabras duras, obsesivas,
aprisionadas por paredes blancas
que me descubren días calcinados,
pulsos prohibidos dentro del poema.

Soy el cautivo de una idea fija
como el tenaz badajo en su campana.
En mi respiración siempre esas líneas tenues
y la presencia oscura de un nevado silencio.

A veces la metáfora resurge
del fondo de un jardín con un manojo
de fuegos en la mano o rompe su emoción
contra un duro relámpago huyendo a su destierro.

El mar es mi aventura y el abedul mi lumbre,
el amor una efímera estación
que intercambia su espejo por cenizas
cuando revela el rostro que no encuentro.

Mas para ser preciso soy la noche
subiendo a interminables claridades
como un violín ardiendo con el aire que lo ama.

COMPAÑERA DE VIAJE

Y comencé a intuírla apenas como un lujo.
Acaso era un fervor desamparado
donde el más bello mundo se entregaba.
En extensa blancura sus élitros se abrían
y fueron mi camisa del domingo,
plenitud germinante, manantial
que brota del primer agravio de la infancia.
El tiempo puso sombra en su maleza
con latir cotidiano y arruga taciturna.
Hago constar que fue, pese al dolor,
un traje raramente abandonable,
una segunda piel, otra naturaleza
renaciendo, mirándose en mi voz,
más fuerte que el deseo de la vida,
más adentro que el ansia que la forja
para irme clausurando en su última otredad.

Dijo: ¿qué vas a hacer, seductor de palabras,
con esta fiel serpiente que te acosa
si callas o me enojas con tu música?

EL CISNE Y EL LEOPARDO

Salta brusco el leopardo desde un rayo.
Su cuerpo chapotea contra el sol
de los cañaverales, explosión del deseo
en un sesgo de zarpas y maleza.

El cisne fluye insomne por el lago.
Sobre su terso deslizarse se alerta
un relámpago, el ángel silente de lo oscuro,
la languidez huidiza de una música.

Se intuyen fascinados como dos avalanchas
de nieve bajo el sol convulso del desierto.
El oro de la muerte, la sangre de la luz,
el súbito oleaje contra el doble horizonte.

Pero la estela nítida del cisne
no es el agua golpeada de la jungla.
Son dos tiempos distintos, dos lugares
lejanos que juntó el azar de un momento
con el fulgor del sueño en la palabra.

EL MUERTO QUE SERÉ

El muerto que seré apenas me interroga.
Tal vez cuando resurja del yermo de la bruma
diré de aquellos días que vaciaron mis ojos:
os fuisteis diluyendo entre mis páginas
como arena tragada por el mar.
Mas si es olvido todo lo que el aire devora
¿qué han de importarme entonces mis poemas,
su breve zumo de años, si no estaré conmigo?
Y vosotras, palabras, imágenes, visiones
taladas del dolor y la luz de la vida,
cavasteis en mi tiempo una obsesión perenne.
Acaso afirmaréis aunque ya no lo vea
que hubo un fuego preciso en mi escritura,
la impiedad de un destino oscurecido,
algo de la belleza, esa emoción distinta
para los que aún me oyen con ojos primigenios.

DESTINO

Ser tan sólo el destello acerado del filo,
el tajo penetrando en el instante.

VÉRTIGO

El deseo y la nada
por todo el horizonte
nocturno, aniquilado.
Pavura del vacío.
Vértigo que succiona
el grito del cemento.
Lucidez previa al salto.
Interminablemente
imanta un laberinto
de ventanas cerradas.
Y se adelgaza el miedo,
como una helada aguja
deprisa por la sangre
hacia el centro del iris.
Un grito solo, un grito
abriéndose en el aire,
cayendo vertical
hacia la desmemoria.

RELOJ SIN TIEMPO

Alzar hasta la cúspide el cáliz del dolor
para abrir una brecha en la noche opresora,
romper el vidrio ciego del espacio
y evadirme del frío extenuante que gira
por este cuarto negro y sordo que es el mundo,
que es el día, la sombra de este instante
absoluto ante mí con su empozado grito,
para no escupir más contra el reloj inmóvil
de esta herrumbre sin faz que nunca abdica.

MONTE LENTISCAL

Os reconozco, piedras, hierbas mías
en el impetuoso corazón del verano.
Tierra joven del sueño.
Apacible volcán donde nacen las aves.
Entre nosotros fulge un vehemente acuerdo,
la tácita pasión por nuestra estirpe.

Es tu luz más desnuda la que abre la mañana
hacia el enigma ardiente madurando los dragos.
Tu esbelta geometría alza un templo en mis ojos,
una paz de ramajes en donde beba el sol.
Con su niebla de estrellas un vértigo se asoma
desde la alta baranda de los pinos
y zarpa el universo con cascadas de pájaros.

Alba de la ternura vuelcas sobre la greda
ingrávidas escuadras de eucaliptos.
Ningún labio abandona los cánticos del aire.
Todo es visión presente, ya nada se imagina.
Claras fascinaciones desplegadas,
táctil corporeidad, densas arboladuras,
circulars aromas gritando sus colores
en la espesura fértil del mundo y la materia.

Quiero engendrar más árboles, arar el mar del cielo,
ir plantando palabras con su temblor de brizna,
poniendo en pie las lámparas, los mitos,
el amor silencioso que me envuelve.

En sus aguas felices y en brisas de mil sombras,
el mediodía surge con clamor de diamante.
Es plenitud, pupila, palpitación del éxtasis.
¿Cuánto tiempo, decidme, para que sostengamos
nuestra viva presencia en la unidad del día?

Busco tu primitiva intensidad
en el más ancho aroma de la infancia.
A la más limpia claridad que fui
ato tu duración vibrante y permanente.
Aquí sueña la casa en donde nace un bosque,
en él duermen pequeños aerolitos
que ignorados milenios sepultaron
entre el picón crujiente y azabache.

Bajo cepas el vino oye a los nuevos pámpanos
jugando en el espejo de lo efímero.
Las migraciones de la miel despiertan
su estela de sonámbulos motores.
Cruza la buganvilla por la luz de la cal,
arden en la enramada sus rojas mariposas.

El caballo del viento recorre tus confines
con un rumor de pétalos y susurros de flauta,
galopa, poda lirios con tijeras dementes,
y luego se demora y se duerme en las viñas
con su caliente vaho dibujado en las uvas.
No me acostumbraré nunca a la muerte,
quiero seguir latiendo en el verano.

En tu gravilla oscura se desató mi historia.
¿En qué anhelo de estrellas, en qué rumor de pinos,
en qué ansiedad de vuelos y horizontes de espuma
mi alma navega aún? Desde el cenit del monte,
los lejanos veleros eran a la mirada
como los ríos rojos del ocaso
partiendo a las comarcas del rocío.

Esa melancolía me duele en el recuerdo,
todavía la veo girar entre los árboles.
El viento y su pereza, la red de la hojarasca
tallando una tristeza indefinible,
un orbe de rescoldos y sonidos,
de reflejos borrándose bajo sus propias sombras,
niño salvaje, alucinado y solo,
mirando desvelarse el tiempo y su misterio
sin comprender apenas, amando hasta el delirio
el altivo lenguaje de la naturaleza
donde todo sucede vorazmente.

Como si nunca hubiera salido de tu aliento,
como si nunca de llegar cesara
con un niño más torpe en las pupilas,
hoy regreso a tu anillo primigenio.
La memoria del sol despliega las veredas.
Cada piedra, hoja o tallo nombra tu rostro amigo.
Una coral de vuelos se acerca rodeándome.
En sus trinos desciende tu caricia
y en todo lo que acoges te fundas, permaneces.

Oasis de volcanes, refugio y tierra mía,
en tus ojos renazco, eres la inerte fuerza
y el tiempo madurando mi condición humana.

HIJO DEL VERANO

Pinceles impacientes encienden el estío.

Amado por las nubes, hermano de los árboles,
yo soy el que te lleva de la mano
por la senda que extienden estos signos.

Mira cómo el sol canta en la amapola.
En la caricia de su flor modesta
resurge la presencia del jardín.

El agua despertó con su temblor de enigma.
Rocío de la luz entre las hojas.
Un manantial inventa tres laderas
y salta despeinado por el ave del viento.

Sentémonos aquí sobre la hierba
junto a la azul umbría del laurel.
No hay como respirar la luz de nuestros cuerpos.

Acaricio las uvas, bebo vino en tus labios,
muerdo la pulpa fresca que me ofreces,
cinco letras de fruta estallan claridades.
Sus arroyos de azúcar enjayan la garganta.
En esta luz del mundo se evade nuestra sed.

Insólita alegría, diáfana y perdurable.
Nace de nuestros ojos, pervive en lo que amamos.

LOS CABALLOS DEL SUEÑO

El salmo del verano
me canta desde un sueño.
Sobre el césped retozan
los caballos más fieros.
Intensas grupas altas,
redondos hemisferios,
relámpagos, los ojos,
las crines, de sol negro.
Brillan los dientes, huelen
sus relinchos a fuego.
Los cuellos son columnas
por donde crece el cielo.
De pronto un oleaje
irrumpe en el otero
y, entre la polvareda,
las pezuñas del trueno.
Cruzan la estela verde
estallando su espejo.
La carrera y su brío
abren el firmamento.
Sus ecos apedrean
el humilde silencio.
Un torrente de cascos
asola al propio vértigo.
Llegan del mediodía
urgidos de deseo,

duros como el diamante,
claros como lo eterno.
Ante mis ojos pasan
desde el cauce del miedo,
rasgando la arboleda
con los tajos del viento.

MEMORIA DEL AROMA

En los silencios breves de los pájaros
entornaba la noche sus sílabas oscuras.
Dejé detrás el borde del camino
por oír el corazón silvestre de la tierra.
Presencias invisibles recorrían
un aire denso, un aire de fragancias.
Permanecí alerta, descifrando
el eco de las frondas, aquel tibio espesor
que un susurro de mirtos iniciaba.
Apenas sólo un soplo, un indicio distante,
un impulso que fuese bandera y astrolabio,
desbocado en la miel de la penumbra.
Mas no era la acerada frescura del tomillo,
ni la hoguera nevada del cerezo
o la sensualidad del magnolio y la rosa.
Cerré los ojos para oler enigmas
que desde lo brumoso me embriagaban.
Llegaron sus estrellas con hervor de cristales,
luciérnagas del agua tan blancas y sinuosas,
el vaivén de los pinos sumergidos,
la pasión de los nombres ascendentes.
Todo el lenguaje oyendo la intacta melodía
que arraiga su inquietud en la memoria.
Percibo un peso de sedientas ramas,
borboteos o el limpio deslizar
de unos muslos trenzándose en la hierba.
Ya la luna se cuelga de sus cuerpos
como si un pincel claro los borrara
y ese aroma derrumba mi juventud quemada,
tercamente abolida por los años.

ISLA DEL COSMOS

Soy yo el papel, la blanca llamarada
que te incita y te otorga el oído del mundo,
ese pequeño oído tuyo en el que percibes
y sueñas su grandeza, su entorno desplegado:
árboles, mares, soles creciendo en sus laderas
con un fervor unánime que a todos nos alcanza.

Templo, sí, isla tú, astro primero y último
surcando el oleaje del espacio
en la luz augural del universo.
¿Acaso no es verdad que eres ahora,
en tu hechizo entregado, el júbilo y su música,
el fértil movimiento de este inmenso designio?

Tu claridad me enlaza, me inclino en su corola.
Soy parte de tu fuerza, ascua tenaz de un fuego
que nace en tus orillas sosegadas,
en tu inquietud perpetua consumiéndose,
sumándose a tu sangre desde esta voz en fuga
que palpa y huele y vive y ama y canta
la alegría de ti, tu ser entero.

Sueño en tus piedras soy, y en tu mañana crezco.
Isla que me une al Cosmos,
imán que acerca todas las fronteras,
aquí tus manos, tu aire, tu mirada,
tan dentro de los ojos de mis horas
dándome estas palabras que me crean.

LA PROMESA

Y cuando un día me convierta en humus,
apenas un rastrojo que se ignora
o en el alba girando por las nubes,
habrá dos gotas de agua que aún querrán negarse
a la implacable destrucción perenne.
Serán mis ojos. Seguirán mirando
nuestro mundo, una isla, esta orilla de sol.
Como ahora sus lágrimas caerán ante la sombra
de un desvelado sauce del Monte Lentiscal,
cuando recuerden todo lo que amé
entre el mar y la tierra de la vida.

ACORDE INCESANTE

Sé que eres la tersura del fuego y su ramaje,
la felina indolencia de la bruma,
inesperada fuente, creciendo hasta nacer,
fundiéndome al hechizo en que me ahondas
más allá de la muerte o de su olvido.
Quiero besar tu infinitud de estatua,
beberte y anegarme en su reverso
de luz y noche y sueño que en llama se sorprende.
Extender desde el éxtasis la piel de la vehemencia.
Voracidad exacta que palpa tus contornos
surgiendo en las corrientes de tu orilla
para instalar el día del diamante.
Tu hoguera blanca es pulpa entre mis labios.
Mi espalda son tus dedos en susurros.
Tus caderas, tan lentas, tan dentro de las mías
como un acorde largo, penetrante,
dirigiendo la vida hasta su origen.
Candente acometida hacia el espacio.
Proa donde destellan los deseos.
Rotundidad vibrante, cardinales tumultos,
chorro de luz, orgía de lo claro,
que inaugura en tu vientre la hora primigenia.
Verbo cuyo horizonte reencarna de la nada
como jirones de agua hacia el imán del sol.
Tu cuello una caricia donde se alza una estrella
hasta que vuelves a tus ojos fijos
y eres la certidumbre que me acoge y conmueve.

Sed, cometa interior, inesquivable vértigo
rescatado oleaje que al vendaval desborda,
y como él te rodeas absoluta en mis brazos.
Hasta la desmemoria tu tacto me engrandece.
Propaga su infinito irrevocable,
la azul fertilidad, el agua y su misterio.
Signo y colmo en tus labios la elección
por la que apuesto el mundo. Somos mano aferrando
el vuelo que se alcanza y se corona
en el sueño total de su designio.
Persiste en mi mirada, desmesurada sigue
naciendo de tus ojos desde el mar
que se despeña en tu incesante cuerpo.

UNA RAZÓN DE SANGRE

En tu lengua se enroscan las más rojas corrientes,
la fuerza y la pureza del instinto.
Cada caricia es hierba y cada plenitud
es ya un comienzo, una razón de sangre.

El torrente convulso de la noche
se aviva y se desborda en tus caderas.
Aún el sol encandila debajo de tu piel
el mineral aliento del deseo.

Tú giras entre ramas tan honda de cadencias
vibrando en el temblor de un remolino atándose.
Un corazón magnético nos absorbe en su centro.
Acariciando sombras escuchamos su hoguera.

Tu cuerpo como el tiempo siempre fluye.
Sin que lo disminuyas resume el universo.
Es miel desde su origen y don del que lo tenga,
no lo mancha la usura ni lo eterno lo borra.
Se ha quedado en mis ojos como la luz del mar.

TANIA

En la palabra nunca te clausuras.
Como ella eres exilio de lo que más espero,
quiero decir, tu plenitud, decirte
lo que anhelo hacia dentro, desposeidamente,
como si fuera el lodo de la tundra.
Te siento desde el frío más cercano
y el dolor es un barco colmado de pañuelos,
parte lejos de ti cada vez que te miro,
y estás y nunca estás en este aire sin aire.
Quizá tu alba me ciegue, quizá ya no comprenda
por qué esta memoria se extravía
y por qué mis palabras y deseos son huérfanos
y no saben ni pueden ser contigo.

MALEZA DEL DESEO

Una playa vastísima, tan rubia
como la cabellera de Nausica
que dio la bienvenida a la furia del mar.
Mas no era aquella arena rutilante
sino su cuerpo, su desnudo cuerpo
aprisionando el cielo de septiembre.
Indolente pantera sorprendida
en la hoguera nocturna del azufre.
Y descendí para tatuarme en ella,
apoderarme de aquel rapto de astros
en el cuarzo profundo de sus ojos abiertos.
Así era su belleza excavando su nido
en donde no hay más soles que su danza
ni más ciudad que su callar errante.
Ambar abominable esa luz de sus brazos
como la sed tensada entre dos fuegos que huyen.
Roja cascada mía donde canta la fuerza
y la pasión del mundo se destuerce
girando por sus piernas, por su vegetación
de lluvias y columnas y violetas negrísimas
sobre un cráter fundiéndose en la bruma.
Y podría añadir que esta visión
afilada en el hacha, hiende, avanza
por llegar a la brecha destructora
prendido en la maleza invicta del deseo.

EN LA COPA MÁS DIÁFANA DEL VINO

En la copa más diáfana del vino,
allí donde el deseo se desnuda en hoguera
y el fuego se hace aire, danzas inconsumible
con el tacto celeste de las aguas.

Y giras y giramos, somos dioses
derramados en luces que surgen de los limos
para beber el néctar más pleno del relámpago.

FÁBULA DE DOS NÁUFRAGOS

Eran sólo dos náufragos de largas intemperies,
dos pálidos viajeros del fracaso
cuyo vértigo hendía la quimera.
El error abrió cauce constante a un territorio
donde inermes vagaban extraviados.
Tristes, con una llama de penuria
en el hielo o desorden de los ojos,
antes de que el azar los pronunciase
habían aprendido con saña una palabra:
supervivencia.

Tan dados como estaban al ritual de la pérdida,
se celebraron hondos como el mar y las rocas
entre la azul violencia del verano.
Bajo un rotundo espacio de planetas
surcaron estaciones inmóviles.
El deseo y su abismo imantaban el rumbo.
Del frío de la sal y su fosco bramido
y siempre del pasado amenazante
surgían tiburones de tinieblas.

Temporales y nieves demoraron.
Y la quimera nunca más quiso ser quimera.
Era la isla, el sueño, las dilatadas noches,
los cuerpos encendidos de prodigio,
la casa edificada con los ojos más plenos.
Allí el verdor, el íntimo remanso.

Hasta la buganvilla, un surtidor
que crecía tenaz por la ventana.
En noches de tormenta, a través de los sauces,
se deslizaba el odio con sus lamentaciones,
la lluvia inmemorial, su acechante infortunio.

Pero ellos se aferraban como piedra en la garra.
Se abrazaban pidiéndose, se ansiaban, se vertían.
Eran su propia lumbre, su cabaña sin límites.
Y siempre aquella adversa pasión tan engastada
en el dolor más agrio de sus cuerpos
o en la visión despierta de los ojos cerrados.

Desde la geología de la sed
hasta el agua que afirma todo espacio,
la silvestre espesura vigilaban
con su fuego erigido en el último origen.
El viento recogía en los ramales
graznidos mensajeros, memorias anudadas
que fueron desatando sigilosas
la fauna y el fulgor de la intemperie.

Volvieron a creer en otros años
donde era libertad la incertidumbre.

En el aire un perfume lejano de magnolias,
el abolido sueño del espacio,
un tiempo donde el tiempo no existía.

Culpables o inocentes, no hallaron sus miradas.

La isla se borró como el vuelo que ondula
e inesperadamente se reduce
hasta ser casi un punto y desaparecer.

EL INSTANTE DE UN DIOS

En cárdenos fragmentos el gallo se arrebató,
revienta los cristales de la noche.
Su sombra se desgaja entre dos cuerpos.
Son tierras que se ahondan hacia un mar vulnerado.
Escalera infinita por un desnudo enigma:
cercanías, facciones, alientos, claroscuros;
columna retorciéndose con empapados gestos
bajo la veladura de innumerables árboles.
Precipicios; el ansia de todos para ser
el viento del esperma que perfora
el instante de un dios, su incandescencia,
en la página insomne donde escribo.

LA VULNERADA NEGACIÓN

Después de la entereza de la duda
o en la vulnerada negación
en donde nos borramos y nos desconocemos,
persisto con la extraña intermitencia
que reconozco al caer en lo perdido.
Es desolado entonces el recuerdo del mundo
y surges con los ecos que a la niebla atormentan.

Y me aferro al bogar de nuestros cuerpos,
allí donde destellan
las más secas palabras implorantes,
el miedo anida, extiende su exterminio
entre los embelesos de la fiebre
y el fulgor de los dientes que ya empañan
y aprietan un fervor desasistido.

En la sombra
un punto de fusión e incandescencia
para hundirme en la piel
que me invoca debajo de tu piel,
y hallar en ese reino
la luz de tus caminos perseguidos
en el ritual oscuro de un desierto.

En esta oscuridad toda tu carne,
un espejismo blanco por mi sed.
Su reloj más vehemente macerando
el olvido de un goce que sufre en olvidarse,
las dunas y mareas que jadean
su eterno laberinto entre lo muerto.

La vida así no es mía ni este dolor es tuyo.
En algún territorio muy dentro de nosotros
tenemos que encontrarnos como el agua en su cauce
creciendo tumultuosa por celebrarse unida.

Amo la luz de nuestras pupilas reflejándose.
Asciendo entre sus ráfagas y me angosto en tu olor
a espesa madreSelva, a miel caliente,
y un placer turbulento me trasmina.
Ya se inmolan los labios fundiéndose, agrietándose
por sentir la ebriedad de lo telúrico,
un fuego que de pronto se escurre en el cerebro
adentrando su anhelo en el instinto.

Tu diáfana lascivia se atiranta
hacia un lugar del cuerpo reencontrado,
donde el vientre es un sol enloquecido
para palparlo y engastarse dentro
como el puño que encierra su tesoro.
Soy espejo arrastrado por un trópico
de lianas lujuriosas, de rocas donde el ansia
se desnuda y se siembra y se reintegra
y empieza a revelarse cuando de sí se olvida.

Y si miro hacia atrás y te presiento
en el insospechado vuelco de la tristeza,
oigo el murmullo errante de tu amor en los otros
a través de la tierra en que crecimos.
Este paisaje nuestro calcinó
sus sombras en tus ojos, como ahora los graba
lentamente en los míos para sentir de nuevo
que es tenaz el amor y más fuerte su daño.

Te recuerdo en la noche desnuda de este cuarto
con tu vaivén de ramas ondulantes,
llevabas las rodillas a tu rostro,
y en tus labios se izaba lejana una sonrisa
mirándome, llamándome con un solo deseo.

Y eras mi piel salvaje, la ternura entregada,
lumbre de lo felino y miel de lo más leve.
El ardor más fragante y siempre su promesa.
Contradicción inmune de la sensualidad
donde el instante es flor e idolatría,
deidad lunar girando subyugada
bajo los astros rojos del verano.

Sabiduría el verbo de tu cuerpo.
Me relata su historia de confusión y caos,
imágenes heridas y espejismos
apagando el aroma de una antigua inocencia.
Tú fuiste la inocencia recobrada
cada vez con más ira en tus errores
y en la forma ascendente de mirarme,
o de permanecer ensimismada y cierta
como si hubieran huido de ti palabras y recuerdos
y, únicamente, fueses ese beso que me unce
al riesgo y plenitud de lo absoluto.

Hombres de tedio urgidos por la sed de poseerte
con un galope sordo pasaron por tus años
sin que pudieran ser oasis de tu memoria.
No mancharon la fuente de tu carne,
no desvirtuaron la indecisa búsqueda,
ni las ensoñaciones de aquella soledad
vislumbrando a lo lejos su quimera.

Sube el dolor más huérfano
porque creciste lejos de mi errancia,
porque quemaste en la intemperie
lo que ahora me das
con las pródigas manos que robará la muerte.

Llegan desde un dolor apretado y vencido,
centelleando luna sobre tus pies desnudos,
un aroma de espliego, una brisa hechizada,
la aureola sin fin en la piel del milagro.

Pero aún no comprendo qué claridad distinta,
qué aguas negras de estrellas, qué música lejana
te ondula en mi penumbra y qué silencio
me queda ante la propia indefensión de amarte.

Ya no puedo esgrimir el ruego o la pavora,
porque yo te amo como si volviera a crecer
con todos mis errores aprendidos,
tras esa puerta que el temor entorna,
escuchando mis pasos en los sótanos
del viento entre la noche alucinada,
girando por los negros portales del vacío,
con órbitas vacías,
donde el vacío devoró los ojos
del amor y de todos sus comienzos.

Mi memoria es tan sólo un impulso aterido
que sigue en tu imposible inexistencia.
El silencio del mar no bastaría
para que yo olvidara y te negase.
Un solo pensamiento sobre ti
es ahora mi vida entera hacia la muerte.

Sebastián de la Nuez Caballero nace en Las Palmas en 1917. Posee los títulos universitarios siguientes: Licenciado en Farmacia (1943); Doctor en Filosofía y Letras (Filología Románica) por la Universidad de Madrid (Premio extraordinario). Profesor Adjunto de Literaturas románicas en la Universidad de La Laguna (1954); Catedrático de Lengua y Literatura españolas de Enseñanza Media (1961) en Lorca (Murcia), Santa Cruz de La Palma y Santa Cruz de Tenerife; Profesor Agregado de Lengua y Literatura Española de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna, y catedrático de Literatura Española de La Laguna, 1973, de Sevilla en 1977, y otra vez de La Laguna entre 1978 y 1985, fecha en que fue jubilado.

Profesor visitante en la Universidad de Puerto Rico (Mayagüez) y en la Universidad de California (Riverside) en 1973 y 1986 respectivamente.

Ha obtenido el premio Viera y Clavijo de erudición (Humanidades) de la Casa de Colón del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1960, por su obra *Unamuno en Canarias*, ensayo crítico y biográfico; el premio de ensayos sobre la vida y la obra de Unamuno de la Universidad de Salamanca en la celebración del centenario, 1964, con su trabajo sobre «*Novela y drama de Tulio Montalbán*» y Premio periodismo Leoncio Rodríguez por su artículo sobre «Canarias en la vida de Teobaldo Power», 1985.

Congresos y simposios: Congreso internacional de hispanistas de Salamanca, 1971 (ponencia sobre «Reforma del teatro español en el s. XVIII»); Congreso internacional de hispanistas de Burdeos en 1974 (Ponencia sobre «Adaptación moderna de una novela de Galdós al teatro»; I Con-

greso internacional de estudios galdosianos de Las Palmas en 1973 (Ponencia sobre «Galdós y la poesía»), II Congreso internacional, idem, 1978 (Ponencia sobre «Génesis de un cuento de Galdós»); Simposio de Literatura comparada, Madrid, 1979 (Ponencia sobre «Galdós y América»); I Congreso de Poesía Canaria, en La Laguna, organizado por el Departamento de Literatura de la Universidad de La Laguna y el Ateneo de dicha ciudad, 1976. (Ponencia sobre «Los poetas de la *«Antología cercada»*»); Encuentros de narrativa canaria, Ateneo de La Laguna, 1982 (Ponencia sobre *Lancelot 28.º 7.º*, novela vanguardista»); Simposio dedicado a Juan Ramón Jiménez celebrado por la Universidad de Sevilla en La Rábida, 1981 (Ponencia sobre «Relaciones de J.R.J. con algunos poetas canarios»); Encuentro galdosiano entre los días 10 al 18 de septiembre, 1984, donde participa con una conferencia sobre «Apuntes para una biográfica de Galdós»; III Congreso internacional de estudios galdosianos de Las Palmas de Gran Canaria en 1985 (Ponencia: «Demonología galdosiana»); Simposio «Coloquio de Historia Canario-Americana (VII)» (Ponencia sobre «Los mitos idílicos en el espacio geohistórico de la poesía canaria contemporánea», Las Palmas, 1986; y Congreso de Cultura canaria. Coordinador del área de Literatura, diciembre de 1986 (Ponencia: «El mito de las Afortunadas en el espacio real de la poesía canaria»).

Tiene una extensa bibliografía (más de 100 títulos) especialmente dedicados a la Literatura de Canarias y Galdós, sin dejar los temas nacionales. Es asiduo colaborador del «Anuario de Estudios Atlánticos» desde su fundación. Entre sus obras relacionadas con Canarias se destacan «*Tomás Morales, su vida y su obra*» (1956), «*Unamuno en Canarias*» (1964), «Canarias en la obra de Lope de Vega» (1964) y sobre Pérez Galdós se destacan *Las cartas del Archivo de Galdós* (1967). Ha dirigido y ha colaborado en la *Historia de Canarias*, s. XX, editada por Cupsa ediciones, 1981, y en *Métodos de estudios de la obra literaria*, Taurus Ediciones, M. 1985.

Justo Jorge Padrón nació en 1943 en Las Palmas de Gran Canaria. Hace estudios de Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona, que amplía en París, Estocolmo y Oslo. Ejerció la abogacía en su ciudad natal durante siete años hasta que la abandonó para dedicarse por completo a la literatura. Se colegia e inscribe en el Registro Profesional de Periodistas. Reside actualmente en Madrid, donde ha fundado y dirige la revista internacional de poesía *Equivalencias*, es redactor de las revistas *New Europa* (Luxemburgo) y *Trilce* (Perú). Es Secretario general del PEN Club de España desde 1983. En 1982 organiza y preside el VI Congreso Mundial de Poetas celebrado en Madrid. Es académico correspondiente por España de la Academia Mallarmé de París, de la Academia internacional de Pentzen de Nápoles, de la Academia Norteamericana de Lengua española de Nueva York, de la World Academy of Arts and Culture, de la cual es Doctor «Honoris Causa», miembro del Comité internacional de los Congresos Mundiales de Poetas y miembro fundador del Festival Europeo de la Poesía de Lovaina.

Su obra poética ha sido traducida a más de treinta idiomas y junto a su obra ensayística ha obtenido quince premios internacionales entre los que destacamos el gran premio internacional de la Academia Sueca (1972), el premio Boscán de Barcelona (1972), el premio Fastenrath de la Real Academia de la Lengua Española entre 1972 y 1977 por su obra *Los Círculos del Infierno* (1975), que recibió también el Premio Bienal de la Asociación de Escritores Suecos (1976-1977), a la mejor colección de poemas de Europa; también se le ha concedido el premio internacional del Consejo Nacional de Cultura noruega, 1978. Es medalla de oro de la Cultura francesa de Bruselas, 1981, por el conjunto de su obra poética y Medalla de honor Gustavo Adolfo Bécquer, y premio de la Asociación de escritores y artistas de España a la mejor obra poética publicada en 1984, por sus libros *La Visita del mar* y *Los Dones de la Tierra*.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas*.
12. Nicolás ESTEVANEZ: *Mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDOS: *La fontana de oro*.
14. Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PEREZ ARMAS: *Antología de cuentos y De padres a hijos*.
16. Angel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Antología*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.

20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.
21. Manuel VERDUGO: *Obra poética*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORON: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIERREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva*.
28. Fernando GONZALEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LOPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCIA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *Obra poética*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *Obra poética*.
38. Arturo MACCANTI: *Obra poética*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRON: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Obra poética*.
42. Eugenio PADORNO: *Obra poética*.
43. Juan JIMENEZ: *Obra poética*.
44. Isaac DE VEGA: *Fetasa*.

45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCIA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCIA RAMOS: *Malaquita*.
48. Juan Jesús ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEON BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. J. CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMIREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 11 de noviembre de 1988,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

En la primera página de "*Los círculos del infierno*", la obra más representativa de Justo Jorge Padrón, el poeta reproduce dos versos de su poema "El gran iris", que son una especie de emblema filosófico para la comprensión de este infierno: "¡Soy el hombre! / Yo soy todos los hombres". Se trata pues, de un infierno individual que es a su vez el de cada hombre. Estos versos nos dan la terrible conciencia de saber que en cada hombre existe su propio infierno en donde puede quedar clausurado por la soledad más desamparada y por su autodestrucción. Con gran originalidad utiliza una invasora simbología zoomórfica contra el desvalimiento de este hombre inerme que somos todos nosotros. Por eso esta obra adquiere un valor arquetipo de lo universal -como lo son también sus últimas obras "*La vista del mar*" y "*Los dones de la tierra*"- y puede ser tipificada como la cosmogonía apocalíptica de nuestro tiempo.

Sebastián de la Nuez Caballero



Biblioteca Básica Canaria

3,00€

978-84-7947-4
MALAOLITA



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem